

Intervención

Revista del Departamento de Trabajo Social de la Universidad Alberto Hurtado N°3



UNIVERSIDAD
ALBERTO HURTADO
DEPARTAMENTO DE TRABAJO SOCIAL

ISBN 0719-1057

Pensar la interdisciplinariedad
en la intervención social:
El desafío de la transformación social



ISSN: 0719-1057

Directora:
Paulette Landon Carrillo

Editora:
Lorena Pérez Roa

Coordinador:
Oscar Navarrete Avaria

Diseño:
Alejandra Apablaza

Revisión:
María Fernanda Quinteros

Nº3 - Septiembre 2014

Departamento de Trabajo Social Universi-
dad Alberto Hurtado
Cienfuegos 41, Santiago de Chile.
(56-2) 28897470

www.intervencion.cl
www.trabajosocial.uahurtado.cl

Intervención es una revista de circulación
gratuita.

loperezr@uahurtado.cl
onavarre@uahurtado.cl



EDITORIAL

“Estoy convencido que continuaremos leyendo durante todo el tiempo en que persistamos en la interminable tarea de nombrar el mundo que nos rodea. Tantas cosas se han nombrado, tantas cosas quedan por nombrar, y a pesar de nuestra locura, nunca renunciaremos a ese pequeño milagro que nos otorga un destello de sabiduría”.

Alberto Manguel, *La bibliothèque de Robinson*, Montréal : 2000, 55.¹

A PROPÓSITO DE LA REVISTA INTERVENCIÓN...

En este invierno de 2014, pensar en reeditar una nueva revista de especializada en el dominio de la intervención social en Chile adquiere un carácter temerario. Las razones son múltiples...

En primer lugar, podemos observar durante los últimos años un aumento importante en la oferta de magisteres especializados en intervención: magíster en “intervención psicosocial”, en “intervención educativa”, “intervención familiar”, entre otros. De esta manera, es presumible pensar que existiría un número exponencial de profesionales interesados en la intervención. Si a ese número se le suman, los más de 100 programas universitarios que imparten la carrera de Trabajo Social en Chile, -según cifras de 2012 egresan más de 1800 profesionales al año²-, el espectro de profesionales que denominan su acción profesional “intervención” se amplifica aun más.

Partiendo de la base que, además de frecuente, la noción de intervención es polisémica (Nelisse, 1997) en tanto puede adquirir múltiples significados: construir conocimiento sobre la intervención parece una tarea ambigua y “riesgosa” en términos científicos. En efecto, para autores como Dartiguenave (2010) la ambigüedad del término intervención es un obstáculo epistemológico para el desarrollo de la disciplina del Trabajo Social. ¿Por qué entonces lanzarse con una revista centrada en la intervención social?

Responder a esa pregunta exige de entrada algunas aclaraciones conceptuales.

Para nosotros, siguiendo la ruta de importantes trabajos realizados en la materia (Nelisse, 1993, 1997; Zúñiga, 1993; Matus, 1999) la polisemia no es tratada como ambigüedad intelectual, sino como muestra del carácter polifónico de la noción de intervención. De lo que se trata, es de reconocer que detrás de cada uso del concepto intervención, existe un “discurso clave” (Nelisse, 1997) que requiere explicitarse para comprender los efectos del discurso en nuestros modos de actuar. No buscamos por ende, definir la esencia de lo que sería “la” intervención social, si no más bien aspiramos a conocer cómo se construyen – desde una perspectiva constructivista³– las intervenciones sociales.

Dotarle de un carácter plural a la noción de intervención, implica reconocer que en el espacio de lo social existe una pluralidad de intervenciones. Cada una de las cuales responde a distintos contextos sociopolíticos y también a manera de entender la realidad y su potencial transformación. Las intervenciones sociales, tienen, por tanto, una motivación normativa (Coutourier, 2005), reposan en una construcción de una situación problemática que se plasma estratégicamente en una dimensión proyectual y metodológica. Desde esta perspectiva, las intervenciones sociales son “relaciones contextualizadas de exte-

rrioridad” (Nelisse, 1993; Zúñiga, 1997), es decir, relaciones circunscritas en una constelación de actores, que responden a temporalidades y campos específicos, que posibilitan y restringen, el accionar de las y los interven- tores (Baillergeu y Bellot, 2007).

Justamente, la diversidad de relaciones que contiene la noción de intervención es una de las razones por la cual decidimos llamar a nuestra revista Intervención (RI). Creemos que la intervención es una categoría que reagrupa una gran variedad de campos, sujetos, problemas, estados de ánimo, todos conocimientos que requieren ser formalizados para hacer avanzar las transformaciones sociales. Por lo demás, llamar a nuestra revista Intervención adquiere, un carácter político que busca resituar la intervención social como un objeto que atañe en particular al Trabajo Social (Choppast, 2000). El Trabajo Social ocupa un espacio central en el campo de estudio de las intervenciones sociales, y nuestra revista se plantea a partir de un anclaje disciplinar específico. Lo anterior, no restringe las contribuciones de otras disciplinas. La RI se define como un espacio abierto a la colaboración de otras disciplinas interesadas en la intervención social. El carácter situado y relacional de la noción de intervención, nos plantea a su vez, un gran desafío: lograr establecer puentes entre el mundo de la intervención y el mundo de la academia. Tal como nos recuerda Ricardo Zúñiga

(2014) en la colaboración que generosamente realizó para este número, el “dilema editorial” de nuestra revista se refleja en la tensión “inter-contextual” de querer establecer diálogos entre dos mundos que están sometidos a exigencias, restricciones y urgencias distintas. Esta riesgosa búsqueda por los “equilibrios”, es tal vez, uno de los hitos fundadores de nuestra revista. Queremos desarrollar una publicación que sea capaz de enriquecer el mundo académico y el mundo de la intervención social. Creemos que el Trabajo Social chileno, en particular, y la disciplina en general, se debe así mismo este espacio.

En nuestros 11 años de experiencia en la formación de trabajadores sociales nos hemos enfrentado en numerosas ocasiones a la “desesperanza” del oficio. El funcionamiento propio de las sociedades neoliberales y las devastadoras consecuencias que tiene en la vida de las personas, hace que nos enfrentamos a problemáticas cada día más complejas. Las demandas de las instituciones y de los actores involucrados en los procesos de intervención son también más exigentes. Muchas veces nos vemos con un margen de acción limitado y con la sensación de que nuestra labor no produce la esperada transformación (González y Pérez, 2009). Frente a esta situación, tenemos dos opciones: nos resignamos a que nunca podremos responder a las exigentes demandas de la intervención o asumimos el lugar de privi-

legio que el Trabajo Social ocupa, para comprender los dilemas y desafíos de la intervención social. Esa segunda opción es la que nosotros tomamos. Para ello, asumimos que la producción de conocimiento en Trabajo Social no debe aspirar a construir tratados universalistas que se impongan como verdades irrefutables. Creemos que nuestra labor pasa por asumir críticamente una posición (*positionality stament*⁴) que reconozca el carácter situado y colaborativo del conocimiento, que asuma que la rigurosidad de la construcción de un objeto no pasa por la búsqueda de neutralidades, sino más bien por explicitar claramente los lugares que ocupamos cuando pensamos la intervención social. La invitación es entonces a sumarse en este temerario intento de formalización de conocimientos. ¿Cómo pensamos hacerlo?... El momento de presentarnos ha llegado.

1. Traducción realizada para la revista intervención por Lorena Pérez.

2. Según la información del portal del Ministerio de Educación mifuturo.cl. Visitada el 14 de agosto de 2014.

3. Ver Zúñiga, 1993.

4. Ver: Rose, G (1997) Situation knowledges: positionality, reflexivities and other tactics. *Progress in Human Geography* 21; 305.

¿QUIÉNES SOMOS?

La Revista Intervención nace en Agosto de 2011 al alero del Departamento de Trabajo Social de la Universidad Alberto Hurtado (DTS-UAH). Los dos números anteriores de la revista (2011-2012) responden al interés del Departamento por abrir un espacio para el debate sobre temas de contingencia desde una mirada del Trabajo Social. Luego de un receso de casi dos años, este tercer número inicia una nueva etapa en la revista que recoge el interés original de ser un plataforma de debate sobre temas de actualidad, pero asumiendo además el doble desafío de la formalización de conocimiento y de traspaso de saberes en el campo de la intervención social.

En sus más de 11 años de vida, el DTS-UAH ha ido acumulando una experiencia significativa en materia de intervención social directa a través de la implementación de programas sociales en territorios vulnerables. Dicha experiencia, ha permitido que el cuerpo docente se vincule directamente con las particularidades territoriales, los intereses de las comunidades, las problemáticas y recursos de las familias, niños, niñas, jóvenes, adultos; las dinámicas de las escuelas y las lógicas de los gobiernos locales. Los académicos del Departamento también han realizado investigaciones y evaluaciones colaborativas de diversos programas sociales, y han diseñado instrumentos técnicos y de gestión tanto para organismos internacionales como para instituciones gubernamentales.

Todas esas experiencias nos han llevado a identificar una convicción común: en el dominio de la intervención social, la enseñanza y la investigación de calidad deben nutrirse mutuamente y críticamente, para poder construir un conocimiento situado que ilumine las acciones a desarrollar (Hernández, Navarrete y Veliz, 2014). Nuestro proyecto de revista se enraiza en nuestro interés por dinamizar, sostener y difundir la construcción de conocimiento en Trabajo Social, enriqueciendo, a su vez, la formación de interven- tores sociales.

¿QUÉ BUSCAMOS?

La Revista Intervención es una publicación semestral del Departamento de Trabajo Social de la Universidad Alberto Hurtado. Su propósito es divulgar y favorecer la reflexión crítica sobre los fenómenos sociales y los modelos de intervención social desde una perspectiva ética, apostando por el diálogo de saberes con diferentes actores sociales. La Revista Intervención se piensa como un espacio de transferencia de conocimiento entre la actividad científica, los interventores sociales y los espacios de desarrollo de la intervención social.

De esta manera la Revista Intervención busca:

- Construir un espacio de reflexión crítica sobre la intervención social como instrumento de transformación social que reconozca la pluralidad de posiciones teóricas existentes y la diversidad de espacios de desarrollo.
- Ofrecer un espacio de difusión de conocimiento pertinente a los procesos de transformación social con el objeto de alcanzar una convivencia justa, pluralista y con igualdad de oportunidades para todas las personas.
- Contribuir a generar conocimientos disciplinares que aporten a la discusión académica desde el lugar propio del Trabajo Social y de las Ciencias Sociales.
- Ofrecer una plataforma para el debate y el análisis crítico de los problemas del país

¿A QUIEN DIRIGIMOS NUESTRA REVISTA?

Nuestra revista se piensa como un ejercicio colaborativo de transferencia de conocimiento, que se dirige particularmente a los y las trabajadores(as) sociales y académicos(as) que se interesen en contribuir a la reflexión sobre las intervenciones sociales que apunten hacia la transformación social.

Nos interesa también implicar en nuestra aventura a personas que trabajen en los múltiples campos de la intervención social. Pensamos en las intervenciones sociales que se realizan en Chile en campos tan variados como infancia, medio ambiente, situación de calle, educación, jóvenes, pueblos originarios, cultura, entre otros. A su vez, estamos particularmente interesados en los contextos latinoamericanos. Queremos refrescar nuestras reflexiones y quehaceres con los saberes de otras realidades que nos permitan enriquecer los procesos de objetivación de nuestras propias realidades. Esperamos, también, atraer la atención de los gestores públicos vinculados al desarrollo de la política social, así como de todo profesional cuya labor pueda influir en la toma de decisiones públicas.

LA ESTRUCTURA DE LA REVISTA INTERVENCIÓN

Nuestra revista se gesta como un proyecto que busca alcanzar dos tipos distintos de objetivos: ser una revista reconocida por su calidad científica y, a la vez, ser una revista pertinente al quehacer de la intervención social. Para poder desarrollar una estructura acorde a nuestra búsqueda, realizamos una revisión de revistas de trabajo social en el mundo. La estructura que proponemos se inspira principalmente de la revista canadiense “Nuevas prácticas sociales” (*Nouvelles pratiques sociales*). Esta estructura, es una propuesta abierta a futuras modificaciones que se mantendrá vigilante a responder con nuestros objetivos editoriales.

Las secciones que componen nuestra revista son las siguientes:

Sección temática: Cada revista se articula a partir de un eje temático que será elegido por el comité editorial de la revista con a lo menos un año de anticipación. Cada número temático será editado por una dupla de expertos en la materia. Nuestra intención, es que esos equipos estén conformados por un(a) académica especialista en el área y un(a) profesional del área, a fin de favorecer la publicación de distintos tipos de artículos, ya sea basados en el análisis de intervenciones concretas, sobre resultados de investigación aplicadas o artículos teóricos. El equipo editorial es el encargado de hacer el llamado a colaboración, seleccionar las propuestas de artículo y hacer la editorial temática. Cada sección cuenta con entre 3 y 5 artículos por número temático, los que serán seleccionados siguiendo los criterios de rigurosidad de toda revista científica.

Sección debates y entrevista: Con el objetivo de dinamizar la revista y poder difundir los análisis de los trabajadores sociales sobre temas contingentes y de interés para la profesión, cada número de la revista tendrá una sección debates, en el cual se invitará a un(a) trabajador(a) social a dar su mirada crítica frente a un temática de actualidad. A su vez, ese debate será complementado con entrevistas a uno o más profesionales que hayan desarrollado una experticia en nuestra área de interés. Nuestra idea es favorecer la divulgación de saberes que difícilmente podrían presentarse bajo el formato de artículos científicos.

Sección “palabras y cosas”: Desde el año 2009 el Departamento de Trabajo Social de la Universidad Alberto Hurtado viene desarrollando un seminario latinoamericano llamado “palabras y cosas para el Trabajo Social”. A través de esta sección, buscamos divulgar las principales presentaciones realizadas.

A PROPÓSITO DE NUESTRO TERCER NÚMERO...

“Pensar la interdisciplinariedad en la intervención social” ese fue el ambicioso nombre que decidimos otorgarle a este número de refundación de la Revista Intervención. Asistimos a un momento, en el cual la interdisciplinariedad se ha instalado como un mandato institucional, una tarea a desarrollar, una meta a cumplir, particularmente observable en los equipos de intervención social. Sin embargo, poco sabemos qué es lo que quiere decir intervenir interdisciplinariamente, ni de qué manera, el trabajo interdisciplinar mejora nuestras intervenciones. Queríamos, por ende, invitar a los y las autores(as) a reflexionar y situar los desafíos de pensar la intervención social en contextos interdisciplinarios...

Para ello contamos con tres colaboraciones, cada una de ellas provenientes de distintos lugares geográficos, momentos biográficos y trayectorias intelectuales. Tres colaboraciones, que enriquecen generosamente el debate y nos llevan a plantearnos preguntas y desafíos que, más allá de este número en específico, orientarán las reflexiones futuras de la Revista Intervención. El primer artículo “intervención –y las intervenciones” escrito por Ricardo Zúñiga, profesor asociado a la Escuela de Trabajo Social de la Universidad de Montreal, es una reflexión sobre las distinciones y divergencias del concepto de intervención social. A través de un análisis conceptual que transita desde en-

foques constructivistas a la obra de Boaventura de Sousa Santos, el autor propone una aproximación a la intervención en términos plurales, que privilegie la acción concreta como criterio de análisis y que se defina desde su carácter relacional. El segundo artículo, escrito por Giannina Muñoz, académica del Departamento de Trabajo Social de la Universidad Alberto Hurtado, nos lleva cuidadosamente a cuestionarnos sobre la interdisciplinariedad en el campo del Trabajo Social. De la mano de algunas clarificaciones conceptuales sobre la noción de interdisciplinariedad, y de algunas evidencias de investigaciones anglosajones, la autora problematiza la interdisciplinariedad en un contexto como el chileno y desafía al trabajo social como disciplina a ganar autonomía en la producción de conocimiento. El último artículo de la docente e investigadora argentina Susana Cazzaniaga se ocupa de discutir la noción de la crítica en el trabajo social. Su contribución es un intento por definir los múltiples usos que en la profesión le damos a la idea de la crítica, para luego desafiar al trabajo social, particularmente a aquellos que realizan laborales de enseñanza, para desarrollar procesos críticos de educación que permitan formar profesionales capaces de generar procesos de intervención reflexivos y transformadores.

Nuestra sección debates de este número, se ocupa de pensar la recons-

trucción de ciudades desde el trabajo social. Para ello entrevistamos a dos trabajadores sociales involucrados directamente en los procesos de reconstrucción: Paulina Saball, Ministra de Vivienda y Urbanismo y a Dante Pancani delegado presidencial para la reconstrucción de la Región de Arica y Parinacota. Para otorgarle otra mirada al análisis contamos también con la colaboración de Magdalena Calderón, trabajadora social y magister en dirección pública, quien a través de un análisis de la gestión de emergencia en el caso del incendio de Valparaíso propone nuevas pistas de reflexión para pensar los procesos de reconstrucción desde la sociedad civil.

La sección “Palabras y Cosas” expone dos presentaciones realizadas en el marco de nuestro tercer seminario latinoamericano “Palabras y Cosas para el Trabajo Social” en Noviembre del año 2012. La primera presentación corresponde a Maria Lúcia Martinelli, académica de la Pontificia Universidad Católica de Brasil, titulada “Trabajo Social: una profesión de naturaleza socio-histórica”. La segunda presentación “La intervención social en los escenarios actuales. Una mirada al contexto y el lazo social” del profesor Alfredo Carballeda, trabajador social, docente e investigador de la Universidad de la Plata, Argentina.

Antes de darle el “vamos” oficial a nuestra revista, queremos agradecer a nuestros colaboradores de este nú-

mero, por el esfuerzo de responder a los exigentes ritmos de este número y por la generosidad de embarcarse con nosotros en este temerario proyecto. Ahora, que las cartas ya están “sobre la mesa” no nos queda más que esperar para conocer las reacciones de nuestros lectores y los rumbos que nuestra revista irá tomando en el futuro.

Dra. Lorena Pérez Roa

A nombre del comité editorial de la Revista Intervención

Referencia bibliográfica

Baillergeau, É y Bellot, C (2007) *Les transformations de l'intervention sociale : entre innovation et gestions des nouvelles vulnérabilités?* Presses de l'Université du Québec : Québec.

Couturier, Y (2005) *La collaboration entre travailleuses sociales et infirmières. Éléments d'une théorie de l'intervention interdisciplinaire*. Paris : L'Harmattan.

Dartiguenave, Y (2010) *Pour une sociologie du travail social*. Rennes : Presses universitaires de Rennes.

Hernandez, N, Navarrete, O y Veliz, C (2014) *Transformaciones sociales a la base de intervenciones e investigaciones sociales de excelencia*. Documento de trabajo. Departamento de Trabajo Social, Universidad Alberto Hurtado, Santiago, Chile.

Matus, T (1999). *Propuestas contemporáneas en Trabajo Social: Hacia una intervención polifónica*. Espacio, Buenos Aires.

Nélisse, C (1993) L'intervention : une surcharge de sens de l'action professionnelle. *Revue internationale d'action communautaire*, n 29/69, 167-181.

Nélisse, C (1997) L'intervention: catégorie floue et construction de l'objet. En Nélisse, C y Zúñiga, R (ed). *L'intervention: les savoir en action*. Sherbrooke, Éditions GGC.

Rose, G (1997) Situation knowledges: positionality, reflexivities and other tactics. *Progress in Human Geography* 21; 305.

ARTICULOS

LA INTERVENCIÓN — Y LAS INTERVENCIONES

Ricardo Zúñiga B., Servicio social, Universidad de Montreal

RESUMEN

En esta nota sobre la intervención, quisiéramos subrayar dos contenidos implícitos que definen las divergencias de punto de vista respecto al concepto mismo. Uno es la división que expresa el hablar de ella en un singular abstracto o en plural. El singular refiere a una visión universalista, necesariamente distante de contextos. La otra hace del plural concreto una referencia explícita a la constelación de relaciones sociales que la definen, incluyendo actores directos e indirectos. En esta segunda visión, insistimos en el análisis de un sujeto colectivo, que hace de ella una acción de sociedad, en la que los supuestos culturales son el telón de fondo de las relaciones interculturales e internacionales que la sitúan y que hacen visibles la diversidad de actores que en ella intervienen.

PALABRAS CLAVES

Connotaciones implícitas, acción universalista, actores colectivos, acción de sociedad.

ABSTRACT

In this brief note about the term “intervention”, we would like to increase the visibility of two implicit contents that convey divergences in viewpoints about the concept. The first is the division that remains implicit in the use of the term in its singular and plural voices. The singular evokes an abstract image of an interpersonal process in universalistic terms, while the plural refers to a constellation of social relations that includes direct and indirect actors and grounds it in its everyday contexts. The second insists on the analysis of a collective subject that defines intervention as a societal action. It insists on the inclusion of the cultural presuppositions that mark it and which situate it in its intercultural and international settings, defining explicitly relations that stress the ideological and political rootedness that make it the societal action that cannot afford a universalistic discourse.

KEY WORDS

Implicit connotations, universalistic social action, collective actors, societal action.

Ricardo Zúñiga es profesor asociado en la Escuela de Trabajo Social de la Universidad de Montreal, en la que ha trabajado desde su arribo al Canadá en 1976. Su área de especialización ha sido el análisis de la intervención desde el punto de la autonomía real de intervinientes y las personas con las que trabajan. Sus publicaciones más recientes se concentran en la autoevaluación de grupos comunitarios y en sus formas de participación igualitaria en contextos de SIDA y de relaciones discriminatorias en relación a pueblos autóctonos y a las poblaciones inmigrantes.
ricardo.zuniga@umontreal.ca



LA INTERVENCIÓN Y LAS INTERVENCIONES

El singular y el plural del término disimulan un diálogo receloso, una relación problemática entre una visión más académica y una más profesional. La tendencia académica adquirida recomienda hacer de la intervención una abstracción respetable; el interés de los prácticos, por su parte, busca que los inviten a un diálogo sobre una situación que saben que conocen en su realidad concreta. Esta tensión puede tironear una revista entre las metas de buscar la dignidad intelectual de una revista, que añora el reconocimiento científico de una profesión de calibre universitario, o la de buscar una pertenencia directa a los intereses de los profesionales en el terreno, que les hable a su cotidianidad, que refuerce su sentimiento que el valor de su trabajo merece ser compartido en la forma y el lenguaje habitual entre colegas. El dilema editorial es frecuentemente la búsqueda de un equilibrio entre la producción prolífica de textos provenientes de académicos y los mucho más escasos de profesionales en la acción directa, que son mucho más reacios a tratar de hablar de su vida cotidiana en el lenguaje que han aprendido a respetar temerosamente en su formación intelectual. Y las consecuencias de la elección de una de estas alternativas es crucial. Cuando se parte de una síntesis global, abstracta, teórica, que se presenta como continuidad con una literatura inmensa, no siempre pertinente a la práctica cotidiana contextualizada, se parte de la cúspide de un trabajo de síntesis de la acción social. Queda aún por definir de qué realidad social se está hablando, y los profesionales del terreno buscan la evidencia que ellos forman parte activa de ese colectivo y que son reconocidos como la primera línea de una reflexión concreta. Cuando se habla de “nuestras intervenciones”, se parte del piso del trabajo artesanal, aquel con las patas en el barro, y se exhibe como evidencia de una

acción consciente, transformativa, de la que se puede aprender directamente, prácticamente, por aprendizaje experiencial de todos los que son participantes directos de la acción del equipo.

Y conviene recordar esta tensión, porque es real, porque llama a dos colectivos con inserciones sociales diferentes a colaborar, a intercambiar sobre la base de un interés común, que les exige establecer un diálogo “inter-contextual”, que es también un diálogo entre dos posiciones sociales, dos formas de vida concretas, ambas con exigencias que las amarran a metas, normas de comunicación y a urgencias que empujan a privilegiar una de ellas. Los intereses en juego son fáciles de aceptar retóricamente como convergentes, pero que distan de serlo y, sobre todo que recuerda que, tras dos discursos hay dos colectivos, que habitan en mundos distintos y distantes, que están sometidos a exigencias, restricciones y urgencias distintas. Para el porvenir de una revista, es importante que esta convergencia no sea asumida como evidente y natural, como una obligación que no exige sino buena voluntad. Ella será el resultado de una capacidad de los contribuyentes a “servir a dos señores”, y en nuestros tiempos, dos señores que tienen rasgos tan tiránicos que los llevan a forzar al pobre autor a rendir pleitesía prioritaria a uno sólo. Ponerse dos camisetas, la de académico y de profesional activo, puede resultar asfixiante.

Si la tendencia académica predomina, el reflector del evaluador buscará la visión universalista de un problema ya reconocido, una fundamentación en la literatura aceptada como de una evidencia de solidez intelectual, una opción justificada teóricamente por un modo de enfocar, una estructura explícita, y una meta manifiesta, una tesis. La forma, la claridad explícita del razonamiento deben llevar a demostrar la plausibilidad de un camino y de su fruto. La opción de mostrar la racionalidad en actos de una intervención específica es aparentemente

más modesta: lo que muestra es el foco, lo que demuestra queda para que el lector lo formalice. Su valor está en la evidencia que la intervención ha sido una acción concreta, arraigada en un dónde, en quiénes con nombres y apellidos. Lo que en Chile puede resumirse en el trabajo de meter los “pies en el barro”, los norteamericanos lo describen irónicamente como aceptar ensuciarse las manos con datos concretos. Las presiones para responder a expectativas institucionales son muchas veces rígidas y artificiales (calendarios irreales, metas confusas, exigencias de evidencias artificiales de progreso), afectan y amenazan las posiciones laborales de sus protagonistas. En ambos casos hay una presión para producir innovaciones intelectuales o situacionales, respetando normas y costumbres que no siempre tienen cuenta de las realidades complejas de las vidas laborales. Para ambas tareas, la exigencia paradójica es la de innovar, pero demostrando continuidad con marcos conceptuales o “culturas organizacionales”. Para unos, la abundancia abrumadora de antecedentes intelectuales exige del “marco teórico” y de la revisión crítica de la literatura, una tarea que demasiado frecuentemente se limita a transformar el análisis en simples enumeraciones. Para los otros, el carácter local de prácticas no comunicadas ni en encuentros formales ni menos en publicaciones, los sitúa frente a tareas de búsqueda de síntesis que tienen mucho de trabajo detectivesco. Las vidas que los trabajadores sociales llevan y encuentran no pueden ser simplificadas en términos de objetivos definidos, como les gusta a los planificadores, y la exigencia de originalidad bien socializada es una tarea dura, sobre todo cuando está encuadrada en estas visiones dicotómicas: es la situación que los quebequenses llaman el estar “con una pata en el muelle y la otra en el bote”... El trabajo de todos debe demostrar una contribución a un mundo mejor, aclarando problemas y cambiando situa-

ciones de acuerdo a planes explícitos. Ambos dependen de haber pasado los criterios de aceptabilidad para ser publicados, financiados y autorizados. En este punto, debemos reconocer las consecuencias de una ideología profesional que ha fabricado un problema irreal y por lo tanto insoluble al crear un abismo en una definición del trabajo que ha hecho de “teoría” y “práctica” etiquetas de un dualismo que hace del acto profesional y de la reflexión, dos entidades reales y opuestas, que postulan implícitamente su independencia recíproca y su carácter de actividades que pueden ser divorciadas. El acto real es concebido como ocultando dos actividades distintas, encarnadas en actores diferentes, y los transforma en caricaturas: su postulado implícito es que el pensar que el trabajo social podría realizarse como una actividad independiente de éste, y que el trabajo profesional es una actividad que no comporta una reflexión sobre su intención, su organización y su evaluación. El gran ausente será aceptar que una profesión es un proceso único de interesarse, comprometerse y compartir una realidad con el fin de comprenderla para buscar cómo implicarse en ella, tratando de comprender existencialmente la forma en que una profesión vive en una realidad que se le impone, y que sólo puede ser comprendida en función de una decisión de involucrarse en ella para el acto concreto de transformarla. El aforismo que “no hay nada más práctico que una buena teoría” habría que completarlo con otro, que sería algo así como “no hay buena teoría que no refleje una práctica”: Se puede tomar como regla de método que no hay nada de teórico en la producción de una teoría. Como en toda actividad, ella necesita y se basa en una práctica: trabajo humano, colegas, inscripciones, lugares equipados, etc. (...) La práctica es, por ello, un término que no tiene un opuesto, y que designa la totalidad de las actividades humanas (Latour, 1996, 133; trad. RZ).

Dado que la teoría no es finalmente sino un producto específico de la actividad de ciertos prácticos, podemos avanzar que la práctica subordina la teoría (en tanto que ésta es una interacción crítica con un medio que puede desembocar ya sea en la confirmación de la justeza del modelo producido o en su rechazo porque ha resultado ser ineficaz a explicar los fenómenos percibidos y sus interrelaciones).

Esta idea de subordinación indica bien que la teoría, no sólo no puede existir independientemente de una práctica que la abre a un mundo exterior, pero que, aún más, su característica esencial es justamente su sumisión a la práctica. Sin esta sumisión a un juicio de realidad, que no es posible que a través de la actualización de una práctica, un sistema de ideas se transforma en doctrina, apoyándose solamente en dogmas para exigir la creencia (Zapata, 2004, 16–17, trad. RZ).

LAS LARGAS RAÍCES DE LA DEFINICIÓN DIALOGAL

Estas tendencias complementarias pero divergentes de la división de la actividad humana en teoría y práctica se relacionan con otra dupla resbalosa, que separa el análisis que subraya una interlocución entre dos participantes directos, y el que los sitúa en una red de actores periféricos difícilmente controlables, que buscan comprender la intervención como “social”.

Intervenir es un concepto necesariamente relacional. “Alguien” interviene; alguien “es intervenido”. Gramaticalmente, el concepto de intervención sugiere una relación marcada por una intención de afectar el mundo de uno incorporando a él el mundo de otro. El término dista de ser neutro, y lo es menos aún en América Latina. Intervenir implica la voluntad de afectar la vida de otros, sin dejar claro el grado en que ella sea solicitada o aceptada. Las connotaciones de subordinación,

de desigualdad justificada sólo a los ojos que quién interviene, incluso de intromisión invasiva y violenta (para el Larousse, la intervención es un “recurso a una acción enérgica; una operación, como las de un cirujano o una invasión militar invasiva”). Las doctrinas intervencionistas se justifican primero a los ojos de los que las realizan, y sólo luego a los ojos de sus supuestos beneficiarios. La causa primera es siempre materia de búsqueda y de controversia respecto a su origen en fuerzas internas que vivían lo intolerable, en una apreciación de los que la solicitaban, o en la lectura que fuerzas exteriores que la decidieron en la defensa de indefensos. Ambas justificaciones se basan, justamente, en la desigualdad de la relación: ellos no tienen algo bueno (condiciones de supervivencia, vida digna, desarrollo, democracia, buen gobierno,) o algo tienen en exceso (como corrupción, endeudamiento, abuso). Ayudar al indefenso, responder a un pedido de ayuda, actuar porque era lo justo (la famosa explicación política de justificación de los colonialismos, el “White man’s burden” británico, la justificación norteamericana que “It was the right thing to do”) y la respuesta a pedidos de auxilio que muchas veces pueden venir de minorías amenazadas en sus privilegios o de juicios externos de intervención forzada, como en incompetencia parental, alienación mental o acciones antisistémicas (amenazas al orden público, potencial terrorista, separatismos). Las metas se formulan habitualmente en términos benevolentes, que justifican la necesidad de intervenir y los beneficios en que ella redundará: se trata más de cambiar según los valores favorecidos por el interviniente y reconocidos en los intervenidos más que de consolidar, reforzar, reorientar, resignificar según los valores del beneficiario. Los medios se expresan en términos cuidadosamente esterilizados de todo signo de que sean resultados de una búsqueda de poder como enseñar, equipar, concientizar, ayudar, apoyar, encuadrar, mediar,

facilitar, catalizar...

Las referencias previas vienen en gran parte de las afirmaciones en política nacional respecto a minorías disidentes y en política internacional, respecto a desequilibrios de poder y de autonomías nacionales, pero no son exclusivas a esta perspectiva disciplinar. Pensemos en la intervención estatal en las relaciones familiares, educativas, de conflictos locales, que incluyen abandonos, violencias y abusos en relaciones interpersonales. Para ambos niveles, el análisis de la fundamentación de una intervención puede venir no sólo de los interlocutores directos, sino de otros actores como los promotores de la búsqueda del cambio, sus instigadores políticos e institucionales, “los implicados” y “los afectados” en relación al proceso y su legitimación social (si los responsables están conscientes y preocupados de opiniones publicadas y de encuestas de opinión pública, es difícil negar su participación). Autores en el área de la evaluación de proyectos como Guba y Lincoln (1989) han creado una conciencia compartida que en una acción, mucho más son los no consultados, los olvidados y los excluidos que los que aparecen como actores o promotores. Los efectos perversos de una acción bien intencionada son tan reales como las intenciones buenas, reales o hipócritas.

LOS ACTORES Y SUS ARRAIGOS DE SOCIEDAD

Dos actores autónomos o con margen de maniobra situacional están siempre presentes, pero pueden ser vistos en términos dialogales o socialmente analíticos. Un litigio entre dos esposos puede tener una institución religiosa como participante activa (apoyo grupal, refuerzo de convicciones, dirección espiritual). Un esfuerzo disciplinario de un padre puede atraer la participación de la esposa, de la escuela, de los compañeros, de la asociación de padres, de la policía, de la dirección del colegio, e incluso de la opinión pública, informada por un pe-

riodista o por Facebook. La pregunta se reformula: en una relación conflictual entre padre e hijo, ¿Quién participa? ¿Quiénes son “los actores”? Una cita de Lucien Goldman, filósofo francés que marcó los años sesenta, puede darnos una pista:

Si, como decía, levanto una mesa muy pesada con mi amigo Juan, no soy yo quien levanta la mesa, ni tampoco es Juan. El sujeto de esta acción, en el sentido más riguroso, está constituido por Juan y yo (y, para otras acciones, habría que agregar otros individuos en número mucho mayor). Es por ello que las relaciones entre Juan y yo no son relaciones sujeto-objeto, como en la libido, el complejo de Edipo, por ejemplo, ni son relaciones intersubjetivas, como lo piensan los filósofos individualistas que parten de la base que los individuos son sujetos absolutos. Ellas son lo que me atrevería a nombrar con un neologismo, relaciones intrasubjetivas, es decir, relaciones entre individuos que son, cada uno de ellos, elementos parciales del verdadero sujeto de la acción (Goldman, 1970, p. 102.)

¿Quién interviene en una relación? Los interlocutores directos, evidentemente. Pero no hay que olvidar que ellos están presentes de partida como sujetos. Lo que no quita que su presencia incluye su carácter de representantes de grupos mucho más amplios: muy al contrario. Si en la vuelta de la tortilla metafísica de Santo Tomás de Aquino “persona dice relación”, dos sujetos en relación activan las relaciones de todas sus pertenencias, asociaciones, contactos y referencias—conscientes o no. Son sujetos que reflejan su pertenencia a una institución que los define en sus competencias, a una posición social que los ubica en su mundo, a una situación de trabajo que es su ganapán, a una familia que los encuadra, a una cultura que orienta los márgenes de maniobra en cuanto a fines y medios legítimos, y en cuanto a las prioridades valóricas que orientan su trabajo. Y esta doble subjetividad tiene una primera consecuencia. El diálogo

supondrá un margen de autonomía personal de interviniente y de intervenido:

La intervención del trabajador social implica y exige dos autonomías. Sin la autonomía profesional del profesional, la intervención se reduce a obtener la información exigida, o se limita a una orientación hacia los recursos institucionales disponibles. En esta relación, no puede sino ver al profesional como un funcionario, sin ningún poder de decisión, frente al cual será más prudente mantener una distancia prudente para defender sus propios intereses. Sin la plena autonomía del cliente, orientada y solidaria, y con los medios necesarios para pasar a una acción socialmente eficaz, la reivindicación de la autonomía del profesional se empobrece al limitarse a una defensa de sus intereses. La apuesta en juego en la intervención del trabajador social es, así, esta cooperación entre dos autonomías (Zúñiga y Boucher, 1993, p. 172; trad. RZ).

Una segunda consecuencia, hartamente más difícil de tener presente y de aplicar al trabajo reflexivo, es recordar que este sujeto que interviene tiene la dura tarea de estar consciente de su propia subjetividad, como actor personal, con toda su historia y su posición social, y también como miembro de una institución, de una cultura y de los parámetros que ellas determinan para su intervención:

Una empresa de objetivación sólo está científicamente controlada en proporción a la objetivación que se hace del sujeto que la realiza. Por ejemplo, cuando emprendo la tarea de objetivar un objeto como la universidad francesa, de la que soy parte, enfrento la tarea (y debo estar consciente de ello) de objetivar todo un sector de mi inconsciente específico que podrá ser un obstáculo a mi conocimiento de este objeto, dado que todo progreso en el conocer sigue siendo inseparable de mi conciencia de mi relación al objeto (...). En otros términos, mis posibilidades de ser objetivo aumentan en el grado en que he objetivado

ESTE SUJETO QUE INTERVIENE TIENE LA DURA TAREA DE ESTAR CONSCIENTE DE SU PROPIA SUBJETIVIDAD, COMO ACTOR PERSONAL, CON TODA SU HISTORIA Y SU POSICIÓN SOCIAL, Y TAMBIÉN COMO MIEMBRO DE UNA INSTITUCIÓN, DE UNA CULTURA Y DE LOS PARÁMETROS QUE ELLAS DETERMINAN PARA SU INTERVENCIÓN

mi propia posición (social, universidad, etc.) y los intereses que están en juego, especialmente los propiamente universitarios que está ligados a esta posición. (Bourdieu, P., 2001. Ciencia de la ciencia y reflexividad, 180–181, trad. RZ)]

DESAFÍOS PARA UNA COMPRENSIÓN SOCIAL DE LA INTERVENCIÓN SOCIAL

Las ciencias sociales latinoamericanas denuncian hace ya largo tiempo (y muchas veces desde el exilio) las limitaciones y distorsiones de la visión celestial de la realidad humana, en la que sería de mal gusto denunciar la miseria, la destrucción de vidas humanas y de comunidades como factores de distracción para una ciencia social pura, universal, exportable e importada. Tal vez este texto de Pablo González Casanova, el infatigable ex-rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, resume los esfuerzos de generaciones de científicos sociales latinoamericanos en romper las barreras del claustro académico, para dejar entrar la historia concreta

de un pensar que no aceptó las reglas del juego académico internacional. Las nuevas ciencias no muestran la necesaria modestia para enfrentar coherentemente sus propias limitaciones. Pocas veces sus autores mencionan los procesos entrópicos que amenazan al sistema-mundo como sistema de dominación, depredación y acumulación capitalista. En su enlace con los problemas humanos a lo sumo llegan a señalar los peligros del nuevo Leviatán de los complejos militares-industriales, del socialismo de Estado o del populismo. Cuando llegan a proponer una alternativa democrática, no incluyen las alternativas de la liberación y el socialismo, o la crítica de las megaempresas y el capitalismo, o al racismo y al imperialismo, ni señalan los males de las burocracias, las mafias y las nomenclaturas junto con la de los gerentes, las élites, los especuladores, los armamentistas, los narcos y las autoridades del Banco Mundial. La alternativa democrática de la inmensa mayoría de los científicos es muy superficial y limitada y rara vez repara en el sistema de dominación, acumu-

LA ESTRATEGIA NO ES LA DEFENSA DE UN ENFOQUE, SINO AYUDAR A DISIPAR LA BRUMA DE EQUÍVOCOS QUE PUEDE OSCURECER UNA INTENCIÓN MAL DEFINIDA EN SU CAMINO A CONVERTIRSE EN PROYECTO VIABLE.

lación y mediación o en el significado práctico de un gobierno del pueblo, para el pueblo y con el pueblo. Su conocimiento por objetivos ve y no mira esos objetivos. (González Casanova, 2005, p. 402).

Este trabajo, siempre presente en la historia latinoamericana, cuenta en la actualidad con el trabajo monumental de Boaventura de Sousa Santos, abogado y sociólogo portugués que, a través de sus impresionantes publicaciones y su igualmente monumental proyecto Alice, sigue el arduo trabajo de recordar machaconamente que las ciencias sociales son sociales en su visión de globalidad y en su búsqueda de un pensar que se arraigue en la experiencia, no sólo de personas sino también de sociedades y de pueblos. Su proyecto de investigación Alicia¹, en referencia al realismo abierto del personaje de Lewis Carroll, “Alicia en el país de las maravillas”, insiste en las ideas que trabaja hace años en crear redes de solidaridad entre pueblos, y en reforzar la defensa de lo que el ha llamado el “epistemicidio” de la represión de las “epistemologías del Sur”. Me temo que quisiera compartir otra

referencia, ésta proveniente de la última versión, publicada en inglés, de su inmenso trabajo sobre las epistemologías ignoradas, despreciadas y pisoteadas de los pueblos indígenas, marginales y oprimidos:

Prefacio. Tres ideas básicas fundan este libro. Primero, la comprensión del mundo sobrepasa, y por muy lejos, la comprensión que de él ha mostrado el Occidente. Segundo, no hay justicia social global sin una justicia cognitiva global. Tercero, las transformaciones emancipadoras en el mundo pueden seguir otras gramáticas y otros guiones que los que han sido desarrollados por la teoría crítica centrada en el Occidente, y ésta variedad debe ser valorizada.

Una teoría crítica tiene como premisa la idea que no hay otro modo de conocer mejor el mundo que anticipando otro mundo mejor. Esta anticipación provee los instrumentos intelectuales que permitan desenmascarar las mentiras institucionalizadas y nocivas, que sostienen y legitiman la injusticia social y el impulso político de luchar contra ellas. Una teoría crítica es, por lo tanto, carente

de sentido sin una búsqueda de verdad y de curación, aún a sabiendas que, finalmente, no hay verdad final ni curación definitiva. (Santos, 2014, p. viii, trad. RZ).

¿QUÉ HACER? ¿QUÉ PRIVILEGIAR?

Los desafíos de una nueva revista de trabajo social no pueden evitar situar la intervención como tema central, un desafío en su definición de autores y públicos. El trabajo es resbaloso: no se cambian tan fácilmente los sentidos habituales de términos de uso frecuente, no se consigue fácilmente separarlos de sus connotaciones. La intervención es uno de esos términos. Hablar de intervención, de intervinientes y de intervenidos es de mal pronóstico. Alejarse de su sentido primero, de acción caritativa de ayuda de los que tienen a aquellos que han sido filtrados cuidadosamente –no en términos de necesidad sino primariamente de mérito–, va contra la corriente. En francés, el asesor es todavía el “aumonier”, el limosnero de una familia caritativa, que le en-

cargaba la tarea de filtrar de entre los pobres aquéllos que eran “meritorios”. En la ironía corrosiva de Jacques Brel, la señora patronal (madrina) tejía a sus protegidas chalecos color “caca de ganso”, para así poder mejor identificarlas en la iglesia². Lo que suena ridículo sigue siendo la tarea ingrata heredada por los trabajadores sociales, que deben filtrar las necesidades para distribuir recursos siempre insuficientes. La producción de instrumentos de evaluación de necesidades y su aplicación permiten laicizar al limosnero parroquial, pero no hacen más fácil su tarea de hacer pasar los necesitados por el embudo de los recursos insuficientes. La evaluación como filtración es la lógica de la red de pescar, que deja escapar los peces chicos. Los autores de proyectos arraigados en el terreno tienen siempre la tentación de poder melodramatizar la urgencia que constatan aumentando los puntajes que definen la necesidad. En castellano, los diccionarios la asocian a intrusiones violentas en la vida de pueblos y de personas. Intervenir militar, social o profesionalmente implica habitualmente despojar a alguien de la autonomía que para él o ella sería más abandono que libertad. Por suerte, el término no gana popularidad, porque hablar de los intervenidos y de pobres meritorios obligaría a tener que tejer tantos chalecos color caca.

La política es otro término incómodo. Defender a “los señores políticos”, limpiar la política de la politiquería y de la corrupción es tal vez una tarea posible, pero no parece una misión científica ni profesional. Escribir implica la doble responsabilidad de responder a las expectativas atribuidas a su público conocido y sobre todo a su público previsto. ¿Revista para quiénes?, ¿revista para qué? El significado y el sentido de una revista, que es tanto disciplinar como profesional, no son consensuales, no implican una homogeneidad de intereses. ¿Informar, alimentar, activar, atizar? Conocemos bien las intenciones, las expectativas y el espacio que po-

dría encontrar para identificar los para qué y los cómo? Participar en intercambios o dictar cátedra? Este trabajo no responde a todas las esperanzas y expectativas. No puede hacerlo mientras no escudriñemos en nosotros mismo nuestros intereses, nuestra capacidad de convergencia, de encontrar un área reconocible y delimitada de encuentro.

Hay un campo, que es difícil de llamar “disciplina”, “profesión”, “oficio” o “vocación”, pero que es todos ellos. Si vamos a hablar de intervención, ¿qué subrayamos como rasgos esenciales y como estructura social? ¿qué exigimos como contribución a nuestro cotidiano de trabajo social? Al escribir estas notas, nuestra opción ha sido la de situarnos en el punto de partida. La estrategia no es la defensa de un enfoque, sino ayudar a disipar la bruma de equívocos que puede oscurecer una intención mal definida en su camino a convertirse en proyecto viable. Se puede guardar un optimismo fundado, al seguir con simpatía y solidaridad los esfuerzos por avanzar con los medios limitados en el campo académico y sus ideologías sintomáticas de los debates de sociedad y en prácticas que encuentran rápidamente sus límites en las restricciones de libertad, las desigualdades y las mordazas. Con esfuerzo se avanza. No en todos los puntos, no en todos los mundos sociales; pero recordando el trabajo de pioneros, siguiendo las pequeñas aperturas en la concepción de la investigación, el Leviatán positivista ha mostrado el Mago de Oz tras bambalinas. La idea de ver en los “objetos de estudios” personas tan personas como el investigador o el profesional. Ver al cliente, paciente, o caso, como plenamente humano, obliga a mirarse en el espejo, y a preguntarse en qué grado he podido guardar mi propia humanidad, reconocer mi propia subjetividad y el grado en que toda acción mía, sea de reflexión o de acción directa, debe estar firmada, porque soy responsable de ella, porque ella expresa mi identidad. Ambos, juntos, somos colaboradores, socios

(en la literatura en francés y en inglés, “partners, partenaires - ver un buen ejemplo en Bernier, 2014). Investigación, investigación-acción y acción comunitaria, investigación cualitativa, investigación colaborativa: como la inquieta Mafalda y la minúscula Libertad, vamos viendo la posibilidad de hablar de acción reflexiva, crítica, constructiva y, por otro lado, colectiva, colaborativa, igualitaria. Tal vez podría dejar este cuadro incompleto con la visión utópica de los antropólogos que buscan unirse a las Epistemologías del Sur, a los Quijotes que denuncian los epistemicidios que han sido sordos a las contribuciones que perturbaban los modelos epistémicos autocomplacientes.

El Grupo de Trabajo El Dorado (sobre una antropología colaborativa e igualitaria) insiste en que la antropología de los pueblos indígenas y de comunidades relacionadas avance hacia modelos “colaborativos”, en los cuales la investigación antropológica no sea solamente combinada con un apoyo (advocacy), sino que lo sea de modo intrínseco, en el que la investigación apunta, de partida, a producir beneficios materiales, simbólicos y políticos para la población estudiada tal como sus miembros hayan ayudado a definirlos. La investigación colaborativa implica el trabajo conjunto de todas las partes en un programa de investigación que sea mutuamente beneficioso. Todas las partes participantes son socios iguales, involucrándose en el diseño de la investigación y todos los otros aspectos mayores del programa, trabajando juntos hacia una meta común. La investigación colaborativa implica mucho más que retribuir o compensar bajo formas de ayuda a sus causas y contribución a sus necesidades sociales. Sólo el modelo colaborativo ofrece un intercambio total (“a full give and take”) en el que, en cada etapa de la investigación el conocimiento y la experticia sean compartidas. En la investigación colaborativa, la comunidad local definirá sus propias necesidades y buscará expertos en su seno y al exterior

para desarrollar programas de investigación y de acción. En el proceso de realizar esta investigación sobre las necesidades identificadas por la comunidad, los expertos externos pueden encontrar conocimientos que sean de interés para la teoría antropológica. Sin embargo, el prestarles atención y hacer publicaciones sobre ellos deberá ser desarrollado en el encuadre de colaboración, y podrán ser descartados si no reflejan igualmente los intereses de todos los colaboradores. En la investigación colaborativa, los expertos locales trabajan juntos (“side by side”) con los investigadores externos, con un pleno diálogo de intercambio de sus conocimientos. Ellos no excluirían las formas convencionales de entrenamiento en la producción de éste. (Lassiter, 2005, Prefacio,p. ix., trad. RZ. Nota: en la traducción de este texto se ha preferido guardar el término de investigación “colaborativa” más bien que reemplazarlo por otros como “cooperativa”, que tienen matices y connotaciones diferentes, que pueden desviar del sentido original).

1. Ver su página web <http://alice.ces.uc.pt>

2. Pour faire une bonne dame patronnesse
Tricotez tout en couleur caca d'oie
Ce qui permet le dimanche à la grand-messe
De reconnaître ses pauvres à soi
Ce qui permet le dimanche à la grand-messe
De reconnaître ses pauvres à soi

Referencias bibliográficas

Bernier, J. (2014) La recherche partenariale comme espace de soutien à l'innovation. Global Health Promotion, 2014, Vol.21 (1_suppl), pp.5863.

Bourdieu, P. (2001) Science de la science et réflexivité. Paris, Raisons d'agir.

Bourgeault, G. L'intervention sociale comme entreprise de normalisation et de moralisation: peut-il en être autrement? À quelles conditions? Nouvelles pratiques sociales, Vol. 16, No 2, p. 92-105.

Goldman, L. (1970) Le sujet de la création culturelle. En Marxisme et sciences humaines. Paris: Gallimard, 1970, p. 94–120.

González Casanova, P. (2005) Las nuevas ciencias y las humanidades. De la Academia a la Política. Anthropos Editorial (Rubi, Barcelona) /Instituto de Investigaciones Sociales (UNAM). México.

Guba, E. G., Lincoln, Y. S. (1989) Fourth generation evaluation. Newbury Park, CA: Sage.

Lassiter, L. E. (2005) The Chicago Guide to Collaborative Ethnography. Chicago Guides to Writing. The University of Chicago Press

Latour, B. (1996) Sur la pratique des théoriciens. Dans Barbier, J-M (1996) Savoirs pratiques et savoirs d'action. Pédagogies d'aujourd'hui, PUF, Paris. P. 131-146.

Santos, B. de Sousa (2014) Epistemologies of the South. Justice against epistemicide. Boulder, London: Paradigm Publishers. <http://www.boaventuradesousasantos.pt/pages/en/homepage.php>

Zapata, A. (2004) L'épistémologie des pratiques. Pour l'unité du savoir. Paris, L'Harmattan.

Zúñiga, R., Bouchen ,N. (1993) Autonomie des clients, autonomie des praticiens: les deux faces d'un enjeu social. Intervention, Montréal, 95, juin, 64-72.

APORTES CONCEPTUALES Y EMPÍRICOS PARA PENSAR
LA INTERVENCIÓN SOCIAL
INTERDISCIPLINAR EN CHILE

Gianinna Muñoz Arce*

RESUMEN

Reconociendo el carácter valioso de la intervención social interdisciplinar y, al mismo tiempo, los posibles obstáculos para llevarla a cabo en Chile, este trabajo se propone aportar a la discusión conceptual y empírica en torno al tema. En la primera parte, se desarrollan algunos conceptos básicos para iniciar la reflexión, aludiendo a los orígenes y a las nociones relacionadas a la idea de interdisciplinariedad. En la segunda parte, se aborda la idea de intervención social interdisciplinar incorporando hallazgos de investigaciones realizadas en países europeos y angloamericanos. Dichos hallazgos, en la tercera parte, son puestos a contraluz considerando las particularidades latinoamericanas y especialmente chilenas. Finalmente, algunos desafíos para el trabajo social en el área de intervención social interdisciplinar son sugeridos.

PALABRAS CLAVES

interdisciplinariedad - intervención social - trabajo social - Chile

ABSTRACT

Recognising the contributions of interdisciplinary social intervention as well as the obstacles which may hinder its implementation in practice within the Chilean context, this article offers a conceptual and empirical discussion about this subject. Some basic notions related to the concept of interdisciplinary are developed in the first part of this paper. The second part addresses the idea of interdisciplinary social intervention by analysing European and Anglo-American research evidence. Reflections about these findings considering the particularities of the Latin American and the Chilean context are also developed in the third part of this article. Finally, some challenges for social work in the field of interdisciplinary social intervention are suggested.

KEY WORDS

interdisciplinary – social intervention – social work – Chile

* Gianinna Muñoz es doctora © en Trabajo Social, Universidad de Bristol, Inglaterra. Docente del Departamento de Trabajo Social de la Universidad Alberto Hurtado y del Magister en Psicología Mención Psicología Social de la Universidad Diego Portales. Áreas de interés: trabajo social, intervención social, interculturalidad y ciudadanía. Correo electrónico: gimuno@uahurtado.cl

INTRODUCCIÓN

El carácter multidimensional de los fenómenos sociales ha sido asumido en la política social de las últimas décadas. En el caso particular de Chile, la implementación del Sistema de Protección Social a partir del año 2000, ha puesto de manifiesto la necesidad de contar con equipos profesionales y técnicos multidisciplinarios capaces de abordar dicha complejidad social: si los fenómenos de intervención social son multidimensionales, se requieren equipos multidisciplinarios que los aborden de una manera integral. A pesar de que la necesidad de desarrollar intervenciones interdisciplinarias, especialmente en las áreas de salud, educación y servicios sociales, ha sido visualizada hace más de cuarenta años en el contexto internacional (Török y Korazim-Ko"rösy, 2011; Korazim-Ko"rösy et al., 2007; Canadian Association of Social Workers, 2001), las investigaciones sobre intervención social interdisciplinaria son escasas en el contexto chileno.

Luego de una revisión de la literatura y de la investigación en torno a la intervención social interdisciplinar en el mundo, es posible afirmar que en Estado Unidos, Canadá y algunos países europeos (especialmente Inglaterra y los países escandinavos) es donde más se ha producido y publicado información respecto al tema. Ciertamente este conocimiento es valioso pues provee evidencias e interesantes reflexiones, sin embargo es preciso reconocer que responde a una realidad cultural y económica profundamente diferente a la vivida en los servicios sociales latinoamericanos y chilenos. No es correcto afirmar que en América Latina, y en Chile particularmente, se realizan menos intervenciones interdisciplinarias, pero lo que sí está claro es la escasez de investigación y difusión de resultados de dichas prácticas. De ahí la relevancia de acceder al conocimiento producido en los países "del norte", asumiéndolos como un primer insu-

mo o referencia pero siempre aproximándose a ellos de manera crítica y situada. Por esta razón, cada vez que en este trabajo se proporciona evidencia de investigación se explicita el contexto en que dichos hallazgos fueron producidos.

Reconociendo el carácter valioso de la intervención social interdisciplinar, y al mismo tiempo los posibles obstáculos para llevarla a cabo, este trabajo se propone aportar a la discusión conceptual y empírica en torno al tema. En la primera parte, se desarrollan algunos conceptos básicos para iniciar la reflexión, aludiendo a los orígenes y a las nociones relacionadas a la idea de interdisciplinariedad. En la segunda parte, se aborda la idea de intervención social interdisciplinar incorporando hallazgos de investigaciones realizadas en países europeos y angloamericanos. Dichos hallazgos, en la tercera parte, son puestos a contraluz considerando las particularidades latinoamericanas y especialmente chilenas. Finalmente, algunos desafíos para el trabajo social en el área de intervención social interdisciplinar son sugeridos.

DISTINCIONES CONCEPTUALES

La idea de interdisciplinariedad apareció públicamente por primera vez en un documento de la OCDE en 1972. Era definida como "la interacción entre dos o más disciplinas, que varía desde la simple comunicación de ideas a la integración de conceptos, metodologías, procedimientos, epistemologías y/o terminologías comunes [...] Un equipo interdisciplinario consiste en un grupo de personas formadas en distintos campos de conocimiento (disciplinas) [...] que hacen un esfuerzo para trabajar en un problema en común a través de la intercomunicación continua" (OCDE, 1972: 22-23).

En esta definición, lanzada en el contexto europeo, intenta mostrar desde una perspectiva pragmática lo que implica un trabajo interdisciplinar. En primer lugar, se trata de un ran-

go de actividades, que puede ir desde lo más elemental –como compartir cierta información–, hasta una compenetración tal que concepciones de mundo puedan ser compartidas. La idea de "problema común" opera como el motivador inicial de un intento de intervención interdisciplinar. Este problema es visualizado desde distintas perspectivas, cada una aportada por una disciplina en particular. Esto no es un asunto menor, ya que como será analizado en la siguiente sección, el diálogo interdisciplinar requiere definiciones disciplinares previas. De ahí que antes de proponer una reflexión conceptual sobre la idea de interdisciplinariedad es preciso analizar la propia idea de "disciplinariedad" (Jackson, 2010; Sharland, 2011; Haye, 2011). Los trabajos de Chettiparamb (2007), Aboelela et. Al. (2007) y OECD (2012) proveen relevantes definiciones que constituyen la base de este apartado. A principio de los setenta, Michel Foucault distinguió entre el "individuo específico" y el "individuo universal" para referirse a la diferencia entre aquellas personas que hablaban desde un lugar disciplinar particular y aquellas que lo hacían desde una conciencia de sociedad (Foucault, 1980: 126). La separación de los campos de conocimiento ha sido interpretada como una consecuencia evidente de la tendencia humana de separar, clasificar y conceptualizar los bordes (Boisot, 1972) que constituyó el impulso propio del pensamiento positivista gestado en la era moderna. Dependiendo del lugar epistemológico, existen visiones contrapuestas respecto de qué es una disciplina. Por ejemplo, desde una perspectiva positivista existirían claras fronteras entre lo que es y no es disciplina, mientras que desde una perspectiva postmodernista por ejemplo, dichas fronteras se desdibujan y la presunción de la inexistencia de las disciplinas es defendida.

Chettiparamb (2007), en su revisión histórica de la idea de disciplina en el Reino Unido, refiere a Heckhausen

(1972) quien propuso siete criterios para distinguir qué campo del conocimiento puede ser considerado una disciplina. La epistemología positivizada es clara en sus propuestas por una delimitación. En sus palabras, una disciplina es:

- i) Aquella actividad que tiene un campo material que comprende una serie de objetos de manera común.
- ii) Que tiene un tema de interés definido, el cual constituye el punto de vista desde el cual la disciplina observa su campo material u objeto.
- iii) Que desarrolla una integración teórica para observar su campo material u objeto.
- iv) Que tiene un método que usa para observar y transformar su campo material u objeto.
- v) Que tiene herramientas analíticas específicas.
- vi) Que tiene un campo de práctica definido.
- vii) Que reconoce determinantes históricas o contextuales que la influyen.

En el otro extremo, encontramos la negación de la distinción disciplinar. Algunas de las críticas a la separación del conocimiento en campos disciplinares, resumidas por Chettiparamb (2007), son las siguientes: Se plantea que la focalización en aspectos singulares de un fenómeno da como resultado una restricción considerable del rango de conocimiento, lo que deja espacios vacíos. Segundo, la "disciplinariedad" es vista como la búsqueda de "más de lo mismo" y en este sentido, la creatividad y la innovación disminuyen. En tercer lugar, argumentan que las(os) profesionales formados "disciplinariamente" pueden estar tan centrados y "socializados" en su propia disciplina que pueden perder la reflexividad con facilidad. En este sentido, plantea Bridges (2006), entre más delimitada está una disciplina, menos conscientes de sus reglas están las(os) profesionales. En cuarto lugar, la "disciplinariedad" es percibida como incapaz de abordar problemas complejos. En quinto lugar, se le critica su tendencia a perder

de vista la cantidad de conocimiento disponible sobre un problema debido a su propia delimitación.

Varias críticas expuestas en el reporte de Chettiparamb (2007) hacen sentido en el contexto de la intervención social en Chile. Sin duda que la división y delimitación de fronteras entre una disciplina y otra no permite abordar de manera multidimensional los fenómenos de intervención. Se restringen las posibilidades de un diálogo nutrido por perspectivas diversas, y en definitiva, el conocimiento se atrinchera en un campo determinado (Muñoz, 2011). Se emplea un lenguaje incomprensible para otros y que finalmente no logra tener gran resonancia en el mundo extra-disciplinar, en el caso de la intervención social, el mundo de las políticas sociales, la arena política, la discusión global. Desde luego que anular las fronteras entre disciplinas no es solución. Se trata finalmente de un problema epistemológico que se resume en la siguiente contradicción: al observar el todo se gana amplitud, pero no se puede atender a las partes que lo conforman; y focalizar en las partes implica conocerlas en profundidad, pero sin la visión amplia del todo y lo que lo rodea. Es por ello que la idea de interdisciplinariedad aporta en la búsqueda de mediaciones entre todo y partes, en tanto el prefijo "inter" implica comunicación y diálogo a través de las fronteras.

No es que quiera plantearse aquí el quiebre de las lecturas disciplinares particulares sobre intervención social, sino más bien ir en la búsqueda de reuniones y contrapuntos que permitan cumplir la promesa de la mirada multidimensional y la acción integral que se proponen los programas sociales en la actualidad (Muñoz, 2011). Agazzi (2002) señala que la interdisciplinariedad no es lo opuesto a lo "disciplinar", siendo más bien un planteamiento que, frente a problemas complejos, trata de poner en diálogo varias ópticas disciplinares y específicas con el fin de alcanzar una comprensión más profunda, a través de la síntesis de sus diferentes

aportes. Esto significa que no constituye un problema en sí, el hecho de que la formación para la intervención social sea planteada desde una disciplina específica, sino su escaso intercambio con otras para observar con otros ojos los problemas sociales que intenta resolver. Esto ha cobrado mayor relevancia durante las últimas décadas, donde las metáforas del conocimiento han pasado desde una lógica estática a una de propiedades dinámicas como la red, el sistema y el campo (Klein, 2000), lo que ha llevado a su vez a la concepción de las disciplinas como un constructo artificial en un mundo denominado "post-disciplinar" (Turner, 2006; Rosamond, 2006).

Diversas formas de aludir a la idea de interdisciplinariedad pueden ser encontradas en la literatura. De acuerdo a la clasificación propuesta por la OCDE (2012) y recogidas en los trabajos de Choi and Pak (2007) y Kneipp et. al. (2014), encontramos:

- Multidisciplinariedad: yuxtaposición de varias disciplinas, a veces sin una conexión aparente entre ellas (por ejemplo, música, matemáticas e historia).
- Pluridisciplinariedad: yuxtaposición de varias disciplinas, que asumen estar más o menos relacionadas (por ejemplo matemáticas y física, o bien francés, latín y griego: "lenguas clásicas").
- Interdisciplinariedad: interacción entre dos o más disciplinas, organizados para trabajar en conjunto sobre un problema común.
- Transdisciplinariedad: establecimiento de un sistema común de axiomas para un set de disciplinas.

Ciertamente, como plantea Haye (2011) el uso de estas distinciones conceptuales no debe asumirse en un sentido lineal. No operan como una suerte de escalera evolutiva donde se puedan ir "pasando etapas". En las prácticas sociales muchas veces estas formas de trabajo se presentan de una manera difusa y confusa. Su aporte radica precisamente en la posibilidad de observar a partir de

dichos parámetros para distinguir aquellas prácticas que no han sido vistas antes.

Los conceptos “multidisciplinariedad” e “interdisciplinariedad” son más frecuentemente empleados en el contexto de los programas de intervención social en Chile, aunque en ocasiones se emplean como sinónimos. Klein (1996) propuso una tipología para entender el trabajo interdisciplinar que muestra otra lógica de organización. Esta está basada en el nivel de compenetración entre unas y otras disciplinas. En primer lugar, distingue la interdisciplinariedad instrumental, que es más que nada el intento de establecer un puente entre distintos campos de conocimiento. Está claramente orientada a la tarea, a resolver un problema concreto sin buscar síntesis de distintas perspectivas. En segundo lugar, distingue la **interdisciplinariedad epistemológica**, que conlleva la reestructuración del propio enfoque para comprender un problema o fenómeno desde la perspectiva de otro. Finalmente, la **transdisciplinariedad**, que es entendida como un movimiento hacia la coherencia y la unidad del conocimiento. A este respecto, Rosenfield (1992) agrega que los equipos “transdisciplinarios” utilizan un marco conceptual compartido, configurando juntos teorías, conceptos y enfoques propios para abordar un problema común. El asunto de la diferencia merece vital importancia en este sentido. Las investigaciones de Jahn et al. (2012) y McGreavy et al. (2014) en el contexto estadounidense son claras a este respecto: dentro de un marco de trabajo transdisciplinar, la integración interdisciplinaria ocurre cuando profesionales con distinta formación disciplinar, conocimientos y valores específicos aportan esas diferencias en un contexto de colaboración. La integración no ocurre “mezclando” estas perspectivas para lograr una visión homogénea sino que esas diferencias son puestas diálogo para obtener nuevas formas de mirar.

INTERVENCIÓN SOCIAL INTERDISCIPLINAR: HALLAZGOS DE INVESTIGACIÓN

La intervención social es entendida aquí como un proceso epistemológico y políticamente construido; planificado para la consecución de una transformación significada como deseable; implementado a través de estrategias, métodos y técnicas específicas, y (en el mejor de los casos) evaluado y retroalimentado. Generalmente, los procesos de intervención social se llevan a cabo en el marco de instituciones que diseñan, implementan y/o evalúan políticas sociales en territorios acotados (locales, regionales, nacionales, supranacionales), donde una población determinada se constituye en la “población objetivo” y han sido determinados objetivos de trabajo con esta población en una temática en particular. Más allá de esta definición formal, la intervención social es una construcción sociopolítica que supone una forma de entender la realidad, criterios para distinguir cuál es conocimiento válido y cómo se determina la naturaleza de los problemas sociales que supone abordar. La intervención social se construye a partir de dimensiones históricas, ideológicas, epistemológicas, teóricas, éticas, estéticas, contextuales, operativas e instrumentales (Matus, 1999; Parra, 2005; Cifuentes, 2011). En medio de estas dimensiones, se encuentran los propios equipos a los que se les ha encomendado la implementación de la intervención. Estudios realizados en el contexto europeo han demostrado la relevancia de los equipos profesionales que implementan los programas sociales en terreno (*frontline professionals*), en cuanto a los resultados de la intervención. De hecho, se ha llegado a plantear que el éxito y el fracaso de los programas sociales se juega en gran medida en el uso de la discreción profesional (Lipski, 1980; Payne, 2005; Munro, 2011; Evans, 2011; Gal y Weiss-Gal, 2013). Considerando estas contribuciones, la forma en que la

idea de interdisciplinariedad se pone en práctica al interior de los equipos es un asunto que merece revisarse con mayor profundidad. Ya que la manera en que las(os) profesionales implementan la intervención en terreno es tan relevante, el hecho de que dicha intervención pueda ser desarrollada de manera interdisciplinar encierra un gran potencial.

Sin embargo, no basta con que las instituciones que financian la intervención social –en el caso de Chile, mayoritariamente el Estado– indiquen que es deseable la constitución de equipos multidisciplinarios o que se espera que la intervención sea implementada desde un enfoque interdisciplinar. En Chile, el informe elaborado por la Comisión Nacional para la Superación de la Pobreza, en 1996, posicionó en la discusión pública la idea de que la pobreza, así como otras situaciones de privación, tenían un carácter multidimensional y que era necesario abordarlas de manera compleja. Esta visión ha sido reforzada por las políticas sociales en Chile desde ese entonces y especialmente a partir del año 2000, cuando se comienza a implementar el Sistema de Protección Social. De ahí que ambos requisitos (la constitución de equipos multidisciplinarios y la adopción de un enfoque interdisciplinar) figuran en la mayoría de las bases técnicas que rigen las licitaciones a través de las cuáles se adjudica la implementación de los programas sociales. Sin embargo, resulta difícil encontrar literatura en español sobre interdisciplinariedad y más aún orientaciones metodológicas sobre cómo llevarla a la práctica en las intervenciones sociales implementadas en un contexto como el latinoamericano. A diferencia del mundo europeo y angloamericano, las instituciones que implementan intervenciones sociales en América Latina, se enfrentan a la escasez de recursos públicos, asunto fundamental cuando de intervención interdisciplinar se trata. Investigaciones realizadas en Inglaterra, por ejemplo, concluyen que la dimensión financie-

EL DIÁLOGO INTERDISCIPLINAR ES, EN ESTE SENTIDO, UN PARÁMETRO, UN HORIZONTE HACIA EL CUAL ENCAMINAR NUESTRAS REFLEXIONES PROFESIONALES [DONDE] SURGE LA PREGUNTA ACERCA DE CÓMO OPERACIONALIZARLO AL INTERIOR DE LOS EQUIPOS DEDICADOS A LA INTERVENCIÓN SOCIAL.

ra es fundamental para impulsar el trabajo interdisciplinar sobre todo en el comienzo (Leathard, 2004). Las(os) profesionales requieren destinar mucho más tiempo que el que ocuparían trabajando a solas. El trabajo de conocer a los otros miembros del equipo, aprender sus dinámicas y empezar a funcionar como cuerpo es un proceso lento y complejo. Más aun, muchas veces es requerida formación o capacitación especial para el equipo al iniciar un trabajo interdisciplinar. De acuerdo a lo que plantean algunos estudios realizados en Estados Unidos, el trabajo interdisciplinar, paradójicamente, en un principio implica un incremento en la carga laboral de las(os) profesionales pues implica más trabajo conjunto. Pero una vez que esta dinámica de trabajo se consolida al interior de los equipos, conlleva una optimización del uso del tiempo por parte de los miembros del equipo, una mejor prestación de servicios y mayores niveles de satisfacción profesional (MacGarth, 1991; Leathard, 2004).

Retomando los conceptos desarrollados en la primera parte de este tra-

bajo, es claro que en el Chile de las últimas dos décadas se ha avanzado en términos de formación de equipos multidisciplinarios, sin embargo, se trataría aún de un esfuerzo de “interdisciplinariedad instrumental” en los términos propuestos por Klein (1996). Es un intento por conectar saberes entre distintas disciplinas en la medida en que esta comunicación permite alcanzar los indicadores de logro o metas de la intervención “que no podrían lograrse si los profesionales actuaran solos” (Bronstein, et al. 2010: 458).

La interdisciplinariedad epistemológica, por otra parte, es un desafío que implica diálogo, en el más riguroso de los sentidos. Es decir, diálogo en tanto al proceso de intercambio comunicativo, que según Salas “no se precipita rápidamente a una conciliación apresurada para anular las diferencias entre los registros discursivos (sostener que existen las mismas reglas universales para todos los discursos), ni tampoco el tipo de diálogo que se cierra a reconocer las dificultades efectivas existentes en la comunicación entre seres humanos que han con-

formado diferentemente sus mundos de vida (sostener que las reglas de los registros discursivos son todas diferentes)” (Salas 2003:194). El diálogo interdisciplinar es, en este sentido, un parámetro, un horizonte hacia el cual encaminar nuestras reflexiones profesionales [donde] surge la pregunta acerca de cómo operacionalizarlo al interior de los equipos dedicados a la intervención social. Al respecto, se plantean al menos los siguientes requisitos discursivos: a) auto y hétero reconocimiento disciplinar, b) develamiento epistemológico y c) búsqueda de síntesis (Para más detalles de esta propuesta ver Muñoz, 2011). Está claro que las intervenciones sociales en el contexto actual pretenden hacerse cargo de fenómenos complejos. La interdisciplinariedad en este sentido facilita y enriquece la tarea de deconstruir la complejidad, para hacer la acción posible y abrir la posibilidad de respuestas creativas ante los problemas de siempre (McDermott, 2014).

La propuesta de diálogo interdisciplinar epistemológico constituye un horizonte, una motivación por la cual trabajar, pero que ciertamente no está exenta de dificultades. De ahí que la transdisciplinariedad, como se ha planteado teóricamente, constituiría probablemente una excepción en el contexto chileno. Se trataría en este caso, de asumir una epistemología, teoría, metodología y terminología común entre profesionales de diversas disciplinas. La transdisciplinariedad podría producirse en los casos en que existe una propuesta clara a favor del diálogo entre disciplinas al interior de las instituciones, que es reflexionada y discutida sistemáticamente por los equipos. Un ejemplo de ejercicio transdisciplinar en Chile es la intervención realizada por la Fundación Rostros Nuevos, donde los equipos (formados por trabajadoras/es sociales, sociólogas/os, psicólogas/os, terapeutas ocupacionales, preparadoras/es físicos y técnicos en rehabilitación, entre otros) comparten el enfoque de la psiquiatría

comunitaria, con todos sus supuestos epistemológicos y políticos y sus consecuencias metodológicas. Sin embargo, la dinámica de la interdisciplinariedad es sumamente compleja en el común de las veces. Se basa en relaciones humanas, que como tales, son altamente improbables y difíciles de manejar. El trabajo interdisciplinar es intenso, consume tiempo, y, como muestra la evidencia internacional, es prácticamente inevitable que genere conflicto al interior de los equipos (Gray, 2008; Kessel y Rosenfield, 2008; Stokols et al., 2008; Kneipp et.al. 2014).

El hecho de formar equipos multidisciplinarios e incentivar la intervención interdisciplinar puede traer diversas consecuencias, plantea Hartzell (2014). Luego de analizar los resultados de diversas investigaciones realizadas en Estados Unidos durante las últimas cuatro décadas, el autor concluye que hay diversos modelos de relaciones interdisciplinarias, donde competencia y conflicto son las más frecuentes. Considerando el caso de las(os) trabajadoras/es sociales que se desempeñan en el área de la salud, el autor identifica que las variables negativas reconocidas con mayor frecuencia por las(os) profesionales como aquellas que incitan a la competencia y conflicto en la práctica interdisciplinar son: i) las perspectivas epistemológicas diferentes, ii) la mala calidad de la comunicación, iii) los estilos negativos de comportamiento de otras/os profesionales y iv) la falta de reconocimiento a la labor de las(os) trabajadoras/es sociales, entre otros. Schofield y Amodeo (1999) concluyeron previamente que dentro de los factores más relevantes que obstaculizan el trabajo interdisciplinar, se encuentran el estatus profesional desigual, los beneficios desiguales derivados de la participación, diferentes niveles de compromiso, jergas diferentes, confusión de roles, aumento de la carga de trabajo, inseguridad acerca del valor del enfoque del equipo, alta rotación profesional y de disciplinas que forman los equipos, desacuerdos respecto a la posición de

líder o autoridad y falta de consenso acerca de la definición del problema y estrategias de intervención a implementar.

Por otra parte, las relaciones interdisciplinarias colaborativas también fueron estudiadas por el autor. En base al trabajo previo de Sullivan (1998), los atributos que inciden en una relación efectiva de trabajo interdisciplinar fueron los siguientes: i) respeto mutuo, ii) canales de comunicación fluida, iii) trabajar juntos, iv) establecer relaciones asociativas, y v) confianza en la capacidad profesional del otro. La investigación realizada por Neumann et al. (2010) reafirma estos hallazgos y precisa que además del respeto y confianza mutua, la voluntad de compartir conocimiento y la capacidad de hablar abiertamente constituyen factores claves en la consecución de un trabajo interdisciplinar que produzca un mejor servicio para los sujetos de intervención.

Considerando estos hallazgos de investigación, Hartzell (2014) concluye que la asertividad y la cooperación son los elementos claves de un efectivo estilo de trabajo interdisciplinario en el marco de la intervención social. El siguiente diagrama muestra cómo estas coordenadas dan origen a cuatro situaciones distintas que enfrentan los equipos ante el requerimiento de trabajo interdisciplinar: colaboración, competencia, adaptación y resistencia. Cuando existe alto nivel de asertividad en las(os) profesionales y alto nivel de cooperación entre ellos, se produce interdisciplinariedad efectiva (posición A): profesionales de diversas disciplinas trabajan juntos, cada uno contribuye con conocimiento especializado y habilidades particulares, y el poder se comparte. Cuando existe alto nivel de asertividad al interior de los equipos, pero escasa colaboración, se produce competencia, ya que son intereses individuales los que prevalecen por sobre la mirada de equipo de trabajo (posición B). En los casos en que las(os) profesionales cooperan mutuamente, pero con un bajo nivel de asertividad (posición C)

Fig. N° 1:
Asertividad y cooperación como coordenadas del trabajo interdisciplinar efectivo



Fuente: Elaboración propia en base a los trabajos de Hartzell (2014), Sullivan (1998) y Kilmann y Thomas (1977).

se trataría de una situación de acomodación o adaptación al requerimiento de trabajo interdisciplinario, tal vez a causa de una disposición institucional que obliga a ello. Finalmente, cuando hay negación a cooperar con otras/os profesionales y baja asertividad al interior de los equipos (posición D) estamos frente a un caso de evasión o resistencia al trabajo interdisciplinar. De acuerdo a la recopilación de investigaciones sobre trabajo interdisciplinar realizado por Aboelela et al. (2007) en Estados Unidos, el 61,9% de dichos estudios planteaba que los factores que determinaban la efectividad de la intervención interdisciplinar eran características de los equipos como estilos de comunicación, liderazgo y confianza. El 54.8% de dichos estudios, por otra parte, concluyó que los factores que determinaban la efectividad de la intervención interdisciplinar eran las condiciones organizacionales y particularmente el compromiso institucional con la interdisciplinariedad, junto a la existencia de recursos suficientes. Finalmente, el 19% de los estudios encontraron que las características individuales de los miembros de los equipos (como por ejemplo compromiso, flexibilidad y disposición a

trabajar con otros) incidían prioritariamente en la efectividad del trabajo interdisciplinario. Existe escasa literatura en torno a las habilidades profesionales que inciden en el efectivo trabajo interdisciplinar (Lakani, et. al. 2012). En una revisión sistemática de la literatura, estos autores identificaron que, en el caso de los equipos de investigación en el Reino Unido, ciertos atributos individuales son fundamentales para el trabajo interdisciplinar: tener un propósito y metas claras, liderazgo y comunicación efectivos, cohesión, respeto mutuo y reflexión. El estudio realizado por Sharland (2011), tras una indagación entre las relaciones interdisciplinarias entre trabajadoras/es sociales y otras/os profesionales en Inglaterra, concluyó que disciplinariedad e interdisciplinariedad son estrategias interdependientes. De ello se desprende que aquellas(os) profesionales que tienen más dominio de su propia disciplina se encontrarían en una situación ventajosa para establecer relaciones de trabajo interdisciplinar. Hartzell (2014), basado en los hallazgos de Sullivan (1998), identifica las siguientes características de los equipos interdisciplinarios efectivos,

aunque podemos observar que se trata más bien de características que debería tener el líder del equipo. El autor plantea que se trataría de equipos que empoderan a sus miembros, que estimulan la creatividad, que promueven el trabajo y aprendizaje en equipo, que se muestran cómodos con la idea de implementar cambios, que motivan a sus miembros a aceptar responsabilidades, que permiten desarrollar el potencial de cada miembro, que facilitan la comprensión de la misión organizacional y sus metas, que tienen líderes que son capaces de delegar responsabilidades apropiadamente, que habilitan a sus miembros a comunicarse abierta y directamente y que adoptan una actitud de colaboración con otros equipos (pares). Los resultados positivos de implementar intervenciones interdisciplinarias son claros: mejora la capacidad de aprender de otras disciplinas, y al mismo tiempo mejora el manejo de la propia disciplina. Como consecuencia, mejora el servicio entregado a los participantes de la intervención y los equipos maduran o se consolidan de alguna manera. Incluso la satisfacción profesional podría aumentar según ha sido documentado por Schofield y Amodeo



(1999) en Hartzell (2014).
**INTERDISCIPLINA EN EL
 CONTEXTO CHILENO**

Desde luego, la sola agrupación de diversos profesionales y técnicos en un mismo equipo no implica necesariamente que la intervención tendrá un carácter interdisciplinar. Si bien la idea de interdisciplinariedad se ha incluido en la oferta de programas sociales como una directriz, luego de analizar los resultados de investigaciones realizadas en países “del norte”, es posible afirmar que aún no existen las condiciones esenciales para poder concretarla en Chile. Dentro de estas condiciones esenciales se encuentran, entre otras:

-Las condiciones laborales: las condiciones de precariedad laboral que viven la gran mayoría de los profesionales de lo social obstaculizan la posibilidad de instalar una práctica interdisciplinar. El trabajo interdisciplinar requiere tiempo, establecimiento de confianzas, estabilidad. El equipo se va conociendo y va “madurando” en dicho proceso. La creciente flexibilización del mercado del trabajo, la modalidad de contrato a honorarios o a plazo fijo, y la alta rotación profesional operan precisamente en el sentido contrario. Sumado a ello, la exigente carga laboral (número de actividades realizadas por semana, por ejemplo visitas domiciliarias, talleres, reuniones, etcétera) con la que deben cumplir los profesionales, desincentiva la posibilidad de generar el espacio para el diálogo interdisciplinar, pues éste no se evalúa (y probablemente no se recompensa) de ninguna manera.

-Orientación a medios/fines: en un contexto como el actual, en que la mayoría de los indicadores de logro de las intervenciones sociales se encuentran reducidos a la posibilidad de lograr o no lograr la realización de determinadas actividades, el individualismo se proyecta también en la esfera profesional. El logro individual de las metas asignadas a cada profesional se vuelve fundamental en este es-

LAS(OS) TRABAJADORAS/ES SOCIALES CUENTAN CON LA FORMACIÓN Y LAS CAPACIDADES NECESARIAS PARA LIDERAR ESTE PROCESO, PARA OPERAR COMO AGENTES DE COMUNICACIÓN Y DIÁLOGO ENTRE PARTES INCONEXAS, PARA VISUALIZAR EL TODO Y MOTIVAR A LOS EQUIPOS A LA PARTICIPACIÓN.

cenario. De ahí que la comunicación con otros para construir visiones o métodos comunes de intervención no sea asumida como una prioridad.

-Recursos: Como muestran los estudios citados en el apartado anterior, el trabajo interdisciplinar requiere recursos financieros (se pueden requerir capacitaciones para los profesionales o pagar horas extra para generar encuentros o jornadas de reflexión fuera del horario laboral). Se requiere sobre todo tiempo. Este es un asunto particularmente sensible al analizar los estudios realizados en contextos europeos y angloamericanos comparando su alcance en países como Chile.

-Clima organizacional: como ya se mencionó, la asertividad y la capacidad de cooperación son elementos claves para el trabajo interdisciplinar efectivo. En climas organizacionales marcados por la inestabilidad laboral, como sucede en el caso chileno, donde se ponen en juego intereses personales y desequilibrios de poder explícitos e implícitos, resulta difícil llevar a cabo procesos de aprendizaje colectivo sobre la intervención desarrollada.

-Asimetría de poder: El reconoci-

miento social de las profesiones está distribuido de manera mucho más homogénea en países como Canadá, Inglaterra y Estados Unidos que en Chile. Esto implica que es necesario analizar con cuidado las apreciaciones que en estos contextos se elaboran sobre la dimensión relacional de la práctica interdisciplinar. En el caso chileno es claro que todos los profesionales no comparten el mismo status o cuota de poder. Un terapeuta ocupacional no goza de la misma legitimidad que un médico, o un profesional de terreno no tiene el mismo poder que el coordinador del equipo. Asimismo, por cierto, las condiciones de género, clase y raza también juegan un rol en la distribución del poder al interior de los equipos, el que puede favorecer u obstaculizar el diálogo interdisciplinar.

-Formación profesional: la formación entregada por la mayoría de las carreras profesionales en Chile carece de un enfoque propiamente interdisciplinar. Los departamentos, centros de investigación y otras unidades académicas suelen tener un funcionamiento que dialoga poco con otras disciplinas. Esta situación es diametralmente opuesta en los países “del

norte”. Por esta razón, los profesionales chilenos, en general, suelen ingresar al mercado laboral con escasos conocimientos y experiencias de interacción con otros profesionales y sus bagajes disciplinares.

Considerando estas y otras condiciones que afectan el desarrollo de intervenciones sociales interdisciplinares en el contexto chileno, surge la pregunta operativa sobre qué posibilidades existen de concretar esta idea en el mediano plazo. Volviendo a la perspectiva disciplinar, surgen interrogantes aún más específicas sobre las contribuciones que las(os) trabajadoras/es sociales pueden hacer al trabajo interdisciplinar. Algunos desafíos desde la óptica del trabajo social son ofrecidos en esta última sección.

APORTES A LA LÓGICA INTERDISCIPLINAR DESDE EL TRABAJO SOCIAL

El trabajo social es una disciplina privilegiada para hablar de interdisciplinariedad. En primer lugar, como pocas carreras, el plan de estudios de la carrera de trabajo social está diseñado con la participación de diversas disciplinas: durante sus primeros años de formación los estudiantes aprenden filosofía, política, pedagogía, psicología, sociología, antropología, economía, entre otras materias. La formación disciplinar está dada por los cursos de teoría y metodologías de intervención social junto a metodología de investigación social. Los talleres de intervención profesional, incluidos en la mayoría de las mallas curriculares chilenas, posibilitan el momento de síntesis entre diversas visiones disciplinares, entre teoría y método, entre propósitos y su viabilidad práctica, etcétera. Tal como la Asociación Internacional de Trabajo Social (2001) plantea, el trabajo social opera en el espacio de interacción entre los sujetos y sus contextos. De ahí que sea sumamente relevante el desarrollo de conocimientos plurales que permitan comprender las cir-

cunstancias de los sujetos e intervenir sobre ellas desde una perspectiva compleja (Pycroft y Bartollas, 2014). El conocimiento de los planteamientos básicos de otras disciplinas deja a las(os) trabajadoras/es sociales en muy buen pie para el trabajo interdisciplinar. Conocen códigos elementales para establecer un puente entre las partes y desde ahí observar el fenómeno de intervención como un todo. Sin embargo, investigaciones sobre el ejercicio interdisciplinar arrojan que la gran mayoría de las(os) trabajadoras(es) sociales plantean que éste es un desafío complejo de abordar en la práctica, aunque es un requerimiento ineludible en el contexto contemporáneo (Bronstein et.al, 2007). Incluso, si un/a trabajador/a social es “experto/a” en su tema al egresar de la universidad, se ve desafiado/a a hacer nuevas conexiones al enfrentarse al mundo laboral.

El trabajo interdisciplinar parece ser aún visualizado más como un mandato que como una orientación deseable, probablemente porque está en una fase incipiente en Chile. En este sentido, las(os) trabajadoras/es sociales cuentan con la formación y las capacidades necesarias para liderar este proceso, para operar como agentes de comunicación y diálogo entre partes inconexas, para visualizar el todo y motivar a los equipos a la participación. Un desafío en esta materia es potenciar las habilidades de liderazgo y/o conducción de equipos de trabajo en la formación de las(os) trabajadoras/es sociales.

Con todo, la pregunta que surge es cómo puede el trabajo social posicionarse en el campo de la interdisciplinariedad como una voz experta. En el apartado anterior se afirmó que el reconocimiento social de las profesiones está distribuido de manera desigual en Chile, lo cual obstaculiza la posibilidad de un ejercicio interdisciplinar efectivo. En el caso de trabajo social, particularmente, esto puede estar relacionado a la capacidad de producir conocimiento disciplinar. Llama la atención que en un estudio

de las publicaciones realizadas por trabajadoras/es sociales y profesionales de otras disciplinas, Hartzell (2014) observa que la cantidad de citas cruzadas (es decir, citas de publicaciones escritas por trabajadoras/es sociales en publicaciones elaboradas por psicólogas/os, médicos, enfermeras/os, etcétera, y viceversa) es relativamente similar. Esto indicaría que el nivel de influencia de la disciplina del trabajo social en otras disciplinas es significativo en países como Estados Unidos por ejemplo. Algo similar ocurre en el caso del trabajo social inglés (Cameron, 2014). El reconocimiento social del que gozan las distintas disciplinas en Chile está enraizado en nuestra matriz política y cultural más profunda. El trabajo social, en este sentido, ha cargado con diversos estigmas a través de su historia: su supuesto carácter asistencialista, su vinculación ideológica en tiempos de dictadura, su opción por los pobres y su rostro generalmente femenino, solo por citar algunos.

Sin duda la generación de conocimiento que permita saber cómo entienden y cómo realizan intervención interdisciplinar las(os) trabajadoras(es) sociales en Chile es un desafío. A pesar de toda la evidencia existente en países europeos y angloamericanos, en Latinoamérica y particularmente en Chile nos enfrentamos a un gran obstáculo para aprender a trabajar en términos interdisciplinares: el déficit en términos de evaluaciones de programas sociales capaces de retroalimentar la manera en que el trabajo interdisciplinar se está realizando es también incipiente. La exploración de las dinámicas de poder y conocimiento que tienen lugar al interior de los equipos, los enfoques innovadores que pueden emerger a partir de la mirada interdisciplinaria y los resultados o el valor agregado de las intervenciones interdisciplinarias constituyen temas de particular interés en este sentido, ya que pueden contribuir sustantivamente al mundo académico y a las políticas públicas. El trabajo interdisciplinar exige clari-

dad disciplinar. Por ello, la pregunta respecto al carácter disciplinar del trabajo social vuelve a emerger una y otra vez. Desde la perspectiva aquí asumida, el trabajo social no necesita delimitar un objeto, un método y un campo de práctica como proponía Heckhausen (1972). El objeto, método y campo de práctica del trabajo social, así como todas las disciplinas de las ciencias sociales hoy en día, son objetos, métodos y campos compartidos con límites difusos. Siguiendo a Haye (2011) el asunto radica más bien en la capacidad del trabajo social de ganar autonomía en la producción de conocimiento, esto es, que trabajo social, en tanto disciplina, pueda ser capaz de establecer los criterios de validez y los estándares de calidad del conocimiento producido en el campo de la intervención social. Trabajo social genera conocimiento como disciplina –de hecho fue reconocido como tal por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONICYT) en el año 2010–. Sin embargo, aún queda mucho camino por recorrer en lo que respecta a establecer dichos criterios de validez y parámetros que permitan apreciar la calidad del conocimiento producido. El acercamiento y diálogo con otras disciplinas sin duda contribuirá a comparar y distinguir la/s mirada/s que el trabajo social puede aportar específicamente en el campo de la intervención social.

Referencias bibliográficas

Aboelela et al. (2007). Defining Interdisciplinary Research: Conclusions from a Critical Review of the Literature. *Health Services Research* 42, 329–346.

Agazzi, E. (2002). El desafío de la interdisciplinariedad: Dificultades y logros. *Revista Empresa y Humanismo* 2, 241-252.

Asociación Internacional de Trabajo Social (2011). *Global definition of the social work profession*. Disponible en: <http://www.iaassw-aiets.org/?lang=es>. Fecha de consulta: 04/05/2014.

Boisot, M. (1972). Discipline and interdisciplinarity. En: Apostel, L. *Interdisciplinarity: Problems of Teaching and Research in Universities*. Paris: OECD, 89-97.

Bridges, D. (2006). The disciplines and the discipline of educational research. *Journal of Philosophy of Education* 40 (2), 259-272.

Bronstein, L., Kovacs, P. y Vega, A. (2007). Goodness of Fit: Social Work Education and Practice in Health Care. *Social Work in Health Care* 45(2) 59–76.

Bronstein, L. et al. (2010). Interdisciplinary collaboration in social work education in the USA, Israel and Canada: Deans' and directors' perspectives. *International Social Work* 53, 457-473.

Cameron, A. (2014). Social work publications. En: England Doctoral Conference, University of London.

Canadian Association of Social Workers (CASW) (2001). Toward Sector Collaboration. Reporte en el Foro de Trabajo Social, 11–14 Octubre, Montreal, Quebec.

Cifuentes, R. (2011). Resignificación conceptual y disciplinaria de la intervención profesional de trabajo social en Colombia. En: Quintero, A. et al. *Naturaleza, desafíos y perspectivas contemporáneas de la intervención en trabajo social*. Buenos Aires: Lumen.

Chettiparamb, A. (2007). Interdisciplinarity: A literature review. The Interdisciplinary Teaching and Learning Group, Subject Centre for Languages, Linguistics and Area Studies, School of Humanities,

University of Southampton, UK.

Choi, B. y Pak, A. (2007). Multidisciplinarity, interdisciplinarity and transdisciplinarity in health research, services, education and policy: Promoters, barriers, and strategies of enhancement. *Clin Invest Med* 30(6) E224-32.

Evans, T. (2011) Professionals, Managers and Discretion: Critiquing Street-Level Bureaucracy. *British Journal of Social Work* 41 (2) 368-386.

Foucault, M. (1980) Truth and Power. En Gordon, C. (ed.) *Power/knowledge: selected interviews and other writings, 1972-77*. New York: Prentice Hall, 109-133.

Gal, J. y Weiss-Gal, I. (2013). *Social Workers Affecting Social Policy: An International Perspective on Policy Practice*. The Policy Press, Bristol.

Gray, B. (2008). Enhancing transdisciplinary research through collaborative leadership. *American Journal of Preventive Medicine* 35 (2) S124–132.

Hartsell, B. (2014). Interdisciplinary relationships. Disponible en: <https://www.csub.edu/~bhartsell/InterdisciplinaryRelationships.html> Fecha de consulta: 28/05/2014

Haye, A. (2011). La interdisciplina a la luz de la disciplina. Actas Seminario Interdisciplina en la UC, 33-47.

Heckhausen, H. (1972). Discipline and Interdisciplinarity. In *Interdisciplinarity: Problems of Teaching and Research in Universities*. Paris: OECD, pp. 83-89.

Jackson, D. (2010). How pure are you? Forum 23 University of York, 1-2.

Jahn, T., Bergmann, M., y Keil, F. (2012). Transdisciplinarity: Between mainstreaming and marginalization. *Ecological Economics* 79, 1–10.

Kessel, F. y Rosenfield, P. (2008). Toward transdisciplinary research: Historical and contemporary perspectives. *American Journal of Preventive Medicine* 35 (2S) S225–S234.

Kilmann, R. y Thomas, K. (1977). Developing a Forced-Choice Measure of Con-

flict-Handling Behavior: The “Mode” Instrument. *Educational and Psychological Measurement* 37 (2) 309-325.

Klein, J. (1996). Crossing Boundaries: Knowledge, Disciplinarity, and Interdisciplinarity (Knowledge, Disciplinarity and Beyond). Charlottesville, VA and London: University Press of Virginia.

Klein, J. (2000). A Conceptual Vocabulary of Interdisciplinary Science. En Weingart, P. and Stehr, N. (eds) *Practising Interdisciplinarity*. London: University of Toronto Press, 3-24.

Kneipp, S. et al. (2014). Nurse Scientists Overcoming Challenges to Lead Transdisciplinary Research Teams. *Nursing Outlook* (en prensa). DOI: 10.1016/j.outlook.2014.05.002.

Korazim-Körösy, Y., Mizrahi, T., Katz, C., Karmon, A., Garcia, M. y Smith, B. (2007). Towards Interdisciplinary Community Collaboration and Development: Knowledge and Experience from Israel and the USA. *Journal of Community Practice* 15(1/2) 13–44.

Lakani, J. et al (2012). Attributes of Interdisciplinary Research Teams: A Comprehensive Review of the Literature. *Clinical and Investigative Medicine* 35 (5) E260-E265.

Leathard, A. (2004). *Interprofessional Collaboration: From Policy to Practice in Health and Social Care*. Routledge: Hampshire.

Lipsky M. (1980). Street-Level Bureaucracy: *The Dilemmas of Individuals in Public Service*. New York: Russell Sage Foundation.

MacGarth, M. (1991). *Multi-disciplinary teamwork: community mental handicap teams*. Aldershot: Avebury.

McDermott, F. (2014). Complexity theory, trans-disciplinary working and reflective practice. En: Pycroft, A. y Bartollas, C. *Applying complexity theory. Whole systems approaches to criminal justice and social work*. Bristol: Policy Press.

McGreavy, B. et al. (2014). Interdisciplinarity and Actionable Science: Exploring the Generative Potential in Difference. *Jour-*

nal of Community Practice 22,189–209.

Matus, T. (1999). *Propuestas contemporáneas en trabajo social. Hacia una intervención polifónica*. Buenos Aires: Editorial Espacio.

Munro, E. (2011) Munro review of child protection: final report - a child-centred system. Disponible en: <https://www.gov.uk/government/publications/munro-review-of-child-protection-final-report-a-child-centred-system> Fecha de consulta: 31/04/2014

Muñoz, G. 2011. Contrapuntos Epistemológicos para Intervenir lo Social: ¿Cómo impulsar un diálogo interdisciplinar? *Cinta de Moebio* 40, 84-104.

Neumann, V. et. Al. (2010). Interdisciplinary Team Working in Physical and Rehabilitation Medicine. *Journal of Rehabilitation Medicine* 42 (1) 4-8.

Organización para la Cooperación y el Desarrollo (OCDE) (2012). OECD Reviews of Risk Management Policies Social Unrest. Paris: OECD.

Organización para la Cooperación y el Desarrollo (OCDE) (1972). *Interdisciplinarity: Problems of Teaching and Research in Universities*. Paris: OECD.

Parra, G. (2005). *La construcción del espacio profesional desde una perspectiva histórica: desde los orígenes de la profesión al Movimiento de Re conceptualización. Un aporte a los desafíos contemporáneos*. Buenos Aires: Espacio.

Payne, M. (2005). *Modern Social Work Theory*. Hampshire: Palgrave Macmillan.

Pycroft, A. y Bartollas, C. (2014). *Applying complexity theory. Whole systems approaches to criminal justice and social work*. Bristol: Policy Press.

Rosamond, B. (2006). Disciplinarity and the Political Economy of Transformation: The Epistemological Politics of Globalisation Studies. *Review of International Political Economy* 13 (3) 516-532.

Rosenfield, P. (1992). The Potential of Transdisciplinary Research for Sustaining and Extending Linkages between the Health and Social Sciences. *Social Scien-*

ce & Medicine 35(11)1343–57. Salas, R. (2003) *Ética intercultural. (Re) lecturas del pensamiento latinoamericano*. Santiago: UCSH Ediciones.

Schofield, R. & Amodeo, M. (1999). Interdisciplinary teams in healthcare and human service settings: Are they effective? *Health and Social Work* 24(3) 210 – 219.

Sharland, E. (2011) All Together Now? Building Disciplinary and Inter-Disciplinary Research Capacity in Social Work and Social Care, *British Journal of Social Work* 42, 208–226.

Stokols, D. et al. (2005). In vivo studies of transdisciplinary scientific collaboration Lessons learned and implications for active living research. *American Journal of Preventive Medicine* 28 (2) 202–213.

Sullivan, T. (1998). *Collaboration: A health care imperative*. New York, NY: McGraw-Hill.

Török, P. y Korazim-Körösy, Y. (2011) *Interdisciplinarity in social work education and training in Hungary*. International Social Work, 55 (2) 185-204.

Turner, B. S. (2006). Discipline. *Theory, Culture and Society* 23 (2-3) 183-186.

DE LO CRÍTICO, INTELECTUALES Y TRABAJADORES SOCIALES

Susana Cazzaniga*

RESUMEN

El repertorio conceptual de las y los trabajadores sociales se nutre en forma llamativa de adjetivaciones que apelan a la criticidad: estudiante y profesional crítico, teoría crítica, trabajo social crítico, sin que en muchas oportunidades demos cuenta que queremos decir al respecto. En este artículo discutimos la noción de crítico, para luego recuperar las variaciones presentadas por el concepto de intelectual y su solapamiento epocal en favor de las demandas capitalistas. Exponemos nuestra posición acerca de las teorías críticas y lo que consideramos serían las condiciones en el ámbito de la formación académica para acercarnos a la concreción de profesionales críticos.

PALABRAS CLAVES:

lo crítico, intelectuales, teoría crítica, trabajadores sociales, formación académica.

ABSTRACT

Social workers' conceptual set is surprisingly nurtured of qualifications appealing to critical nature: critical student and professional, critical theory, critical social work, no matter in how many cases we don't sufficiently give account of what are we talking about. In this paper we discuss the notion of critics in order to retrieve later the differences presented by the concept of intellectual and its overlapping in the actual era in favor of capitalistic demands. Presenting our standpoint on critical theories we consider which the conditions in the academic training world are, in order to approach the achievement of critical professionals.

KEY WORDS:

critics, intellectuals, critical theory, social workers, academic training.

**Susana Cazzaniga es docente investigadora de la carrera Licenciatura en Trabajo Social y directora de la Maestría en Trabajo Social de la Facultad de Trabajo Social de la Universidad Nacional de Entre Ríos, Argentina.
susuca@arnet.com.ar*

SOBRE LA NOCIÓN DE CRÍTICO

Si de nociones incorporadas al repertorio conceptual de los trabajadores sociales se trata, *crítico* es una de las que más encontramos desde, por lo menos, 40 años atrás e intensificado su uso en los últimos 20. Sin embargo pareciera que en ella hay algo que incomoda en tanto presenta su *eterno retorno* a los foros de discusión, ya sea como concepto en sí o adjetivando términos como por teoría, intelectual, entre otros. Recurrencia válida, desde nuestro punto de vista, por algunas razones.

En efecto, si sostenemos que los conceptos son una construcción histórica social, entonces cada época coloca coordenadas que exigen revisar sus contenidos. Por otra parte los conceptos no son unívocos sino polisémicos lo que significa que pueden variar de significado según el carácter del campo discursivo (coloquial o académico) o disciplinar (los mismos términos pueden tener connotaciones diferentes según la medicina o el trabajo social, por ejemplo). Aunque consideramos como motivo especialmente importante –y que hace necesaria la vuelta a la escena de esta noción tan significativa para trabajo social– a la disposición a la naturali-

zación de los conceptos.

Existe una tendencia -no sólo en trabajo social- a incorporar términos y conceptos a nuestros repertorios sin mayores problematizaciones acerca de su pertinencia, pero aún si contamos con su pertinencia, su uso se generaliza en una suerte de repetición reflexiva y de este modo el concepto se cierra volviéndose incapaz de dar cuenta de su potencial problematizador. Cuando los conceptos pierden este atributo, se vuelven banales, meras palabras que no dicen nada. De allí mi reivindicación a la vuelta al foro de la cuestión de lo *crítico*.

La noción de *crítico* dentro del campo discursivo de las disciplinas sociales y como sentido general, presenta la idea de una posición de interpelación hacia algo o alguien. Así lo crítico definiría siempre una pregunta que busca en particular ahondar en procesos de constitución, buscando los *por qué* de lo que se dice, sucede o sucedió en forma argumentada, exponiendo contradicciones y paradojas, poniendo en *crisis* lo dado. De allí deviene la actitud crítica como aquella que permite en particular el discernimiento y la autonomía de criterio. En este sentido entendemos a lo crítico como una posición que siempre refiere a un objeto pero que como *rebote* actúa so-

bre el sujeto de la crítica mudándolo entonces en crítico, lo crítico se convierte así en una acción hacia afuera con consecuencias hacia adentro de los sujetos, sobre las que ese mismo sujeto debe responsabilizarse.

Ahora bien, la criticidad es producto de un proceso que va constituyendo sujetos críticos. Es un atributo que se adquiere por aprendizaje y es por ese motivo que está presente como aspiración centralísima en la pedagogía vinculada a las ideologías emancipatorias. Vale decir que, en la construcción de sujetos críticos, se juegan un sinnúmero de aspectos donde no sólo adquiere relevancia el contenido, sino las formas de aprendizaje así como la actitud crítica de quienes tienen a cargo la enseñanza: difícilmente llegaremos en lo pedagógico a lograr sujetos críticos sin docentes críticos. En suma, de nada sirve que en nuestros planes de estudios repitamos una y otra vez como objetivo el *profesional crítico* (y reflexivo), sin que los docentes nos asumamos a la vez como críticos que nos permita llevar adelante una formación crítica.

LOS TRABAJADORES SOCIALES COMO PROFESIONALES, ¿SOMOS INTELECTUALES?

Esta línea argumentativa me lleva a la noción de intelectual crítico, advirtiéndome que si es necesario incorporar un término a otro (en este caso crítico a intelectual) es porque el mismo no se autoexplica. Esto sucede tanto por su polisemia o como dije en párrafos anteriores, porque se ha *fijado* en determinado significado sin lograr capturar la complejidad de lo que intenta conceptualizar. Intelectual es una de esas nociones que dan lugar a diferentes interpretaciones según épocas y posiciones teóricas ideológicas desde las cuales se las usa.

En este sentido, Bauman (1997) expresa que el surgimiento de la palabra intelectual en los primeros años del siglo XX intentó recuperar la centralidad de la producción y difusión del conocimiento durante el período de

ilustración incorporándose en ella a “novelistas, poetas, periodistas, científicos y otras figuras públicas que consideraban como responsabilidad moral y su derecho colectivo, intervenir directamente en el sistema político mediante su influencia sobre las mentes de la nación y la configuración de las acciones de sus dirigentes políticos (...) ‘hombres del conocimiento’ que encarnaban y ponían en práctica la unidad de la verdad, los valores morales y el juicio estético (Bauman, 1997: 9). En base a estos argumentos, el intelectual queda rápidamente ubicado en el reino de las ideas -con carga positiva o negativa según los valores e intereses dominantes (o los sectores dominantes)- pero siempre puesto en la dupla pensar/hacer con una decidida participación sólo en la primera esfera. Esta posición, que fue construida por el positivismo y que se mantiene hasta nuestros días, reconduce aquel primer sentido político. Es que el propio positivismo produce una operación de sentido que confina al intelectual al lugar supuestamente *incontaminado* por la acción política, ya que se considera que su función es la de mantenerse por fuera de las contiendas que ella genera, ya que esta es la única forma que le permite sostener la objetividad en sus reflexiones y proposiciones. Sólo puede llegar a bajar al mundo de lo perecedero frente a situaciones de excepción donde ciertos valores como el de justicia, está en juego. Sedimentado en el imaginario, con estas características el intelectual va perdiendo fuerza en una sociedad hegemonizada por la racionalidad instrumental y va tomando protagonismo el profesional, el técnico y el científico, figuras a las que se privilegia por su *utilidad* práctica. También aquí se producen operaciones de sentido y si bien se ubica a estos actores en el territorio mundano, una especie de más acá, se nomina al campo de pertenencia como científico, adjudicando jerarquías de acuerdo a los cánones hegemónicos manteniendo con mayor rigor la tajante separación

entre el *científico* y el *político* (Weber, 2003).

Llama la atención que sea Robert Merton (1980) quien recupere hacia fines de la década del ‘40 la noción de intelectual en referencia a los profesionales. Dice “consideramos intelectuales a las personas *en la medida en que* se dedican a cultivar y formular conocimientos (...) Debe advertirse que ‘el intelectual’ designa un papel social y no la totalidad de una persona. Aunque ese papel coincide con diferentes papeles profesionales, no tiene por qué confundirse con ellos. Así normalmente incluimos entre los intelectuales a los maestros y profesores. Esto puede bastar como mera aproximación, pero de ello no se sigue que todo maestro o profesor sea un intelectual. Puede serlo o no serlo, según sea el carácter real de sus actividades...” (Merton, 1980: 289), por lo que aquel maestro que simplemente reproduce el contenido de un libro, no es un intelectual; aquí el autor repone para los profesionales a secas el lugar de productor de conocimientos. Merton además observa cómo en la época las burocracias norteamericanas reclutaban en forma creciente a intelectuales, y analiza por una parte, las implicaciones de este proceso en relación con los cambios de valores de los intelectuales jóvenes y por otro, el modo en que las burocracias convierten a los intelectuales con mentalidad política, en técnicos. En efecto, el autor presta atención al alejamiento de los intelectuales de la empresa privada, hecho que considera se debe al *dislocamiento* entre la empresa, sus valores y normas, lo que lleva a que algunos se dediquen a la enseñanza universitaria al considerar que pueden ejercer sus intereses intelectuales y, de paso, evitar la sujeción directa al control de los negocios. Otros -sigue reflexionando el autor- piensan que al ocupar un lugar dentro de las burocracias públicas están más cerca de contribuir a la historia, en tanto se sitúan más cerca del verdadero foco de decisiones importantes. En contraste con los intelec-

tuales alejados de las empresas están los técnicos, que son declaradamente indiferentes a cualquier política social dada, pero cuyos sentimientos y valores son en general los del grupo de poder, sigue diciendo Merton. Ellos conciben su papel como el de hacer practicable las políticas definidas por los políticos dándose la siguiente fórmula: el político señala las metas (fines y objetivos) y los técnicos, en base a los conocimientos especializados, indican diferentes medios para llegar a esos fines. Según Merton, los códigos profesionales son tan determinantes al respecto, que llevó a los técnicos a someterse a esa división medio fines sin advertir que la distinción verbal puede servir de apoyo a la huida de los técnicos de toda responsabilidad social. Ellos ven a los fines y metas como el término de una acción sin considerar las consecuencias posteriores, sin llegar a ver que toda acción lleva implícita sus consecuencias. Sin embargo considera que esta situación impone una investigación a fondo y así “podremos comprobar la hipótesis de que las burocracias provocan la transformación gradual del intelectual alejado de la empresa en técnico apolítico, cuyo papel consiste en servir a cualquier estrato social que esté en el poder” (Merton, 1980: 293-294). Resultan interesantes estas reflexiones, máxime entendiendo que provienen de un autor del que no puede decirse que estuvo en contra del status quo. Obviamente son de las menos recuperadas a la hora de discutir sobre la cuestión de las profesiones.

No obstante, se fue afianzando la idea del profesional como técnico, especialista o experto, que resuelve diferentes problemas sin reparar en los efectos políticos de su accionar. Se encubre así, la función de coproductor de sentido y decimos coproductor porque en esta empresa participan diferentes sujetos, aunque los profesionales desde un lugar de autoridad ejercen un poder importante. De este modo, y parafraseando el título de una interesante obra,

LA CRITICIDAD ES PRODUCTO DE UN PROCESO QUE VA CONSTITUYENDO SUJETOS CRÍTICOS, ES UN ATRIBUTO QUE SE ADQUIERE POR APRENDIZAJES Y ES POR ESE MOTIVO QUE ESTÉ PRESENTE COMO ASPIRACIÓN CENTRALÍSIMA EN LA PEDAGOGÍA VINCULADA A LAS IDEOLOGÍAS EMANCIPATORIAS.

EN ESTE SENTIDO SE ENCUENTRA, POR UN LADO, LA INSEPARABILIDAD ENTRE EL PENSAR Y EL HACER, POR OTRO, LA CONDICIÓN DE PRODUCTOR QUE PRESENTA TODO INTELECTUAL – NO DE MERO REPRODUCTOR–. TANTO, POR LOS EFECTOS POLÍTICOS DE SUS ACTIVIDADES, COMO POR LA PARTICULAR ACTITUD CRÍTICA FRENTE A LO ESTABLECIDO.

naturalizar en este caso las prácticas, máxime en los tiempos donde lo cultural mantiene importantes rasgos neoliberales.

Esto exige una revisión constante de los “contenidos y formas” de nuestras programaciones académicas, interpelándonos como docentes para que nos asumamos intelectuales críticos o como dice Giroux (2001) en “intelectuales transformativos”. Este autor, refiriéndose a los docentes en general, considera que: “... un componente central de la categoría de intelectual transformativo es la necesidad de conseguir que lo pedagógico sea más político y lo político más pedagógico. Hacer lo pedagógico más político significa insertar la instrucción escolar directamente en la esfera política, al demostrarse que dicha instrucción representa una lucha para determinar el significado y al mismo tiempo una lucha en torno a las relaciones de poder” (Giroux, 2001:60). “Hacer lo político más pedagógico” significa, para él, hacer problemático al conocimiento, establecer una relación de diálogo con los estudiantes entendiendo a éstos como sujetos

críticos. Por otra parte, considera que se necesita “desarrollar un discurso que conjugue el lenguaje de la crítica con el de la posibilidad, de forma que los educadores sociales reconozcan que tienen la posibilidad de introducir algunos cambios” (Giroux, 2001:61). Si pensamos bien en estas reflexiones, podríamos decir que en realidad lo importante está en el cómo de una formación y aunque algo de veracidad contiene esta afirmación, no es menos significativo dar cuenta de los contenidos. Por el contrario, forma y contenido son la expresión de una perspectiva epistemológica, teórica e ideológica.

En torno a los contenidos, sólo expresamos algunas consideraciones dado los límites de este artículo y lo haremos retomando otros hilos que hemos dejado más arriba. En principio creemos pertinente decir que la posibilidad de ser crítico radica en una sólida formación, en la que todos los enfoques teóricos tengan cabida en tanto se hace muy dificultoso el discernimiento cuando existe desconocimiento. En este mismo sentido, se hace necesario exponer las diferentes

Algo más situados en este territorio latinoamericano, también es importante expresar que por lo general cuando pensamos en teorías críticas, por lo general lo hacemos con la mirada en Europa. Esto nos coloca en una paradoja, en tanto resulta (por lo menos) complicado que desde un pensamiento colonizado sea posible ser crítico de la propia realidad. Nuestra región presenta una larga trayectoria de pensamiento crítico plasmado en teorías que tuvieron un alto impacto en determinados momentos, como por ejemplo la *teoría de la dependencia*, y, si hacemos un *racconto* más amplio, podemos recuperar la fuerza de la producción de José Martí, Artigas, Mariátegui, Florestán Fernández y tantos otros. No se trata de hacer un cierre sobre nosotros mismos, sino por el contrario recuperar raíces, a fin de reforzarnos para poder dialogar de igual a igual con otras producciones teóricas, entre ellas las europeas.

DE CÓMO LA FORMACIÓN ACADÉMICA SE PUEDE VOLVER CRÍTICA

Lo crítico, actitud crítica, sujeto e intelectual crítico, pensamiento y teoría crítica: intenté hasta acá hacer un recorrido por nociones que pienso centrales en el tema que nos ocupa; me interesa ahora “tirar de algunos hilos” que dejé, en forma totalmente intencionada debo decir, tal es el caso de la formación académica.

Es casi un “clásico” encontrar en nuestros discursos (escritos y orales), como meta de las propuestas curriculares, las expresiones estudiante y/o profesional crítico. Sin embargo lo que se vuelve una verdadera *cuestión* es desde qué contenidos hacerlo y cómo alcanzar tan imprescindible objetivo. Al decir esto no estamos desconociendo los importantes logros que al respecto existen, sino que lo hacemos como un llamado de atención, ya que –tal como expresamos en los primeros párrafos respecto del término crítico– también podemos

trabajo social y sobre la que realizaremos una mirada ahora.

Así como las banderas de libertad, igualdad y fraternidad se enarbolaron como fundantes de un pensamiento crítico a fines del siglo XVIII, el inmediato aval de la burguesía al sistema capitalista lo hace virar rápidamente hacia producciones teóricas que argumentan la libertad de mercado, la desigualdad y la filantropía; dicho con otras palabras, hacia las teorías del orden. Será en el transcurrir del siglo siguiente que los maestros de la sospecha-Marx, Freud y Nietzsche pondrán en *crisis teórica* lo establecido y darán lugar así a teorías críticas que refutarán aquellas teorías del orden. Sin embargo, la noción de teoría crítica aparece hacia 1937 de la mano de Marx Horkheimer, quien bautiza con ese nombre al programa de la Escuela de Frankfurt y escribe “teoría tradicional y teoría crítica”. En un intento por superar la bifurcación entre investigación empírica y filosofía, producida por el positivismo, Horkheimer postuló una teoría global de la sociedad sostenida desde una metodología interdisciplinar en la que se articulan la economía política, el psicoanálisis y la teoría de la cultura. Si bien la pretensión franckfortiana –tal como sus autores la pensaron– no prosperó tal cual, podemos hablar de una multiplicidad de producciones teóricas que mantienen el carácter crítico. Si sostenemos entonces que los contenidos que dan lugar a que una teoría se convierta en crítica son aquellos que problematizan e incorporan la complejidad; son abiertos e interpellantes de las cuestiones del momento histórico y sostienen como norte un potencial emancipatorio (Cazzaniga y otras, 2008), entonces no contamos con una teoría crítica sino con *teorías críticas*. Encontramos así un amplio espectro que manteniendo como unidad la impugnación a lo dado y al conformismo presentan diferencias: el marxismo sin dudas pero también la Escuela de Frankfurt, las propuestas genealógicas, como las más destacadas.

último, para Gramsci, cada sector social crea sus intelectuales que le dan homogeneidad y conciencia de la propia función, no sólo en el campo económico sino también en el social y el político, volviéndose entonces orgánicos a ese sector (Portantiero, 1988). Este análisis sobre el intelectual resitúa la dimensión política de su acción al dejarla al desnudo toda pretensión de neutralidad. Interpelando, a la vez, a los profesionales para que se conviertan en intelectuales que, en forma intencionada, se dispongan a dar la *batalla por las ideas* a favor de las clases subalternas, o en palabras de Gramsci, “se hagan cargo de la función de intelectual”.

El breve repaso realizado por diferentes autores y posiciones respecto del intelectual nos permite recuperar algunos aportes que resultan sugestivos para pensarnos a nosotros, trabajadores sociales y también docentes. En este sentido se encuentra, por un lado, la inseparabilidad entre el pensar y el hacer, por otro, la condición de productor que presenta todo intelectual - no de mero reproductor-. Tanto por los efectos políticos de sus actividades, como por la particular actitud crítica frente a lo establecido.

PENSAMIENTO Y TEORÍA CRÍTICA

Seguir discutiendo la problemática que nos ocupa significa incorporar la cuestión del pensamiento crítico. Es la modernidad, con su potencial de rupturas, la que lo inaugura, anudándolo al ideal emancipatorio de las ataduras producidas en el Antiguo Régimen -teocentrismos, servidumbres, entre otras- pensamiento que a decir de Carlos Altamirano “indica la puesta en cuestión, a partir de la producción teórica, de un orden establecido en nombre de determinados valores, por lo general de verdad y justicia”(2011: s/d). De esta manera, al introducir la producción teórica está equiparando pensamiento a teoría, por lo tanto nos hallamos frente a lo que se da en llamar *teoría crítica*, de la que también mucho se habla en

los intelectuales organizan la cultura (Gramsci, 2009), cuestión que retoma y reafirma Mansilla (2003) cuando considera que [los intelectuales]... han sido los especialistas en producir o reproducir los valores y mundos simbólicos, las creencias y representaciones colectivas, en fin, las ideas e imágenes que se hace una sociedad acerca de sí misma” (Mansilla en Lechner, 2003: 29).

En este sentido, es necesario volver a Gramsci quien expresa con claridad la cuestión de los intelectuales y en ellos la de los profesionales. Respecto de la primera noción dice “... todos los hombres son intelectuales, podríamos decir, pero no todos los hombres tienen en la sociedad la función de intelectuales (...) No hay actividad humana de la que se pueda excluir toda intervención intelectual, no se puede separar el *homo faber* del *homo sapiens*. Cada hombre, considerado fuera de su profesión despliega cierta actividad intelectual, es decir, es un *filósofo*, un artista, un hombre de buen gusto, participa en una concepción del mundo, tiene una consciente línea de conducta moral, y por eso contribuye a sostener o a modificar una concepción del mundo, es decir, a suscitar nuevos modos de pensar”. Asimismo advierte que el sistema democrático burocrático ha generado diversas y numerosas profesiones no todas justificadas por las necesidades sociales de la producción, aunque sí por las necesidades políticas del grupo fundamental dominante, por lo que considera que “ el modo de ser del nuevo intelectual ya no puede consistir en la elocuencia, motora exterior y momentánea de los afectos y las pasiones, sino en su participación activa en la vida práctica, como constructor, organizador, persuasivo permanentemente no como simple orador, y sin embargo superior al espíritu matemático abstracto; a partir de la técnica trabajo llega a la técnica ciencia y a la concepción humanista histórica, sin la cual se es ‘especialista’ y no se llega a ser ‘dirigente’(especialista + político)” (Gramsci, 2009: 13-14). Por

teorías que, dada su potencia interpeladora, se encuentran en el rango de las críticas y desde ellas estudiar profundamente las diferentes corrientes de pensamiento. En la misma línea, es interesante incorporar la producción teórica de Latinoamérica, tan rica como olvidada. En suma, apostar al pluralismo pero atendiendo a lo propio para afianzar modos de pensar complejos y descolonizados. Hicimos mención al tema cultural referenciándolo como uno de los bastiones del neoliberalismo en estos momentos y por ello obstáculo pertinaz a las transformaciones. En Argentina, por ejemplo, hoy asistimos a un número interesante de legislaciones y medidas políticas que reconocen y protegen derechos -cosa impensada hace una década atrás-, pero no se condicen con el pensamiento promedio de la sociedad argentina. Es probable que esto juegue en contra de la construcción de una institucionalización que realmente entregue respuestas, en tanto no existe una fuerza social y política capaz de exigir las condiciones para que, por ejemplo, las niñas, niños, adolescente y jóvenes puedan acceder efectivamente a ejercer sus derechos o como es el caso de los involucrados en la ley de salud mental. Aquí, se configura un verdadero *campo* de intervención profesional en el que lo que está en juego es lo puramente simbólico, una verdadera *batalla* por las ideas en el que podemos intervenir en tanto y en cuanto estemos lo suficientemente formados para ello. En este sentido, Atilio Borón (2005) dice que los intelectuales, que para cumplir la función gramsciana es indispensable “poseer un notable manejo del amplio y complejo conjunto de problemas que caracterizan a las sociedades contemporáneas; ser rigurosos y profundos en sus razonamientos, mismos deben estar cuidadosamente argumentados y mejor aún probados; y por último, sobrios y sencillos a la hora de exponerlos a la consideración del gran público” (Borón, 2005).

En el mismo artículo el autor desestima que en la universidad latinoamericana sea posible recuperar el pensamiento crítico. Si bien concuerdo con él en los obstáculos que este tipo de institución presenta para ello, creo que el ámbito académico es el espacio de producción y reproducción de los profesionales –en nuestro caso, de los trabajadores sociales– y como tal merece la atención de los que hemos decidido apostar a esto. Como docentes somos intelectuales, trabajadores del pensamiento que producimos bienes simbólicos, significados y sentidos, que participamos en la construcción y constitución de la sociedad (Cazzaniga: 2007: 23), de allí nuestra responsabilidad, porque como escribió Rodolfo Walsh allá por 1968: “... el campo del intelectual es por definición la conciencia. Un intelectual que no comprende lo que pasa en su tiempo y en su país es una contradicción andante, y el que comprendiendo no actúa, tendrá un lugar en la antología del llanto, no en la historia viva de su tierra”•

Referencias bibliográficas:

Altamirano, C. y otros (2011) “Interrogando al pensamiento crítico latinoamericano” en Cuadernos del Pensamiento Crítico latinoamericano N° 43. CLACSO.

Bauman, Z. (1997) *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.

Borón, A. (2005) “Las ciencias sociales en la era neoliberal: entre la academia y el pensamiento crítico”. Conferencia magistral pronunciada en el XXV Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), Porto Alegre. http://www.salacela.net/images/tareas/16_b.pdf (Recuperado el 8 de mayo de 2009).

Cazzaniga, S. (2007) “Prácticas sociales y universidad: hacia una intelectualidad crítica” en Peralta, M. y Rotonda, G. (coordinadoras) *Trabajo Social: prácticas universitarias y proyecto profesional crítico*. Buenos Aires: Espacio Editorial

Cazzaniga, S. y otras (2008) “El acto de enseñar – aprender ¿Una práctica crítica? Ponencia II Encuentro Argentino y Latinoamericano “Prácticas Sociales y pensamiento Crítico” Escuela de Trabajo Social, Universidad Nacional de Córdoba.

Giroux, H. (2001) “Los profesores como intelectuales transformativos” en *Revista Docencia* N°15Santiago:Colegio Profesionales de Chile.

Gramsci, A. (2009) *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires: Nueva Visión.

Mansilla, H.C.F. (2003) “Intelectuales y política en América latina. Breve aproximación a una ambivalencia fundamental” en Lechner, N. y otros *Intelectuales y política en América Latina. El desencantamiento del espíritu crítico*. Rosario: Homo Sapiens.

Merton, R. (1980) *Teoría y estructuras sociales*. México: Fondo de Cultura Económica.

Portantiero, J.C. (1988) “Gramsci y la educación”. En González, G. y otro (coord.) *Sociología de la educación. Corrientes contemporáneas*. México: DF, Centro de Estudios Educativos A.C.

DEBATES

TRABAJO SOCIAL Y EL DESAFÍO DE LA RECONSTRUCCIÓN DE CIUDADES



PAULINA SABALL,

MINISTRA DE VIVIENDA Y URBANISMO:

LA PARTICIPACIÓN CIUDADANA: UN ELEMENTO CLAVE EN LOS PROCESOS DE RECONSTRUCCIÓN DE CIUDADES.

Por: Natalia Hernández Mary*

Paulina Saball es trabajadora Social de la Universidad Católica, estudió entre el 1970 y 1973, periodo de re-conceptualización del Trabajo Social. “Mi formación profesional estuvo muy vinculada con los procesos sociales, la vida de las comunidades y el quehacer país. El trabajo social de aquellos tiempos buscaba incidir en las transformaciones sociales de la época. Fue un momento de grandes cambios en la universidad. Fue la época del primer Claustro Universitario; mi vida profesional y personal está marcada por haber estudiado en ese contexto”, explica.

Ella es parte de una generación que vivió un momento de grandes reformas en el país “brutalmente interrumpidas por el golpe militar”, periodo en el que trabajo social se transformó en su vocación, trabajo y espacio de reflexión; un lugar a partir del cual pudo construir una visión distinta de lo que estaba ocurriendo en Chile. En esa época trabajó en la Vicaría de la Solidaridad, fue una de las creadoras del Colectivo Trabajo Social y luego de la revista Apuntes para Trabajo Social, que fueron espacios para compartir y reflexionar, desde el trabajo social, la realidad país. Tuvo distintas experiencias profesionales marcadas siempre por el trabajo con el sector poblacional, en el ámbito de los derechos humanos. En el retorno a la democracia trabajó en la Comisión Rettig, lo que calificó como una síntesis dolorosa, pero importante. “Fue una oportunidad de mirar por primera vez las violaciones

de los derechos humanos desde una visión de Estado; un Estado que buscaba esclarecer la verdad y reparar, en parte, el daño causado a las personas y a sus familias”, cuenta. Desde ahí en adelante ha estado vinculada a las políticas públicas. Primero en el Ministerio de Vivienda, después en Bienes Nacionales y luego en la Comisión Nacional del Medio Ambiente. Durante el Gobierno del Presidente Piñera trabajó fuera del Estado, en la Fundación Nacional para la Superación de la Pobreza. Y ahora regresó al Ministerio de Vivienda.

-¿Crees que el trabajo social fue un aporte para tu formación política?

-No tengo mucha posibilidad de separar o de discernir cuál es el factor más determinante. Quizás si hubiera tenido otra profesión habría hecho lo mismo, pero evidentemente lo que me ha provisto de una manera de mirar y abordar los desafíos ha sido mi formación profesional, la época en la que viví, las experiencias de vida, mi familia, mis opciones políticas y por cierto las inmensas oportunidades que he tenido en mi vida laboral. Me siento muy honrada de los trabajos que he desempeñado. En cada uno de ellos he adquirido inmensos aprendizajes a partir del vínculo con los temas, equipos y comunidades con las cuales me ha tocado interactuar. Entonces, no tengo cómo separar los factores, pero, yo atribuyo buena parte de mis motivaciones, intereses y manera de ver las cosas, a mi formación y a la

*Directora de la Escuela de Trabajo Social Universidad Alberto Hurtado. Entrevista realizada el 5 de junio de 2014.

época en la que me formé.

-En las discusiones que tenemos con nuestros estudiantes es recurrente la tensión de separar lo político del trabajo social, cuando tal como tú lo sostienes el trabajo social es político. En ese sentido, nos interesaría profundizar sobre el trabajo que desempeña actualmente en el Ministerio de Vivienda y Urbanismo particularmente en las labores de reconstrucción de ciudades. ¿De qué manera la temática se instala en el Ministerio y cuál es el rol que como ministra y trabajadora social cumplas en el desafío de la reconstrucción?

-Uno quisiera que la reconstrucción fuese una temática extraordinaria pero, sin duda los desastres naturales son parte de nuestro devenir y, por ende, son parte de la gestión de las políticas públicas. En el gobierno anterior de la presidenta Bachelet nos tocó enfrentar temporales en Bío Bío, la erupción de Volcán en Chaitén, el terremoto en Tocopilla y cuando faltaba poco para irnos, el terremoto en la zona central. Sin embargo, y a pesar que estas catástrofes son parte del horizonte de posibilidad de cualquier gobierno, cuando ocurren sorprenden, afectan, quiebran el camino y te vinculan a un proceso dramático. Nosotros estábamos recién instalándonos - y digo recién porque no habíamos ni siquiera terminado de conformar los equipos- cuando sucedió el terremoto en el Norte. Y dos

semanas después, el incendio de Valparaíso. Son episodios que colapsan la vida de las personas damnificadas y que impactan en el funcionamiento de la ciudad, de la región, del país. Son situaciones que escapan a toda planificación.

Si bien cada catástrofe pone en evidencia la inequidad que existe en nuestras ciudades, éstas se manifiestan y tienen orígenes distintos, y por tanto es necesario asumir, conducir y disponer instrumentos, coordinaciones y gestiones diferentes en cada lugar; generar una respuesta oportuna y adecuada para cada una de las circunstancias. En el Norte Grande el impacto está directamente relacionado con situaciones previas, tales como la materialidad de las viviendas, la salinidad de los suelos, las ampliaciones irregulares, entre otras. En Valparaíso, la inseguridad y precariedad de la vida en los cerros; el uso irregular de las quebradas y la falta de agua, contribuyeron a agravar la situación.

Nuestra función es poner al servicio de la etapa de emergencia y transición, y de reconstrucción después, las mejores herramientas, recursos, coordinaciones, procurando siempre atender la particularidad de cada caso y abordar la tensión entre la urgencia por reponer rápido lo que se destruyó y la importancia de reconstruir con parámetros de equidad, seguridad y pertinencia.

-Tomando estos elementos, ¿existe la idea de generar un dispositivo más permanente para emergencias?

-En cada emergencia se aprende algo; en el terremoto del Norte Grande se hicieron evidentes algunos aprendizajes del 27F. Yo viví el segundo terremoto en Iquique, fue impresionante el proceso de evacuación, y la manera de actuar de la ciudadanía, sobrecohedora y admirable. Otro aprendizaje fue el esfuerzo para recuperar inmediatamente los servicios básicos; puedes salvar vidas si pones todo tu esfuerzo en que se reponga la ener-

gía, las comunicaciones, el agua, la luz. Desde el primer momento funcionó el Comité de Emergencia y se dispusieron todos los medios para llegar a todos los lugares; eso también pasó en Valparaíso.

Es cierto que todavía tenemos puntos débiles, por ejemplo, la coordinación de los catastros o la definición de roles en la etapa de transición. Pero en ambos casos, en ningún momento las personas se quedaron solas. Las autoridades regionales, locales, la Presidencia y su equipo estuvimos desde el primer día trabajando, acompañando la situación y buscando la mejor salida. Estar en contacto con las personas y estar en terreno permite dimensionar, empatizar, acompañar y tomar decisiones más eficientes y pertinentes. Hay que hacerse cargo de la incertidumbre y entender que las personas no están en condiciones de recibir argumentos técnicos, que lo primero es estar cerca, acompañar, acoger. Generar vínculos de colaboración entre instituciones es otra dimensión imprescindible. En Valparaíso, subir a los cerros y conversar con la gente fue una experiencia decisiva. En el diálogo con las personas fuimos descubriendo las claves de la reconstrucción.

-¿Y cómo abordas ese tipo de metodología con los otros actores sociales involucrados como el gobierno regional o los interventores?

-En estas circunstancias cada uno pone lo mejor de sí; cada uno tiene un enfoque, habilidades, competencias y recursos diferentes. Esa diversidad es invaluable porque al final del día somos un equipo de trabajo enfrentando juntos una situación compleja. Cada uno cumple su rol, pero también cada uno le agrega un valor y en el equipo se generan complicidades muy potentes. Ahora, esto no es tan idílico porque pasada la emergencia, tienes un equipo desgastado, cansado y sobredemandado. Por su parte, las personas damnificadas ya no son tan amigables, están irascibles porque pasan los días y no se resuelve su si-

tuación. Si bien comprenden que ésta excede lo posible, necesitan manifestar su angustia, su desazón y muchas veces su molestia. Si esas mismas personas vienen de experiencias anteriores de pobreza, de exclusión, lo manifiestan con más rabia.

-Ahora, que la catástrofe está “controlada” y los principales servicios restablecidos, ¿cómo se operacionaliza la reconstrucción?, ¿de qué manera esta metodología dialogante se expresa en etapa de la reconstrucción?

-Exactamente, en esta etapa hay que hacerse cargo de lo que se destruyó y también de las inequidades urbanas develadas con la emergencia. Debemos generar soluciones que, junto con reconstruir la vivienda, remedien los suelos salinos o mitiguen los riesgos de las pendientes. Soluciones para reconstruir y reparar; para propietarios, allegados y arrendatarios. Es una etapa compleja porque la reconstrucción es un proceso lento y la situación de las familias damnificadas se torna difícil. Las soluciones de la transición –arriendos, apoyo familiar o barrios de emergencia– trastocan la vida de las personas y eso genera ansiedad, urgencia y a veces desconfianza.

En esta etapa, se ponen en tensión nuestras capacidades y nuestros instrumentos. Es necesario reforzar los equipos, flexibilizar programas, adicionar recursos y gestionar mil detalles que inciden directamente en la concreción de las soluciones.

-¿Cómo se incluye el vínculo con las personas y las demandas locales en esta fase de operacionalización de la reconstrucción?

-En esta etapa el tema de la participación es clave. Los procesos de reconstrucción son procesos largos, lo que implica asumir que las personas afectadas van a vivir durante un tiempo no menor en condiciones de mayor precariedad. La participación de

las personas es clave en el desarrollo del proceso. Y en esto no hay opción. Tiene que ser así, sino no es sobrellevable para las familias. No puede ser un tiempo de espera, vacío, de suspenso. Las personas tienen que incorporar esto como parte de su vida. No es posible decirles “espere, suspenda sus anhelos, su vida, sus sentimientos hasta que por arte de magia se le haya construido una casa”.

-Y esa participación, ¿cómo se proyecta en un proceso de ejecución?, ¿cómo hacen la diferencia entre una participación de corte más informativo y con una participación efectiva con el otro?

-A diferencia de otros proyectos del Ministerio, donde uno facilita el desarrollo de nuevos proyectos de vivienda, en los procesos de reconstrucción uno trabaja sobre la materialidad de las vidas ya construidas. Se intervienen sus casas y se intenta reparar aquello que se fracturó. En Valparaíso, una gran cantidad de familias son protagonistas efectivos; están con el martillo y con la pala reconstruyendo ellos mismos su casa, porque así lo habían hecho antes. No podemos tomar decisiones por las personas. No le estás otorgando un bien que no tenía, estás tratando de colaborar a la reconstrucción de algo que era suyo.

-En ese contexto complejo, ¿cuál es el mayor obstáculo para poder desarrollar ese vínculo de participación efectiva?

-Sin duda tenemos muchos obstáculos, pero también tenemos fortalezas. En el Norte Grande, por ejemplo, no contamos aún con la cantidad de empresas ni de entidades patrocinantes que apoyen a las familias a hacer sus proyectos. En Valparaíso, el ímpetu por reconstruir de algunas familias no necesariamente respetan las normas de seguridad. Las obras de infraestructura destinadas a dar seguridad van a demorar más de lo que la gente piensa y ahí se nos genera una ten-

sión. Luego está el tema de las confusiones de roles entre las distintas instituciones involucradas. En este aspecto la figura del Delegado Presidencial es clave. Ellos son los responsables de vincular las instituciones, de manera que se vaya plasmando en un proyecto común. Otra dificultad importante es que las personas afectadas viven una situación no deseada. Con el pasar del tiempo los grados de tolerancia disminuyen y los efectos de haber vivido una situación traumática todavía están presentes. A ello se agregan los eventos propios de la vida de las personas: nacen guaguas, se mueren personas, se separan parejas, hay chicos que les va bien otros que les va mal en el colegio, ocurren cosas. La vida sigue. Este proceso no es fácil, porque involucra algo más allá de una dimensión material. Muchos piensan que esto es sólo reponer lo que se destruyó: la vivienda, la carretera, la luz, la escuela, etc. pero no es así. Si no tienes una visión multidimensional de los efectos de la catástrofe, puede ocurrir que al final digas “construimos viviendas, pusimos consultorios, servicios, pavimentos”, pero la gente esté más triste, más tensionada, más desencantada y no ocupe los espacios. Esas son señales inequívocas de un proceso que no permitió reconstruir la vida, la actividad, ni la identidad del lugar. Los procesos de reconstrucción son complejos, tensionantes y están sujetos a los vaivenes políticos; por lo tanto abordarlos de manera cohesionada, como una política de Estado y no solamente una política de gobierno es otro tremendo desafío. Pero que sea una tarea difícil, no la hace imposible. La maravilla del Servicio Público es que todos los días te plantean nuevos desafíos, te generan nuevos aprendizajes y revitalizan el sentido de estar en esta tarea. •

DANTE PANCANI,

DELEGADO PRESIDENCIAL PARA LA RECONSTRUCCIÓN ARICA Y PARINACOTA.

DESARROLLAR APRENDIZAJES INSTITUCIONALES Y TRABAJAR EN CONJUNTO CON LAS COMUNIDADES: CLAVES PARA UNA RECONSTRUCCIÓN EXITOSA.

Por: Dra. Lorena Pérez Roa*

Editora de la revista Intervención.
Entrevista realizada el 17 de Junio de 2014.

Dante Pancani estudió la carrera de Trabajo Social entre 1992 y 1997 en la UTEM. Su tesis trató sobre el concepto de acción social como fundamento para la acción de los trabajadores sociales. Después de eso trabajó un par de años en Valparaíso. “Trabajar en región tiene una impronta muy distinta a hacerlo desde la administración central del Estado, porque te obliga a mirar las instituciones públicas desde un lugar distinto”, cuenta. Luego en el Ministerio de Vivienda y Urbanismo (MINVU), estudió un master en Acción Política y Participación Ciudadana en España. Una vez de regreso en Chile, volvió a trabajar en el MINVU, en el proyecto de solución a la Toma de Peñalolén, la toma más grande de Chile, -23 hectáreas, 1.800 familias-, donde combinaron intervención social, solución de vivienda con las organizaciones sociales y, en paralelo, realizaron una intervención desde la lógica de la política pública, es decir, los instrumentos de financiación, la gestión más técnica y reglamentaria de la solución de vivienda. “Esta experiencia me permitió conjugar aspectos reglamentarios con intervención social en un mismo tiempo y espacio: diseñar elementos de política pública y llevarlos a la práctica”, explica. Paralelamente ingresó a FLACSO a estudiar un magister en Política y Gobierno. En esta ocasión su tesis se centró en la reforma de las políticas de vivienda. Luego, durante el primer gobierno de la Presidenta Bachelet fue Director del Serviu en Arica Parinacota, cuando Chile pasó de tener

13 a 15 regiones. Así es como tuvo la oportunidad de crear el Serviu de vivienda que, a diferencia de las otras estructuras públicas, son entes totalmente descentralizados y autónomos. Estuvo 3 años como Director del Serviu, donde su trabajo era principalmente de gestión; desde contratar personal; gestionar los presupuestos; ver temas financieros, normativos y de administración del territorio; hasta temas políticos, de vivienda, urbanos, de vialidad y de inversión regional. Fue justamente esa labor la que amplió su espacio de intervención profesional. Con el cambio de gobierno volvió a Santiago y dejó de trabajar para el Estado. Pero luego del terremoto del Norte Grande, la Presidenta lo nombró delegado presidencial para conducir las tareas de emergencia de reparación y de reconstrucción de la zona.

-¿Qué significa ser delegado presidencial?, ¿cuáles son tus tareas y funciones?

-Mi labor es coordinar labores en la emergencia, la reparación y la reconstrucción. Mi ámbito de intervención es actuar con todos los servicios públicos y organizar con ellos el trabajo que realizan para la reconstrucción. Por ejemplo, si hay un conjunto de familias damnificadas, yo organizo -no hago intervención directa- las labores de asistencia. Ese es un rol. Un segundo rol es dirigir la reconstrucción en el ámbito de vivienda. En la región hay aproximadamente 1.500

viviendas que reparar y 600 viviendas que reconstruir. Mi rol es organizar cómo las instituciones de vivienda -en este caso, la Seremi de Vivienda y el Serviu regional-, desarrollan todo el proceso de reconstrucción respondiendo a las particularidades de la zona. Por ejemplo, en Putre y en Camarones tenemos que reparar y reconstruir aproximadamente 300 viviendas, donde tienes un arraigo y una matriz cultural distinta de la que existe en Arica. Estamos hablando de viviendas para familias que son de origen aymara, que tienen una materialidad y un diseño distinto, donde las personas tienen una relación distinta con la tierra y el agua. Mi trabajo es procurar de que esa solución habitacional respete la matriz cultural de las personas. En ese sentido, tengo que apoyar y resolver la provisión de terrenos, la disposición de los subsidios y la gestión con las organizaciones sociales, para que este proceso no sea de espaldas a la gente, sino con la gente. Debo velar porque los atributos de participación ciudadana se cumplan. La Presidenta nos ha pedido que seamos especialmente cuidadosos en que las familias no sean objetos de la acción del Estado, sino que efectivamente coparticipen, co-construyan con nosotros soluciones a los problemas que estamos interviniendo. Hay otro gran tema relacionado con la infraestructura regional y la inversión regional que también debo coordinar. Luego, hay un tercer ámbito que hago que es monitorear fundamentalmente lo que hacemos

en los temas de riego, agricultura y ganadería en subsistencia. Es una región que tiene agricultura y ganadería fundamentalmente de autoconsumo, o de acompañamiento al comercio local, entonces la provisión del agua es un recurso básico para las comunas del interior. Hemos estamos haciendo esfuerzos importantes para asegurar la provisión de agua y de la infraestructura de riego que fue dañada y que se tiene que recuperar. Resumiendo, mi función como delegado es hacer que las instituciones del Estado conversen entre sí, actuar territorialmente y no sectorialmente.

-En ese sentido, ¿cómo definirías una “buena” reconstrucción?, ¿qué es lo que orienta tú acción?, ¿de qué manera sabes que estas concibiendo un proceso de reconstrucción exitoso?

-La región pudo diagnosticar problemas de manera eficiente y logramos transformar esos focos de problemas en oportunidades para la reconstrucción. La clave es trabajo en equipo. Otra clave, aunque suene bien cliché decirlo, es que la reconstrucción no es simplemente cemento y fierro. Si ésta no va a la par de un aprendizaje institucional y de trabajo en conjunto con las comunidades, el desarrollo de los territorios, la visión de oportunidad y de sustentabilidad de la región, la reconstrucción sólo sería un listado de reparaciones. Lo peor que nos puede pasar es que hagamos un listado de obras y terminemos con el check list de todo lo que logramos hacer en cantidades de dinero invertido y cantidad de obras ejecutadas.

-Cuando dices que una buena reconstrucción depende de un buen diagnóstico, ¿cómo se elaboran esos “buenos” diagnósticos?, ¿cómo te aseguras que esos diagnósticos reflejen los elementos sentidos por las comunidades?

-Los servicios públicos conocen los territorios. Aunque tienen otras bre-

chas saben sobre éstos, ya sea por su experiencia o por lo que dicen las comunidades. Por ejemplo, los equipos del sector agricultura mapearon en corto plazo el territorio, conocen los puntos donde las personas tuvieron problemas, porque tienen vínculos con las comunidades. Los diagnósticos son mérito de que hay servicios públicos que dominan bien los ámbitos en los que intervienen. El Estado tiene instituciones, muchas de ellas con alta capacidad técnica. Eso explica porqué los diagnósticos fueron certeros, lo que debe complementarse con tener procesos de participación abiertos, que permitan retroalimentar el desarrollo de acciones y corregir.

-En relación a la especificidad territorial, ¿cómo se logra reconocer y respetar la diversidad de la región en los procesos de reconstrucción? Sobre todo si estamos hablando de la reconstrucción de una de las regiones más alejada de la toma de decisiones, ¿cómo se logra instalar esas demandas específicas en el Estado central?

-En ello recae la pertinencia de la figura de la delegación presidencial, el vínculo entre la lógica regional – local y el Estado central. El delegado es puente, para que ese vínculo sea eficiente. Nosotros tenemos atribuciones y enlace directo con el gobierno central que nos permite movernos con resolución, pero desde la región

-Desde tú posición de interlocutor entre la región y el Estado central, ¿cuáles serían los obstáculos que tú vislumbra en ese proceso? ¿A qué le temes?

-La urgencia contribuye porque nos pone instrumentos administrativos que permiten operar en estado de emergencia y le otorga, a su vez, un carácter de prioridad al trabajo que realizamos. Cuando el Estado no tiene esta tensión de responder prioritariamente puede entrar en la lógica

de lo “regular” y aparecen problemas de eficiencia. Le temo a que esto que hemos administrado de manera eficiente, entre en una lógica de regularidad, que nos quite la velocidad con la cual estamos interviniendo. Lo importante es que se incorporen aprendizajes y quede capacidad instalada para resolver objetivos y metas de corto tiempo.

-¿Tienes algún tipo definido para la realización de la tarea?, ¿hay un tiempo límite?

-No. Hay tareas que responder y acciones que realizar, pero no hay un plazo acotado. Hay algunas acciones que por su naturaleza deberían estar resueltas con un horizonte de corto plazo y hay otras que no. El trabajo termina con objetivos cumplidos. Mi rol es asegurar que las cosas pasen, pero son las instituciones las que actúan según sus competencias.

-O sea, tienes que dejar las cosas marchando. Una vez que marchan...

-Una vez que esta todo marchando, hay acciones que entran en una fase regular.

-Retomando el tema del trabajo social, ¿cuáles sientes que son las herramientas de la profesión que te han ayudado en el fondo a poder asumir este desafío profesional? ¿Tú crees que hay herramientas en específico de la profesión o que están más ligadas con tu experiencia?

-Yo creo que las profesiones en general ofrecen un marco interpretativo restringido de la realidad y te ponen determinadas competencias y habilidades en la medida que te mueves en ese campo profesional más exclusivo. En el ámbito de las políticas públicas y de la gestión en general, creo que es un campo en disputa, hay muchas lógicas de intervención profesional. El trabajo que hago, muy bien lo podría hacer un ingeniero como también lo puede hacer un trabajador social.

Hay algunas competencias y habilidades que son de carácter transversal a muchas profesiones. Hoy un arquitecto no puedo dejar de escuchar a una comunidad. Es probable que tenga menos herramientas conceptuales y metodológicas para desarrollar procesos de participación pero, es un requisito básico cuando lo haces desde la gestión del Estado. El trabajo social brinda instrumentos de apoyo para poder movernos en la lógica de la política pública, pero creo que no son instrumentos exclusivos de esta carrera. Es importante que los trabajadores sociales tengamos formación en ámbito de la administración y la gestión del Estado. Cuando te dedicas a hacer gestión pública y eres un trabajador social, tienes puntos a favor como tienes otras limitaciones, pero al final del día tienes que resolver y concretar con las fortalezas y con las brechas.

-En el contexto de tú quehacer actual, ¿consideras que los trabajadores sociales tienen que desarrollar otro tipo de habilidades?, ¿qué debiera considerarse en términos de formación?

-Se debe continuar fuertemente con la formación teórica y metodológica en los campos tradicionales del trabajo social, aportando marcos de interpretación de la realidad social y herramientas para actuar en ella. También creo que la formación debiera complementarse con elementos de gestión y de administración de la política pública, no sobre cómo operan los programas públicos, sino en cómo opera el Estado, en tanto es quien desarrolla intervención social de largo alcance.

-En ese sentido, ¿sientes que es un desafío mejorar las habilidades de comprensión del aparato mismo del Estado?

-En estos ámbitos del trabajo social, estamos obligados a entrar en la dimensión tecnológica de la gestión, sin

perder la matriz teórica y metodológica que es el campo más disciplinario para nosotros. Hay que comprender al trabajo social más allá de la pobreza; no tenemos la exclusividad en la política pública asistencial. El trabajo social puede ser la política pública en todas sus manifestaciones, que requiere tanto de marcos de interpretación como de acción. Hoy, por ejemplo, todos los sistemas de inversión que se someten a evaluación ambiental, obligan a instancias de participación ciudadana. Toda obra pública tiene tributos de participación. Ese modo de hacer, nosotros los trabajadores sociales lo conocemos muy bien. •



LA GESTIÓN DE EMERGENCIA Y LA RECONSTRUCCIÓN DE VALPARAÍSO LUEGO DEL INCENDIO DE ABRIL DE 2014

LIMITACIONES DE LA RESPUESTA ESTATAL, DESAFÍOS PARA LA SOCIEDAD CIVIL.

Magdalena Calderón Orellana*

RESUMEN

El presente artículo busca discutir la respuesta institucional del Estado de Chile para enfrentar emergencias y gestionar el trabajo de reconstrucción en la comuna de Valparaíso, luego del incendio producido en abril de 2014. Para esto, se analizará el accionar del Estado reconociendo que éste se configura sobre principios políticos que suponen que la protección de la población y la protección social son consecuencia de los procesos de capitalización individual (como lo son la salud y la previsión en Chile) y que será el mercado el que asigne los recursos de manera más efectiva y eficiente, frente a contingencias y siniestros. El trabajo reconoce que esta visión afecta directamente la recuperación de la ciudad y las comunidades. En este sentido, se propone que la sociedad civil, las comunidades y las organizaciones no gubernamentales en un trabajo articulado propicien y exijan estrategias de reconstrucción basadas en políticas de cohesión social.

*MAGDALENA CALDERÓN ORELLANA. Trabajadora Social de la Pontificia Universidad Católica de Chile, posee un Magister en Dirección Pública otorgado la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Ha desarrollado estudios de especialización en materias de Gestión de Personas y Gestión Pública. En su trayectoria laboral ha complementado el ejercicio profesional con el académico y la formación de personas en el área de gestión social. Actualmente es docente universitaria de diferentes escuelas de Trabajo Social en Santiago y Valparaíso, en el área de la gestión de programas, supervisión de pasantías y prácticas profesionales; y trabajo social y organizaciones. Correo electrónico: mcaldero@uc.cl

ANTECEDENTES DE LA CATÁSTROFE

El sábado 14 de abril cerca de las 17:00 hrs la Intendencia Regional de Valparaíso - en base a información técnica proporcionada por la Corporación Nacional Forestal (CONAF) y en coordinación con la Dirección Regional de la Oficina Nacional de Emergencia (ONEMI) - declaró alerta roja para la comuna de Valparaíso por un incendio forestal que se estaba produciendo en el Camino La Pólvara, cerca de una de las vías de acceso a Valparaíso. La alerta roja significa que el evento no puede ser resuelto con los recursos disponibles habituales, requiriendo esfuerzos extraordinarios (ONEMI, 2014).

Los incendios forestales no son una extrañeza en Valparaíso, como tampoco lo son los sismos y terremotos en Chile. En efecto, de acuerdo a registros de la CONAF (2011), entre el 2002 y 2011 en la Región de Valparaíso se produjeron 922 incendios forestales, que afectaron una superficie total de 7.076 hectáreas. Sin embargo, el último incendio cobraba, a ojos de los habitantes de Valparaíso, un carácter diferente, dramático. Lo que había comenzado como un incendio forestal el 14 de abril, era en la madrugada del jueves 19 de abril un incendio no controlado que había consumido alrededor de mil hectáreas de los cerros La Cruz, El Litre, Las Cañas, Merced, Ramaditas, Rocuant y Mariposas. De acuerdo a la información otorgada por el Ministerio de Vivienda y Urbanismo (2014), a causa del incendio 2.656 casas fueron destruidas, 2.491 de manera irreparable y 165 viviendas que podían ser reparadas, además 15 personas fallecieron y cerca de 10.000 personas fueron damnificadas.

¿Cuál ha sido la respuesta del Estado?, ¿cómo se ha gestionado el trabajo de la reconstrucción?, ¿cuáles son los principios políticos que orientan el accionar del Estado? Para responder a estas preguntas, el presente artículo ha tomado como referente

diversos documentos oficiales emanados por las autoridades políticas correspondientes, notas de prensa y ha recogido la experiencia de la Mesa del Tercer Sector de Valparaíso, espacio de encuentro de diferentes organizaciones solidarias de la ciudad que tiene como objetivo la coordinación de las ONGs en materias de superación de la pobreza en la región y la disminución de las desigualdades¹.

Para guiar y orientar el debate, en primer lugar se revisará el marco político-legal sobre el cual el Estado ha dado respuesta a la emergencia, haciendo una descripción del plan que se ha establecido para Valparaíso. Asimismo, de manera paralela a la presentación de la información, se analizan las tareas y acciones que ha emprendido el Estado para enfrentar la contingencia ocurrida en Valparaíso. Finalmente, el trabajo presenta ciertas reflexiones que deben realizarse desde la sociedad civil para avanzar en un proceso integral de reconstrucción.

BASE POLÍTICO-LEGAL DEL ACTUAR DEL ESTADO COMO RESPUESTA A LA EMERGENCIA DEL INCENDIO DE VALPARAÍSO

El último incendio de Valparaíso, no sólo dejó en evidencia la precariedad sobre la que se ha construido, mantenido y administrado la ciudad, sino que también, al igual que en el terremoto de febrero de 2010 o el de Tocopilla de 2007, reveló las condiciones precarias que posee el Estado para atender estas contingencias. Precariedad, que no se basa necesariamente en la falta de recursos, prevención o planificación, sino que más bien se funda en un modelo donde la protección social se construye sobre la capitalización individual de las personas y las familias que deben acudir al mercado a atender sus necesidades. En este sentido, según Tonelli (2014), más allá de las causas concretas que originan el fuego, la responsabilidad de la configuración de la catástrofe responde a una com-

binación de diferentes factores; en lo concreto un vertedero ilegal, más una institucionalidad pública a cargo de la gestión de incendios forestales con limitados recursos, la ocupación del territorio profundamente polarizada, distribución de la riqueza y la ineficacia de un sistema de administración local y central respecto al desarrollo de Valparaíso. Si Valparaíso ha estado en un permanente abandono, ¿qué podría ser distinto al momento de la reconstrucción?, ¿por qué una ciudad que ha estado permanentemente enfrentando problemas como el desempleo, la pobreza y el abandono, puede llegar a tener una relación diferente con el Estado?

De manera general, frente a una emergencia, el Estado de Chile ha definido que es su deber reguardar la seguridad nacional, dar protección a la población y la familia. Así, se establece en la Constitución Política de la República, en su artículo 1°. Específicamente, para la gestión de emergencias y catástrofes, la Constitución instituye el “estado de catástrofe”, definido como un estado de excepción constitucional, en el cual, los derechos y garantías que la Constitución asegura pueden ser limitados en caso de calamidad pública. El “estado de catástrofe”, lo declara el(la) Presidente(a) de la República y una vez declarado, las zonas respectivas quedan bajo la dependencia del Jefe de la Defensa Nacional que designe el(la) Presidente(a) de la República (ONEMI, 2014). En el caso de Valparaíso, esta medida fue aplicada desde el 12 de abril hasta el 14 de mayo de 2014, es decir, por más de un mes la ciudad estuvo a cargo del Comandante en Jefe de la Primera Zonal Naval. Asimismo, se estableció que las fuerzas armadas eran las garantes del orden público en la zona afectada.

Respecto a lo presentado es que se hace necesario establecer un primer punto de inflexión. ¿Por qué es necesario establecer una excepción a los derechos de las personas para hacer frente a una emergencia o una catástrofe? La gestión de las emergencias

requiere del fortalecimiento y activación de los vínculos al interior y entre las comunidades y de la solidaridad entre las personas y las organizaciones, por lo mismo, es contraproducente que frente a un estado de emergencia, se limiten los derechos de las personas y las comunidades.

Por otro lado, el estado de catástrofe tal como refiere el concepto, es una etapa, un estado temporal que debe concluir obligatoriamente. Cabe preguntarse en dicho contexto, ¿cómo se realiza la gestión de la emergencia y la reconstrucción en Valparaíso? Para ello, el Ministerio de Vivienda y Urbanismo ha desarrollado el “Plan de Reconstrucción de Valparaíso” (MINVU, 2014), en el cual se establece el procedimiento, en tres etapas, para enfrentar la reconstrucción de Valparaíso. Las etapas descritas son las siguientes:

1. Etapa de emergencia: La primera etapa comenzó cuando se inició el incendio. En dicho momento se trabajó con las personas damnificadas, atendiendo sus necesidades básicas de abrigo, comida y vestuario. A la vez, se ejecutaron labores de limpieza y retiro de escombros.

Durante la ejecución de la primera etapa, fue posible observar en los cerros afectados, una organización temprana de las familias y los vecinos. Se configuró naturalmente una división de roles y responsabilidades que significó que en muchos casos, los hombres trabajaran durante el día retirando escombros y limpiando los terrenos en los cerros, y que las mujeres y niños estuvieran en “el plan” (planta plana de la ciudad de Valparaíso) realizando los trámites correspondientes para acreditar su estado de damnificados y afectados para luego acceder a los beneficios correspondientes. Esta división de tareas, se mantuvo de manera general durante la fase de atención de emergencia. En este período también hubo familias que prefirieron quedarse acampando en sus terrenos en vez de “bajar” o trasladarse a los albergues habilitados, no sólo para trabajar en

el lugar, sino que también, por el temor de perder lo que tenían antes del incendio. Por otro lado, muchas familias no acreditaban propiedad sobre los terrenos o tenían conflictos y rencillas con sus vecinos por los límites entre propiedades, lo que dificultó su acreditación como damnificados.

Sumado a lo anterior, la primera etapa coincidió con la cobertura mediática que tuvo la catástrofe a nivel nacional, relegando a segundo plano, los terremotos del Norte Grande que habían acontecido dos semanas antes. Durante este tiempo la ciudad de Valparaíso contó con la permanente intención de colaboración que recibió desde la sociedad civil. Tanto así que el alcalde de Valparaíso, Jorge Castro hizo un llamado limitar el número de voluntarios en la comuna, indicando: “les agradecemos esos gestos, pero no tenemos posibilidad de atenderlos (...)”. Ahora, una buena manera de ayudar es no venir a Valparaíso, porque hay muchas personas que suben a los cerros a dejar mercadería a los afectados, lo que también genera una alta congestión” (La Tercera, 2014). Dicha medida generó conflictos entre la autoridad local, las personas voluntarias y las comunidades de los cerros afectados, que en algunos casos no recibían las prestaciones establecidas. Una semana después del inicio del incendio, fue el propio alcalde quien reconoció que no era posible aceptar más ayuda porque los centros de acopio estaban saturados, incluso se determinó que sólo dejarían ingresar a Valparaíso vehículos con materiales de construcción (Cooperativa, 2014).

¿Es realmente un problema que numerosas personas, organizaciones, comunidades quieren ofrecer su trabajo voluntariamente para el proceso de control de emergencia y de especial manera, para el trabajo de reconstrucción?, ¿los bienes de abrigo, alimentación y aseo que tuvieron que ser rechazados, son problema de quienes los enviaron con el fin de colaborar o más bien de la capacidad de gestión que existe para organizar y coordinar el trabajo de voluntarios

en los albergues y en el territorio? En este sentido, creemos que no representa una amenaza en sí misma la cantidad de personas que declaran querer colaborar en la emergencia o la reconstrucción con su trabajo o con bienes, sino que más bien la crisis se genera cuando no existe una capacidad de respuesta y de gestión de dichos recursos. Este es, por tanto, un desafío pendiente para las autoridades del nivel local, regional y central que no siempre pueden actuar coordinadamente. Efectivamente, la falta de coordinación era tan notoria que las diferentes organizaciones no gubernamentales que se encontraban realizando intervenciones con anterioridad al incendio y aquellas que luego del incendio quisieron poner su quehacer al servicio de la reconstrucción, no encontraban un ente que pudiese administrar los recursos profesionales y especialistas que ponían a disposición de la gestión de la emergencia. Esto trajo como consecuencia que muchas de estas organizaciones comenzaran a trabajar independientemente, limitando la coordinación que es necesaria para este trabajo y la sinergia que supone la asociatividad.

2. Etapa de transición: el Plan Valparaíso contempla una fase de transición, que de alguna manera todavía se está implementando. El objetivo de esta fase, ha sido otorgar soluciones transitorias a las familias. Así, frente a la tensión entre rapidez de la respuesta y calidad de la misma, la autoridad estableció que si bien es importante optar por la calidad de las soluciones, es necesario otorgar asistencia de emergencia a los cerca de 10 mil afectados². En este marco, el Ministerio de Vivienda y Urbanismo estableció una gama de prestaciones frente a los cuales las personas damnificadas debían seleccionar la que más se acercaba se adecuará a su situación. Estas prestaciones eran tres: subsidio de arriendo, subsidio de acogida o la instalación de vivienda de emergencias. Paralelamente, se proporcionó una ayuda económica,

equivalente a \$200.000 (USD \$ 364) para vestuario y calzado y \$1.000.000 (USD \$ 1.818) para enseres básicos (cocinas, camas, mobiliario, etc.), a fin de que los grupos familiares puedan comenzar a reorganizar sus vidas.

3. Etapa de reconstrucción: La tercera y última etapa que considera el Ministerio de Vivienda y Urbanismo está centrada en la reconstrucción definitiva de las zonas siniestradas, en esta fase, la responsabilidad del Estado ha estado claramente establecida en la gestión y asignación de subsidios, que responderían a las características de cada familia. Las prestaciones sobre las cuales se configura el plan de reconstrucción son las siguientes (MINVU, 2014):

Construcción sitio propio, con pago de subsidio posterior. Esta prestación está pensada para las familias que habían comenzado a reconstruir antes de los anuncios gubernamentales, por sus propios medios o familias que quieren construir una vivienda de mayor tamaño y valor que el monto del subsidio. En este caso, las personas deben ser propietarios del terreno y cobrarían su subsidio al final, cuando la vivienda ya ha obtenido su recepción municipal.

Construcción sitio propio, con pago por avance de obras. Este subsidio fue pensado por el gobierno para familias que requieren apoyo del Estado para reconstruir sus viviendas. Éstos pueden optar a dos modalidades: construcción o autoconstrucción con proyecto propio o construcción “vivienda tipo” aprobada previamente por SERVIU.

En ambos casos, cuando las familias “optan” por construir en el sitio propio, podrían acceder a un subsidio de hasta UF** 980 (un poco menos de USD 43.000).

Densificación predial. Condominios familiares. Esta prestación se configura como respuesta para diferentes familias que quieren vivir en un mismo terreno. En este caso, se pueden construir hasta tres viviendas en una misma propiedad. Para las familias que soliciten este subsidio, se entre-

gan UF 600 (USD \$26.232) por concepto de construcción de vivienda y hasta UF 300 (USD \$13.136) adicionales por obras de mitigación (muros de contención, escaleras, etc.). Esta prestación al igual que las otras, contempla UF 80 (USD \$ \$ 3.498) por concepto de demolición y retiro de escombros, UF 150 (USD\$ 6.558) por incremento por densificación y finalmente, hasta UF 70 optativa para contratar asistencia técnica y legal. Con todo, quienes accedan a esta modalidad, pueden contar con un total de hasta UF 1130 (USD \$49.404).

Adquisición de vivienda nueva o usada: Esta modalidad, al igual que los casos precedentes, es un subsidio especialmente para familias damnificadas de viviendas irrecuperables que sean arrendatarias o allegadas; o propietarias de viviendas en zonas de riesgos y quieran salir de aquellos sectores previa cesión de sus terrenos al SERVIU. En este caso se otorgarán UF 915 (USD \$31.260) para compra de vivienda nuevas y UF 715 (USD\$ 40.004) para viviendas usadas.

Construcción de nuevos proyectos habitacionales: En este caso, SERVIU gestionaría la materialización de nuevos proyectos habitacionales en Valparaíso que constituyan otra opción para las familias damnificadas propietarias de viviendas catastradas como irrecuperables y emplazadas en zona de riesgo, que quieran salir del barrio y ceder sus derechos de propiedad al SERVIU, aplicando para familias arrendatarias y allegadas

Como es posible observar, las opciones que entrega la política pública a través del Ministerio de Vivienda y Urbanismo, se basan principalmente en la asignación de prestaciones económicas en formato de subsidios a los cuales las familias postulaban indicando su preferencia. Esto lo debían realizar hasta el 30 de junio de 2014. El resultado de las nóminas y las asignaciones se conocerían durante la segunda quincena de julio** del mismo año.

Así, la respuesta que se ha conformado para atender la situación en Valpa-

raíso, sigue la misma línea y es coherente con el actuar del Estado en el tratamiento de las últimas catástrofes de características similares como son la reubicación de Chaitén por la erupción del Volcán del mismo nombre, la reconstrucción post terremoto del 27 de febrero de 2010 y la reconstrucción de Tocopilla después del terremoto de 2007. En todos estos casos, el Estado entrega una suma de dinero no reembolsable de acuerdo a las “preferencias” presentadas por las familias las que son “observadas objetivamente” para certificar especialmente que posean una situación de vulnerabilidad que los haga destinatarios de la prestación económica. Ahora bien, el plan de Valparaíso (MINVU, 2014) establece que la reconstrucción se realizará sobre principios como el respeto y promoción de la seguridad (no se habitarán en lugares donde exista riesgo), la equidad (mejorando las condiciones de habitabilidad que existían antes del incendio), y el desarrollo (que se proyecte sustentablemente). Pese a esta declaración de principios y al reconocimiento de que el trabajo en las zonas afectadas contemplará la intervención de equipos profesionales y la asistencia técnica, el plan de trabajo para la reconstrucción que ha sido socializado oficialmente, basa su estrategia principalmente en la asignación de subsidios y no profundiza en estrategias, planes y/o programas respecto de cómo se llevará a cabo el proceso de fortalecimiento de la seguridad, la equidad y el desarrollo. Esto pues el supuesto que se activa es que la respuesta articulada por el Estado deja la reconstrucción en manos de cada familia, de cada individuo y del mercado.

De esta manera, luego de describir la respuesta estatal al proceso de reconstrucción de Valparaíso y reconocer que la respuesta institucional está limitada a ciertos criterios ideológicos que no integran las particularidades y la complejidad a la que se enfrenta la ciudad de Valparaíso o cualquier proceso de reconstrucción, es necesario



revisar la responsabilidad y los desafíos que enfrentaría la sociedad civil respecto a cómo esta puede orientar y exigir que el proceso de reconstrucción se base en principios de solidaridad, asociatividad y reconocimiento de particularidades, instalando la idea de que aunque las prestaciones que entrega el estado son necesarias, no son las suficientes y junto con el bien asignado, es necesario trabajar sobre los vínculos, a través de políticas que releven el principio de la cohesión social.

COHESIÓN SOCIAL Y PROTAGONISMO DE LA SOCIEDAD CIVIL

El Estado, como ya se ha señalado, ha proyectado la reconstrucción sobre las herramientas que actualmente posee para hacerlo: el subsidio. Sin embargo, dicho instrumento ha sido combinado con otros mecanismos propios de la gestión de servicios sociales desde una perspectiva neoliberal (Cunill, 2012):

- Parentariados públicos-privados (como por ejemplo los vínculos establecidos con empresas para canjear las ayudas económicas y la compra de vestuario e inmobiliario que se asignaron a las familias afectadas)

- *Voucher* como mecanismo de acceso a servicios sociales (subsidios, tarjetas de compra)
- Contratación externa de servicios (por ejemplo la externalización como proceso permanente de la construcción de viviendas)

Sin embargo, este marco de instrumentos presenta ciertas limitaciones para responder a la tarea, por lo cual se hace necesario complementar estrategias. Así es necesario potenciar líneas de trabajo que no sólo repongan los bienes materiales, sino que se hagan cargo de las historias de más de 10 mil personas que vieron transformadas sus vidas, el modo en que se perciben a sí mismas y los vínculos que establecen con su entorno.

Para que los programas de reconstrucción se hagan cargo de manera integral de la catástrofe, es necesario establecer como marco de acción y referente ético, el fortalecimiento e instalación de políticas, planes y medidas que promuevan y persigan la cohesión social entendida como “la dialéctica entre mecanismos instituidos de inclusión y exclusión sociales y las respuestas, percepciones y disposiciones de la ciudadanía frente al modo en que ellos operan”(CEPAL,

2011). De esta manera, la cohesión social pone en tensión los mecanismos institucionalizados de integración que se evidencian en políticas públicas y la subjetividad de las personas, la “dimensión del actor”, en palabras de Touraine (1992). Lo que llevado a un contexto latinoamericano implica reconocer que “en el corazón de la cohesión social está la temática del vínculo entre el individuo y la sociedad y de cómo esos mecanismos de inclusión o de exclusión influyen en las valoraciones y percepciones de las personas” (Abramovich y Orbe, 2008)

De esta forma, al conceptualizar la cohesión social como una tensión entre mecanismos de integración y la percepción de éstos por parte de los sujetos, la cohesión social aparece como un marco interpretativo mayor para articular una estrategia de reconstrucción de la ciudad y por cierto de las comunidades. Desde esta perspectiva, sería posible hacerse cargo de la fragmentación por la que ha transitado la respuesta de la autoridad local y nacional, que en base a sus posibilidades concretas y efectivas en el corto plazo, ha relevado la dimensión de la transferencia econó-

mica, que de acuerdo a la experiencia, se configura como limitada frente a los desafíos que se enfrentan. Así, lo que se propone es que sea la sociedad civil la que promueva la cohesión social como mecanismo y como objetivo del actuar en la reconstrucción. Esta es una tarea para las organizaciones comunitarias de las zonas afectadas y de la ciudad de Valparaíso en general. Es un llamado a las organizaciones del tercer sector, que desde el comienzo del incendio han buscado diversas maneras de colaborar, siendo relevadas y reconocidas por la mismas personas afectadas como referentes cercanos y validados (incluso más que el Estado en todas sus formas). Con todo, se espera que principios como los de la cohesión social colaboren para enfrentar un proceso de reconstrucción que supere la lógica de los individuos que está tras los subsidios, y que reduce los vínculos a relaciones del tipo transaccionales. Asimismo, espera reposicionar en el proceso de reconstrucción la responsabilidad de las comunidades afectadas, que en este caso no son sólo los siete cerros, sino Valparaíso. ●

1 La mesa es coordinada por la Escuela de Trabajo Social de la Universidad Andrés Bello de Viña del Mar y está conformada por TECHO Valparaíso, Hogar de Cristo Valparaíso, Junto al Barrio Valparaíso, Fundación de Superación de la pobreza Valparaíso.

2 En Valparaíso, donde la población vive mayoritariamente en los cerros, se utiliza la palabra bajar para referirse al trayecto que siguen para llegar a la parte plana de la ciudad donde su ubican los edificios públicos y el comercio.

3 Personas que se encontraban en albergues, allegadas en casas de sus familiares, cercanos o definitivamente se encontraban acampando en la zona afectada.

4 Unidad de Fomento (UF) es una unidad de cuenta usada en Chile reajutable de acuerdo a la inflación, su uso está altamente extendido en el sistema crediticio y en el mercado inmobiliario.

5 Hasta el momento de presentación del artículo no había sido publicada la lista con los resultados de la postulación al subsidio.

Referencia bibliográfica :

Comisión Económica para América Latina. “Cohesión Social: inclusión y sentido de pertenencia en América Latina y el Caribe”. [en línea] http://www.eclac.org/publicaciones/xml/4/27814/2007-382-Cohesion_social-REVI-web.pdf. Recuperado 20 de junio de 2014. 19p.

Corporación Nacional Forestal (CONAF). “Manual con medidas para la prevención de incendios forestales”. Documento de Trabajo N° 562, 2011. [en línea]http://www.conaf.cl/wp-content/files_mf/1361882354manual_Valpara%C3%ADsobaja.pdf. Recuperado 28 de junio de 2014.

CUNILL Grau, Nuria. ¿Qué ha pasado con lo público en los últimos 30 años? Balance y perspectivas. Revista Reforma y Democracia, N° 52, febrero de 2012, Centro Latinoamericano para el Desarrollo, Caracas, Venezuela. 9p.

Oficina Nacional de Emergencias (ONEMI). “Tipos de Alerta”. [en línea] <http://www.onemi.cl/alerta/se-declara-alerta-roja-para-la-comuna-de-valparaiso-por-incendio-forestal-7/>. Recuperado 28 de junio de 2014.

SOJO, Ana. “Enfoque de Derechos, políticas públicas y cohesión social”. En : ERAZO, Ximena; ABRAMOVICH, Víctor y ORBE, Jorge. “Políticas Públicas para un Estado social de derechos”. Santiago, LOM Ediciones, 2008. 136p.

TOURAINÉ. Alain. “Crítica de la modernidad”. Fondo de Cultura Económica de Argentina. 1992

Ministerio de Vivienda y Urbanismo (MINVU).

Autoridades invitan a turistas al Puerto en Semana Santa. *La tercera*, 17 de abril de 2014. www.latercera.com/noticia/nacional/2014/04/680-574310-9-autoridades-invitan-a-turistas-al-puerto-en-semana-santa.shtml. Recuperado 20 de junio de 2014

Valparaíso vive el peor incendio de su historia. *Radio Cooperativa*, 23 de abril de 2014. <http://www.cooperativa.cl/noticias/pais/desastres-naturales/incendios-forestales/valparaiso-vive-el-peor-incen->

[dio-de-su-historia/2014-04-15/075755.html](http://radio-cooperativa.cl/2014-04-15/075755.html). Recuperado 20 de junio de 2014.

Plazos, catastro y rencillas marcaron interpelación a Saball. *Diario La Nación*. <http://www.lanacion.cl/noticias/pais/vivienda/plazos-catastro-y-rencillas-marcaron-interpelacion-a-saball/2014-06-19/125355.html>. Recuperado 20 de junio de 2014.

TONELLI, Patricio. Incendio en Valparaíso: el “Estado mínimo” frente al patrimonio cultural. *Centro de Investigación e Información periodística*. <http://ciperchile.cl/2014/04/25/incendio-en-valparaiso-el-%E2%80%9Dfrente-al-patrimonio-cultural>. Recuperado 15 de junio de 2014

PALABRAS Y COSAS



CONTEXTOS SOCIALES Y TRABAJO SOCIAL EN AMÉRICA LATINA

Maria Lúcia Martinelli*

**Postdoctorado en Historia de las Ideas Contemporáneas, por el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Sao Paulo, Brasil. Doctora en Servicio Social de la Pontificia Universidad Católica de Sao Paulo, Brasil. Asistente Social y Magister en Trabajo Social, PUCSP*

TRABAJO SOCIAL: UNA PROFESIÓN DE NATURALEZA SOCIO-HISTÓRICA

El trabajo social es una profesión intrínsecamente vinculada a la historia y que tiene por materia prima de trabajo las múltiples expresiones de la cuestión social, la cual se instituye como fruto de las contradicciones entre el capital y el trabajo, especialmente a partir de la Revolución Industrial que se inició en Inglaterra al final del siglo XVIII y que, a lo largo de la primera mitad del siglo XIX, se irradió por toda Europa occidental. (Martinelli, 2001; 2004)

Se trata, por tanto, de una cuestión ontológica que condensa luchas sociales de sujetos individuales y colectivos en el enfrentamiento de las desigualdades y opresiones de la sociedad del capital en varios momentos de la historia. Reconocerla como elemento base de la profesión, coloca la exigencia de permanente interlocución con el proceso socio-histórico. Como trabajadores sociales, tenemos que desarrollar, hasta por deber de oficio, la capacidad de ser atentos lectores tanto del movimiento de la propia sociedad como de las cambiantes dinámicas que se expresan en el cotidiano de la vida de los sujetos con los cuales trabajamos. Somos profesionales que nos desempeñamos entre estructura, coyuntura y cotidiano, pero, es en el cotidiano que nuestro trabajo profesional se realiza, es ahí que se sitúan claramente las determinaciones políticas, sociales, históricas, culturales que impregnan

las demandas que nos son presentadas por los sujetos que buscan los servicios institucionales.

Un desafío importante, en esta perspectiva de análisis, es reconocer que la profesión, como un tipo peculiar de trabajo y como forma de especialización del trabajo colectivo, tiene una dimensión política que le es constitutiva y que se expresa hasta en el menor acto de nuestra vida cotidiana. La profesión tiene significado socio-histórico, recibiendo impactos de las transformaciones societarias, al mismo tiempo que produce, también, impactos en los procesos sociales, en la formulación de políticas y en los propios patrones de intervención profesional. Somos entonces trabajadores sociales asalariados. Insertos en la división social y técnica del trabajo, lo que hace que nuestro trabajo profesional cotidiano se realice en una realidad compleja y contradictoria, donde están en juego múltiples determinaciones de naturaleza macro social, que no sólo influyen la profesión como en verdad la constituyen (Lamamoto, 1998, 2009).

Ciertamente, estamos partiendo aquí de una concepción socio-histórica de la profesión, en la cual el trabajo social es visualizado como especialización del trabajo colectivo y su práctica como materialización de un proceso de trabajo que tiene como objetivo el enfrentamiento de las incontables expresiones de la cuestión social (Martinelli, 2012). Esto le da un carácter eminentemente dinámico, permitiéndonos pensar el trabajo social como una profesión histórica e instituyente, una verdadera construcción social. En esta perspectiva, el sentido y la direccionalidad de la acción profesional demandan un permanente movimiento de construcción/reconstrucción crítica, pues proyectos ético-políticos y prácticas profesionales deben pulsar con el tiempo y con el movimiento. Ambos son actos políticos, son productos de sujetos colectivos en contextos históricos determinados (Martinelli, 2004:17-20).

TRABAJO SOCIAL: UNA PROFESIÓN DE INTERVENCIÓN

La transición del siglo XX al siglo XXI fue marcada por profundas transformaciones societales que alcanzaron todos los niveles de la vida social y al conjunto de las profesiones. En este período histórico asistimos a un rediseño de la propia sociedad. La filósofa brasileña Marilena Chauí (2000, 2006) afirma en sus estudios sobre sociedad contemporánea, que en las últimas décadas del siglo pasado asistimos a un verdadero desmonte de la sociedad, a una verdadera implosión de derechos sociales conquistados hace más de doscientos años, con duras luchas, desde la Revolución Francesa, en 1789. El trabajo socialmente protegido, una legislación trabajadora consistente, acceso a bienes y servicios socialmente producidos, derechos consagrados en Cartas Constitucionales y en la legislación pertinente, se desplomaron delante de nuestros ojos. Con el avance del proceso de globalización y con los ajustes neoliberales cayeron por tierra todos estos derechos. Es un momento de la historia en que “todo lo que es sólido se esfuma en el aire” (Marx, 1981: 34). La edificación con la cual convivimos durante décadas desapareció de nuestro horizonte: una sociedad que se organizaba a través del trabajo y que a partir de él contaba con una protección trabajadora, con una protección social. El trabajo es constitutivo de la praxis humana (Marx, 1986: 201-209). Sin embargo, desde la década de los setenta hasta la fecha, por fuerza de los ajustes de las agencias económicas internacionales y de la expansión de las políticas neoliberales, comienza a ocurrir una descentralización del trabajo como modo de organización de la vida en sociedad. En el modelo hasta entonces vigente, trabajo, empleo y protección social componían una tríada orgánicamente articulada. Al perder el trabajo como instancia organizativa de la vida social, perdimos mucho de aquello que significa

protección legal al trabajo, protección social al ciudadano. Deviene evidente que, en el ámbito de las políticas neoliberales, somos considerados ciudadanos trabajadores en cuanto estamos a disposición del capital. Al dejar el mercado formal del trabajo, rápidamente el trabajador pierde su inserción de clase y sus derechos laborales y sociales.

En este sentido, el análisis del sociólogo Ricardo Antunes (2001; 2005) de que tenemos hoy una nueva “morfología de la clase trabajadora”, integrada por los trabajadores informales, precarizados y, hasta, desempleados, pero todos sometidos a la lógica del mercado. Su fuerza de trabajo ya no despierta más el interés del empleador. Son hombres, mujeres, jóvenes, adultos, ancianos que tienen su vida consumida en la ardua lucha por la sobrevivencia, lo que acaba por debilitar sus referentes de identidad y de ciudadanía. Ciertamente esto trae profundas repercusiones que no afectan solamente la materialización del proceso de trabajo, sino que también afectan nuestra subjetividad (Antunes, 2001). Todos somos tragados por este espiral.

Eric Hobsbawm (1995) uno de los más grandes historiadores marxistas de nuestro tiempo, en su libro “Era dos Extremos” realiza un análisis sobre América Latina señalando que la crisis intensa del capital se acompaña de una creciente desigualdad social (421-430). Hay una profunda desreglamentación del mercado de trabajo, acarreando grandes dificultades para que la clase trabajadora pueda tener acceso a los derechos sociales y a los bienes socialmente producidos. La financierización del capital, desvinculándolo de la relación de trabajo, viene produciendo impactos sustantivos sobre la clase trabajadora (Lamamoto, 2007).

La expansión del pensamiento conservador, favorecido por el ideario liberal que se contrapone a la consolidación de principios democráticos, se extiende por toda la sociedad determinando la pérdida de patrones

civilizadores y la desatención con la vida humana. En el plano de las políticas públicas y de su operacionalización, hay dificultades para establecer principios realmente educativos que busquen hacer efectivo el acceso y garantía de derechos para los sujetos que son demandantes de las prácticas institucionales. En fin, lo que está en juego es un nuevo ciclo de profundas transformaciones que envuelven tanto las fuerzas productivas como las relaciones de producción.

Este es el momento histórico que vivimos hoy, esta es la realidad en la cual nos corresponde intervenir. Somos profesionales cuyo proceso de trabajo está dirigido a producir enfrentamientos críticos de la realidad, por tanto, necesitamos de una sólida base de conocimientos, aliada a una dirección política consistente que nos posibilite desvendar adecuadamente las tramas coyunturales, las fuerzas sociales presentes. Es en este espacio de interacción entre estructura, coyuntura y cotidiano que nuestro trabajo se realiza. Es en la vida cotidiana de las personas con las cuales trabajamos, que las determinaciones coyunturales se expresan. Así como necesitamos saber leer las coyunturas, requerimos también saber leer lo cotidiano, pues es ahí que la historia se hace y es ahí que nuestro trabajo se realiza.

Seguramente no estamos pensando en lo cotidiano como un espacio repetitivo, vacío, y, en los términos de la socióloga húngara contemporánea Agnes Heller (1972), como un espacio contradictorio y complejo donde la realidad se revela, donde los problemas se expresan. Saber leer la coyuntura a partir de lo cotidiano significa identificar acontecimientos, contextos, relaciones de fuerza, para saber dónde y cómo actuar. En este sentido requerimos de una sólida base de conocimientos, de una “mirada política” como lo denomina la ensayista argentina Beatriz Sarlo (1972), que nos permita “agudizar la percepción de las diferencias como cualidades alternativas y saber descubrir las tendencias

que cuestionan o subvierten el orden” (55-63). El conocimiento al que la autora se está refiriendo, y con el cual concordamos, no es el conocimiento contemplativo, solitario, propiedad de algunos intelectuales iluminados. No, el conocimiento al cual nos estamos refiriendo, y del cual nosotros/as trabajadores sociales necesitamos, es de otra naturaleza, pues es un conocimiento socialmente construido, políticamente dimensionado, fruto de la construcción colectiva.

Estamos viviendo un momento histórico de la mayor importancia, en el cual tenemos que asumir realmente el coraje de transformar nuestro conocimiento silencioso en conocimiento compartido. Es necesario dejar más claro que nosotros sabemos, que asumir que sabemos, pues el saber que el trabajador social domina viene de todos sus conocimientos teórico-metodológicos, así como también del conocimiento de la realidad donde actuamos. La posibilidad de trabajar en lo cotidiano a partir de esta perspectiva es de una riqueza impar y ahí se instituye una particularidad de nuestra profesión, porque ésta de naturaleza interventiva, con un profundo significado social.

El trabajo social, desde sus orígenes, es una profesión que tiene un compromiso con la construcción de una sociedad humana, digna y justa. Este es el núcleo principal de nuestro proyecto ético-político, es nuestro compromiso de cada día. Lo social que está presente en la denominación de nuestra profesión es parte de nuestra identidad. Es un “social” que sintetiza múltiples determinaciones: políticas, económicas, históricas y culturales. Por tanto, para realizar bien nuestro trabajo, tenemos que intervenir en esta gama de determinaciones, que están presentes hasta en el más pequeño acto de nuestra vida cotidiana: en la atención de turno, en la solicitud de la ayuda, en la visita domiciliaria, como también en el trabajo con los movimientos sociales, con los líderes comunitarios, en las negociaciones políticas.

Por todas estas circunstancias es fundamental que tengamos una dirección social claramente posicionada. Para orientar nuestras acciones, relaciones y decisiones. En otras palabras, se torna indispensable que tengamos un consistente proyecto ético-político profesional, o sea, un proyecto construido colectivamente por la categoría profesional, que se articule con un proyecto societario más amplio y que sea un norte para nuestras acciones profesionales.

Los proyectos societarios tienen en su horizonte una imagen de sociedad a ser construida, dirigiendo a la sociedad en su conjunto. Ya los proyectos profesionales:

“Presentan la auto-imagen de una profesión; eligen los valores que la legitiman socialmente; delimitan y priorizan sus objetivos y funciones; formulan los requisitos (teóricos, institucionales y prácticos) para su ejercicio; prescriben normas para el comportamiento de los profesionales y establecen los parámetros de su relación con los usuarios que reciben sus servicios, con las otras profesiones y con las organizaciones y instituciones sociales privadas y públicas (entre estas, también es destacado el Estado, el cual ha tenido históricamente el reconocimiento jurídico de los estatutos profesionales)” (Netto, 2003: 274-275).

El proyecto ético-político tiene una naturaleza histórica. No es un producto endógeno, listo y definitivo. Por el contrario, es una construcción histórica de larga duración, que se hace en medio de un complejo juego de fuerzas políticas y sociales. Su consolidación y su legitimación deben ocurrir en el propio proceso histórico, en el propio ejercicio de la profesión. Lo que en palabras del mismo autor, implica: “Los elementos éticos de un proyecto profesional no se limitan a normatizaciones morales y/o la prescripción de derechos y deberes, sino que envuelven además las opciones teóricas, ideológicas y políticas de los colectivos y de los profesionales. Por esto mismo, la contemporánea desig-

nación de los proyectos profesionales como proyectos ético-políticos revela toda su razón de ser: una indicación ética sólo adquiere efectividad histórica concreta cuando se articula con una dirección político-profesional” (280).

MIRANDO A LOS DESAFÍOS, REFLEXIONANDO SOBRE EL ROL DEL TRABAJO SOCIAL

Para pensar en el rol del trabajo social frente a los desafíos que mencionamos y que se hacen presentes en cada uno de los días de trabajo del profesional, es imprescindible una mirada atenta hacia la realidad, un cuidadoso análisis de la coyuntura. De modo bastante preliminar, destaco algunos de los problemas de orden coyuntural que inciden en nuestro campo de trabajo, así como en el contexto social más amplio. Entre ellos, de modo ilustrativo, cabe mencionar:

- la crisis intensa de capital y la creciente desigualdad social;
 - la desreglamentación del mercado de trabajo;
 - la financierización del capital, desvinculándolo de la relación de trabajo;
 - la expansión del pensamiento conservador, apoyado en el ideario neoliberal, contraponiéndose a la consolidación de los principios democráticos de acceso a los derechos sociales por la clase trabajadora;
 - el debilitamiento de la vida social, precarizando los modos de inserción y pertenencia social;
 - la fragilización de la esfera pública en términos de control social;
 - la política social autoritaria, desalojada de derechos, vacía de lo social;
 - el empobrecimiento de amplias franjas de la población, sin acceso a los bienes y servicios socialmente producidos;
 - la pérdida de sustancia política de la cuestión social y de la pobreza;
 - la dificultad de reconocer las personas que buscan el trabajo social como sujetos políticos, llenos de derechos, pero sin poder accederlos.
- Entendiendo que las dinámicas so-

EL PROYECTO ÉTICO-POLÍTICO TIENE UNA NATURALEZA HISTÓRICA. NO ES UN PRODUCTO ENDÓGENO, LISTO Y DEFINITIVO. POR EL CONTRARIO, ES UNA CONSTRUCCIÓN HISTÓRICA, DE LARGA DURACIÓN, QUE SE HACE EN MEDIO DE UN COMPLEJO JUEGO DE FUERZAS POLÍTICAS Y SOCIALES.

ciales son siempre cambiantes y que los procesos históricos se desarrollan de modo complejo y contradictorio. Podemos, en este mismo escenario de crisis, visualizar también algunos estímulos a la ruptura:

- Hay nuevos sujetos políticos y nuevos modos de hacer política, siendo los movimientos sociales la expresión concreta de esta realidad.
- Hay nuevas relaciones de género, marcadas por el protagonismo de las mujeres.
- Hay una vitalización de las luchas políticas por derechos.
- Hay un reconocimiento de la dimensión política de la acción profesional, como campo de lucha social, como disputa de significados.
- Existe el reconocimiento de que las profesiones reciben impactos societarios, pero también ejercen impacto.
- Existe el reconocimiento de que las profesiones se transforman en la misma medida en que se transforman las condiciones socio-históricas en que se da su materialización, razón por la cual se vuelve indispensable la profundización del debate teórico-metodológico y ético-político con vistas a

establecerse la dirección social de la profesión y de la formación profesional.

Por otro lado, hay un conjunto de requisitos para que estos objetivos sean alcanzados y para que la profesión pueda insertarse en la construcción de un nuevo tejido social, de una sociedad más justa, más digna y humana. Entre ellos, como mínimo, se impone incluir:

- una concepción clara de profesión;
- una concepción clara de la dirección social de la profesión;
- una legislación profesional substantiva;
- un conjunto de directrices para la formación profesional;
- un currículum de curso capaz de viabilizar estas directrices;
- un lugar social claro y definido para la profesión, en sus relaciones con las demás profesiones y con la sociedad más amplia.

En el caso de la experiencia brasileña, un elemento clave para ofrecer el soporte para el alcance de los mencionados objetivos, así como para la consolidación del lugar social de la profesión, es la existencia de un Cód-

go de Ética Nacional, construido por el propio colectivo profesional. Otros puntos fundamentales son la legislación que reglamenta la profesión y también los currículos y los planos de estudios de grado y posgrado, con una mirada ideo-política e interdisciplinaria. Pero es indudable que el elemento fundante de todo este conjunto de exigencias y también su objetivo es un profesional crítico, maduro, propositivo, calificado teóricamente, capaz de leer la coyuntura, de desvendar el juego de fuerzas sociales y, sobre todo, con mucho coraje para luchar contra los obstáculos que se interponen en su trayectoria. Estamos hablando de un profesional que pueda mirar a la gente sencilla que demanda sus trabajos, como la miraba el gran poeta Pablo Neruda (2001) “lo mejor de la tierra, la sal del mundo...”. Que sus palabras, al recibir en Suecia el Premio Nobel de Literatura, en diciembre de 1971, “La poesía no habrá cantado en vano” (21), puedan trasladarse para nuestro campo profesional, sonando como un verdadero imperativo ético a decirnos que el trabajo del trabajador social jamás sea hecho en vano. ●

Referencias bibliográfica

Antunes, R (2006) *Cidadania cultural. O direito à cultura*. São Paulo: Editora Fundação Perseu Abramo.

Antunes, R (2005) *O caracol e sua concha: ensaios sobre a nova morfologia do trabalho*. São Paulo: Boitempo.

Antunes, R (2001) Os sentidos do trabalho. *Ensaio sobre a afirmação e a negação do trabalho*. São Paulo: Boitempo Editorial, 4ª edição.

Chauí, M. S (2007). *Cultura e democracia: o discurso competente e outras falas*. São Paulo: Cortez.

Antunes, R (2000) Brasil: mito fundador e sociedade autoritária. São Paulo: Editora Fundação Perseu Abramo.

Heller, A. *O cotidiano e a história* (1972) Trad. Carlos Nelson Coutinho e Leandro Konder. Rio de Janeiro: Paz e Terra.

Hobsbawm, E. *Era dos Extremos. O breve século XX: 1914-1991*. Trad. de Marcos Santarrita. Revisão técnica de Maria Célia Paoli. São Paulo: Companhia das Letras, 1995.

Iamamoto, M. O (2009) Serviço Social na cena contemporânea. CFESS/ABEPSS (Orgs.) *Serviço Social, direitos e competências profissionais*. Brasília: CFESS/ABEPSS.

Iamamoto, M. (2007) *Serviço Social em tempo de capital fetiche: capital financeiro, trabalho e questão social*. São Paulo: Cortez.

Iamamoto, M. (1998) *O Serviço Social na Contemporaneidade: trabalho e formação profissional*. São Paulo: Cortez.

Martinelli, M. L (2012) *Serviço Social: Identidade e alienação*. São Paulo: Cortez, 16ª edição.

Martinelli, M. L (2008) Reflexiones sobre el Trabajo Social y el proyecto ético-político profesional, en *Revista Escenarios* 8 (13) Universidad Nacional de La Plata, Argentina.

Martinelli, M. L (2006) Reflexões sobre o Serviço Social e o projeto ético-político

profissional. In *Revista Emancipação* (1) 6. Ponta Grossa: UEPG.

Martinelli, M. L (2005) Pensar a identidade: eis a tarefa. Um ensaio sobre a identidade profissional do serviço Social. Karsch, Úrsula (Org.) *Estudos do Serviço Social: Brasil e Portugal*. Vol. 2. São Paulo: EDUC.

Martinelli, M. L(2004) Sentido y direccionalidad: proyectos ético-políticos en trabajo social, *Revista Escenarios* (8) 4. Universidad Nacional de La Plata, Argentina.

Martinelli, M. L (2001) *Serviço Social: Identidad y alienación*. Biblioteca Latinoamericana. São Paulo: Cortez.

Marx, K. (1986) *O Capital. Crítica da economia política*, 9ª edição, Livro I, Volume I, Trad. Reginaldo Sant’Anna. São Paulo: Difel.

Marx, K. (1978) Para a crítica da economia política. In *Manuscritos econômico-filosóficos e outros textos*. Trad. Edgar Magaldi e José Arthur Gianotti. São Paulo: Abril Cultural.

Marx, K. y Engels, F (1981) *Manifesto del Partido Comunista*. Moscú. Editorial Progreso.

Neruda, P (2001) *La poesía no habrá cantado en vano*. Discursos de Neruda con ocasión del Premio Nobel de Literatura, 1971. Santiago de Chile: LOM Ediciones.

Netto, J. P (2003) La construcción del Proyecto Ético-Político del Servicio Social frente a la crisis contemporánea. En: *Serviço Social Crítico*, Borgianni, Elisabete y otros. Biblioteca Latinoamericana de Servicio Social (Série Antologias, volume 10) São Paulo: Cortez Editora.

Oliveira, F. e Paoli, M. C. (1999) Os Sentidos da Democracia. Políticas do dissenso e hegemonia global. São Paulo: FAPESP, NEDIC. Petrópolis: Vozes.

Sarlo, B. (1997) *Paisagens Imaginárias: intelectuais, arte e meios de comunicação*. São Paulo: EDUSP.

Yazbek, M. C (2008) *Classes Subalternas e Assistência Social*. São Paulo: Cortez, 3ª edição.

LA INTERVENCIÓN SOCIAL EN LOS ESCENARIOS ACTUALES:
UNA MIRADA AL CONTEXTO Y EL LAZO SOCIAL

Alfredo Juan Manuel Carballada*

**Doctor en Servicio Social de la Pontificia Universidad Católica de Sao Paulo, Brasil. Magister en Trabajo Social, PUCSP. Licenciado en Servicio Social. Universidad de Buenos Aires.*

La zona de angustia (así la denominaba Erdosain)...era la consecuencia del sufrimiento de los hombres, como una nube de gas venenoso se trasladaba de un punto a otro...sin perder su forma; plana y horizontal... Angustia en dos dimensiones que guillotinando las gargantas dejaba en éstas un registro de sollozo...

Roberto Arlt. Los siete locos. 1930.

LO SOCIAL Y LA ANGUSTIA

Pensar los escenarios actuales de intervención social, implica una inevitable mirada y reflexión a la singularidad del encuentro entre lo macro social y lo micro social. También ubicarla dentro de un contexto caracterizado por el agotamiento y la última etapa del discurso neoliberal que se expresa en diferentes formas de malestar. Por otro lado, hay otro discurso que va surgiendo en nuestro continente, una forma de enunciado que aún no está del todo escrito y que puja en diferentes terrenos con el neoliberalismo, produciendo una serie de choques y enfrentamientos que son generadores de una multiplicidad de contradicciones franqueadas por certezas y dudas. Esa pugna, en tanto constructora de acontecimiento, posee dos órdenes de mediación. Una de ellas es el territorio -tanto desde lo material como lo simbólico- siendo atravesado por lo macro social, y el otro, se expresa en la singularidad de cada actor social. El contexto de la intervención en lo social, de esta ma-

nera, se encuentra marcado por una serie de inscripciones que generan nuevas y más preguntas. Tal vez, los ejes más relevantes de éstas pasen por los efectos del neoliberalismo en la trama social tanto desde lo objetivo –a partir de los relevantes efectos de las desigualdades–, como en la construcción de nuevas y más formas de subjetividad. La idea de pérdida de anclaje material y simbólico, la caída de las referencias, de la previsión, la precariedad de la vida cotidiana y la movilidad descendente en una cultura donde pareciera que solo ofrece objetos como formas de satisfacción, construyeron y siguen erigiendo desde hace décadas un modo de padecer que integra lo social con lo subjetivo. En esas cuestiones las sociedades arrasadas y paralizadas por el terrorismo de mercado sufrieron y aún sufren formas de cimentación de subjetividades que se expresan de diferentes maneras, pero, fundamentalmente, dando cuenta de la fragmentación de la solidaridad, los lazos sociales y las relaciones de intercam-

bio y reciprocidad. En definitiva de la sociabilidad. Una nueva forma de malestar se presenta en un contexto que algunos autores definen como de hipermodernidad. Pareciera que lo que sobresale como expresión del malestar es una especie de afirmación que se hace desde los profetas del mercado y que culmina en una salida que podría sintetizarse en la idea de habitar dentro de una civilización donde pasa todo y nada a la vez. El movimiento acelerado de imágenes, discursos, bienes, propuestas y múltiples posibilidades, transforman la velocidad en inmovilidad, al tornarse imposible obtener cualquiera de esas propuestas, sin que éstas se transformen en antiguas y sin valor al ser alcanzadas.

El Neoliberalismo dejó una extraña sensación de orden en medio del caos, generando una idea de mundo conocido y ordenado a través del temor al otro y la máxima exacerbación del individualismo como su expresión más relevante. De este modo organizaba nuestras sociedades en una conjunción que iba y venía entre miedo y promesas de placer efímero. La ruptura y estallido en múltiples formas de la amalgama entre igualdad, libertad y fraternidad que dio forma a los pensamientos utópicos y transformadores durante todo el siglo XIX y gran parte del XX sirvió para naturalizar y hacer invisibles las desigualdades sociales, la ruptura de la sociabilidad y el aislamiento.

La noción de desigualdad como derecho, utilizada por la cruzada neo conservadora iniciada a mediados de la década de los setenta, sintetiza de alguna manera esas ideas. De este modo, la igualdad en algunos sectores de nuestras sociedades sigue siendo percibida y presentada como un peligro, riesgo o abuso, que puede coartar o terminar en forma definitiva con la libertad. Así, se suele hablar de exceso de derechos o de la utilización de las políticas sociales como forma de abandono, ociosidad o proto delito.

Las desigualdades sociales cons-

truyeron otras formas de relación social, en las cuales la inclusión genera temor, especialmente desde la imposición de un discurso donde la sociedad es un pequeño espacio para pocos, mientras que los territorios de la exclusión social la rodean, acechan y a veces la invaden. Éstos, son presentados especialmente desde los medios de comunicación y los imaginarios sociales como áreas de guerra, puja y violencia de los cuales solo se puede huir desde diferentes formas de encierro espacial y subjetivo.

A su vez, la exclusión social opera como un ordenador de la sociedad, donde cada “incluido” acepta cualquier condición o propuesta para seguir perteneciendo a una espacialidad metafórica que se asocia a la posesión de objetos, bienes y cierta idea de estabilidad laboral. En esta tensión entre inclusión y exclusión, presentados como territorios en puja, tensión y guerra, la incertidumbre generada desde diferentes formas discursivas impide, en distintos sectores de nuestra sociedad, proyectar ideas de futuro y transformación, tornándose estas en formas subjetivas de padecimiento y temor. Aun así, en la aceptación del aislamiento de los otros, las sociedades construidas desde el temor con la única promesa del hiperconsumo como resolución hedonista del deseo, están franqueadas por la decepción. La angustia, como “zona” no sabe de inclusión o exclusión social.

La caída del discurso neoliberal genera una serie de nuevas tensiones entre dos modalidades discursivas: la neoliberal asociada a un devenir signado por la fatalidad y la impotencia, donde las ideas son presentadas como sinónimo de conflicto y fracaso, siendo la verdad única el mercado; se enfrenta con un cada vez más fuerte resurgimiento del discurso de la voluntad como camino de transformación política, económica y social planteada desde una vuelta de lo colectivo, de la pertenencia a proyectos como sinónimo de certezas y seguridades.

EL LAZO SOCIAL COMO LENGUAJE.

El lazo social, aun así, se fue construyendo en forma dificultosa, precaria, compleja, en el temor a la exclusión social. El lazo social se fue conformando como un lenguaje que habla en forma balbuceante de tramas sociales, pautas y códigos, donde es posible y muchas veces necesario reconocer retazos de relatos e historias negadas por años de dictaduras militares y económicas. El neoliberalismo, contaminó la sociabilidad imponiendo la lógica costo-beneficio, el temor al otro, incluso su objetivación, ratificando más y nuevas dificultades en las relaciones sociales, impactando de forma diferente en el lazo social.

De este modo, el lazo social se presenta como un lenguaje a develar en cada circunstancia interventiva. Éste es un lenguaje en sí mismo, que “habla” en cada escenario de intervención. Esta expresión del habla desde la sociabilidad se presenta como un observable tanto desde la pérdida y el deterioro como de la posible resignificación de diferentes espacios de socialización que nuestras culturas fueron construyendo en contextos de lucha y resistencia, política social y cultural. Esos espacios de socialización perdidos o desmantelados, también nos muestran otra cara de este proceso de sumisión: la crisis de los sistemas de código y sanción, la separación entre cultura y regulación social. De esta manera, el lazo social se convierte en una forma de relación social mediada por la cultura, el lenguaje y la historia.

Ya que el lazo social es un lenguaje, posee un orden, pautas, formas y multiplicidad de posibilidades. El lazo social está allí, nos precede, desde la historia y los mandatos sociales. Desde papeles, guiones, pre escritos y significados, desde una estrecha relación entre cada actor social el escenario de intervención y sus componentes. Es también un observable de la interacción, las relaciones sociales informales y la vida cotidiana. El lazo

social es, de esta manera, un mecanismo atravesado por lo simbólico, que da cuenta de la relación entre sujeto y mundo social, es singular y está compuesto por elementos materiales y múltiples significaciones y se hace necesario en la construcción de subjetividad, dado que actúa como mediador en la construcción de diferentes sistemas de significados y valores que nos hacen sujetos.

En la actualidad, la mirada al lazo social, se torna más compleja, ya que la intervención social nos muestra nuevos relatos alrededor de éste. Los mismos hablan de su condición efímera, su relación con la sobrevivencia, el atravesamiento de la búsqueda de beneficios en su constitución, en definitiva de sus diferentes formas de resquebrajamiento.

LA PROTECCIÓN SOCIAL.

El retiro del Estado como instrumento de protección social, que produjo el Neoliberalismo como doctrina política y económica, no implicó su ausencia, sino una nueva presencia desde el poder punitivo, generando más y nuevas rupturas. La sanción y el código, ahora desde otra esfera, comenzaron a ser impuestos desde lógicas ajenas a nuestras culturas, pautas y formas de comprender y explicar los problemas sociales, en general a partir de una perspectiva tecnocrática y normativa que convocaba y convoca a la intervención solo desde su aspecto coercitivo.

Con el retiro, tecnocratización y achicamiento de la protección social, también se fueron deteriorando los sistemas de regulación provenientes del aparato estatal y que habían sido resignificados a partir de múltiples luchas, pujas y tensiones. La erosión institucional de lo público generó un desgaste que va desde la vida cotidiana hasta las propias lógicas de las instituciones que se encuentran “estalladas” y con pocas posibilidades de comprender los escenarios complejos donde se asientan.

Asimismo, también surgen nuevas for-

EL LAZO SOCIAL SE PRESENTA COMO UN LENGUAJE A DEVELAR EN CADA CIRCUNSTANCIA INTERVENTIVA. EL LAZO SOCIAL, ES UN LENGUAJE EN SÍ MISMO, QUE “HABLA” EN CADA ESCENARIO DE INTERVENCIÓN.

mas de malestar que se relacionan con una sensación de ausencia del todo social como lugar de cobijo, pertenencia y construcción de identidad. Como telón de fondo, la incertidumbre y la idea de no futuro generan nuevas formas de lenguaje, que se inscriben en el lazo social, éstas van desde lo verbal hasta lo corporal, donde lo que sobresale es la pérdida de la palabra, su ausencia o recorte. El cuerpo se presenta como un nuevo lugar del habla.

En las sociedades neoliberales y post neoliberales, los cuerpos muestran la identidad, desde diferentes marcas e inscripciones, que van desde los cortes a veces auto infringidos para hacer objetivo el padecimiento subjetivo, hasta las marcas de las múltiples formas de la violencia que atraviesa a nuestras sociedades.

De este modo, el neoliberalismo logró alterar un orden discursivo e imponer otro que puede leerse en la textualidad del lazo social. En otras palabras por la fuerza hizo “estallar” una forma de gramática que se presentaba como producto de luchas y tensiones. La recuperación de la gramática perdida por efecto de las dictaduras

y la represión, se muestra como campo de intervención desde diferentes disciplinas que intervienen en lo social, como un mandato político que simplemente implica el rescate de la historia y lo colectivo en nuestras sociedades. Sin esa recuperación, el malestar simplemente se actúa, se queda sin palabras, se transforma en nuevas formas de violencia que atraviesan la cotidianidad. La no circulación de la palabra llevaba y aun lleva al acto violento, al padecimiento expresados como efectos de represiones que desde el contexto se entrometen en la subjetividad. El retorno del Estado como garantía de protección social, comienza a construir nuevas certezas, algunas todavía no visualizadas, otras enmarcadas en las dificultades de los dispositivos clásicos de intervención social dentro de instituciones arrasadas por la lógica neoliberal.

EL LAZO SOCIAL COMO TERRITORIO DE PUJA Y CONFLICTO

El lazo social se presenta como una forma de campo de tensión y disputa entres el discurso neoliberal y el

colectivo. También es posible leerlo, conocerlo en la sociabilidad, en su orden, en su forma de codificación. Así, la intervención social enlaza una necesaria recuperación del habla, del lenguaje de las formas de decir, a través de diferentes dispositivos que intenten revincular al sujeto con la cultura, con los otros, con su historia. Esto implica también una mirada hacia las diferentes profesiones en la perspectiva de recuperar el sentido de modalidades de intervención que dialoguen con la historia, lo lúdico, lo expresivo, la pertenencia y la identidad. Pero además, en la complejidad actual puede involucrar nuevas miradas hacia lo grupal, lo territorial y la recuperación de la mirada hacia lo singular como formas de intervención abierta que permitan o faciliten un encuentro con el otro de manera profunda e intensa. Posiblemente, para poder intentar recuperar y reconstruir nuevas formas del discurso, se hace necesario que las distintas disciplinas que intervienen en lo social generen la recuperación de su propia palabra. El neoliberalismo, recortó también la gramática y el orden discursivo de las prácticas, impuso manuales de procedimientos, formas de decir y de registrar que rápidamente se transformaron en modalidades de intervención. La recuperación de la palabra por parte de la intervención social, se vincula, no solo con nuevos glosarios y conceptos, sino que también con modalidades de escritura, de decir, donde la recuperación de la metáfora tenga la posibilidad de generar un abandono progresivo de tecnicismos copiados de otros campos y que solo pueden ser útiles para hacer “fotografías”, como descripciones a veces pormenorizadas del presente de una situación, pero la imposibilidad de comprenderla desde su construcción histórico social, como proceso, mutilan la capacidad de intervención. El orden del discurso neoliberal impactó de manera relevante en las ciencias sociales. Paradojalmente las dejó sin escenario, sin contexto,

haciéndolas ingresar el en terreno de lo abstracto, de ideales de sujeto, familias y barrios muchas veces contruidos desde perspectivas dramáticamente alejadas de nuestras realidades. Recuperar la palabra también sugiere una nueva relación con lo territorial. Para esto, tal vez haga falta aprender de nuevo a escuchar las voces del territorio, de sus actores, significaciones y sentidos, para desde allí reconstruir y recrear nuevos lenguajes y subjetividades. En la intervención social, la discusión acerca de las palabras lleva también a revisar conceptos, categorías, variables e indicadores para poder, desde ese proceso, renombrar y poder transmitir de otras formas, tanto desde nuestro lenguaje escrito como verbal. En este aspecto sobresale la necesidad de interpretar y de conocer en profundidad las diferentes situaciones de intervención y su impacto subjetivo. De esta manera, la intervención social se refuerza como espacio intersubjetivo, atravesado por las representaciones sociales que rodean al problema o necesidad que generó la demanda de intervención. Así, tal vez sea posible pensar en la intervención con más y nuevos horizontes que van desde la desnaturalización de la desigualdad hasta la recuperación de ciudadanías. En este punto se inscribe el compromiso ético de las profesiones actuales, desde diferentes esferas, reconociendo en principio que la intervención es una “deliberación”, es decir una práctica que necesita nitidez, definiendo con claridad desde donde y para qué se interviene. Delimitando de esta forma su lugar en la tensión entre el discurso del devenir sin sentido o la recuperación de la épica de la transformación.●

Referencias bibliográficas

Arlt, R (1998). *Los 7 Locos*. Buenos Aires. Editorial Sudamericana.

Carballeda, A (2008) *Los cuerpos fragmentados*. Buenos Aires. Editorial Paidós.

Carballeda, A (2007) *Escuchar las Prácticas*. Buenos Aires. Editorial Espacio.

Comas, C (2005) *Lo Social y el padecimiento Subjetivo*. Buenos Aires. Tesis de Maestría (FLACSO).

Lipovetsky, G (2008). *La Sociedad de la decepción*. Buenos Aires. Anagrama.





UNIVERSIDAD ALBERTO HURTADO

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

DEPARTAMENTO DE TRABAJO SOCIAL

POSTGRADO

- » Magíster Interdisciplinario en Intervención Social
 - Línea de especialización en justicia
 - Línea de especialización en territorio

CONTACTO: Victoria Rivera
ESCRÍBANOS A: virivera@uahurtado.cl

EDUCACIÓN CONTINUA

- » Diplomado en Políticas Sociales: Desarrollo y Pobreza
- » Diplomado en Metodologías de Investigación e Intervención Social
- » Diplomado en Intervenciones Socioeducativas para niños(as) y adolescentes en situación de vulnerabilidad

CONTACTO: Marcela Arriagada
ESCRÍBANOS A: diplomasdts@uahurtado.cl



UNIVERSIDAD ACREDITADA / 5 AÑOS
Gestión Institucional / Docencia de
Pregrado / Vinculación con el Medio
Desde diciembre 2009 hasta diciembre 2014

CONTACTO

Cienfuegos 41, Santiago. Metro Los Héroes.
(56-2) 22889 74 70

www.trabajosocial.uahurtado.cl